

Un peligroso recluso se ha fugado de la prisión de Basauri y amenaza la vida de las ertzainas Itziar Elcoro y Arantza Rentería, por causas relacionadas con un caso anterior, y razón por la que fue detenido.

Paralelamente, un conocido abogado muere a manos de un asesino profesional.

Dos tramas aparentemente inconexas corren paralelas en la novela y terminan confluyendo en un final sorprendente, que cambiará la vida de ambas protagonistas. Y todo ello ocurre en Bilbao, una ciudad aparentemente tranquila, pero en la que bandas de narcotraficantes, cada vez más violentas, adquieren mayor protagonismo y se enfrentan entre sí. Una novela en la que Sagastiberri nos obsequia con los cameos de autores y protagonistas de la pequeña historia «noir» de Bilbao.

Un peligroso recluso se ha fugado de la prisión de Basauri y amenaza la vida de las ertzainas Itziar Elcoro y Arantza Rentería, por causas relacionadas con un caso anterior, y razón por la que fue detenido.

Paralelamente, un conocido abogado muere a manos de un asesino profesional.

Dos tramas aparentemente inconexas corren paralelas en la novela y terminan confluyendo en un final sorprendente, que cambiará la vida de ambas protagonistas. Y todo ello ocurre en Bilbao, una ciudad aparentemente tranquila, pero en la que bandas de narcotraficantes, cada vez más violentas, adquieren mayor protagonismo y se enfrentan entre sí. Una novela en la que Sagastiberri nos obsequia con los cameos de autores y protagonistas de la pequeña historia «noir» de Bilbao.

 Logo

Javier Sagastiberri

Javier Sagastiberri, 2018  
Portada: Cristina Iglesias

# Índice de contenido

Cubierta

Un dios ciego

Primer día desde la fuga: miércoles

Segundo día desde la fuga: jueves

Tercer día desde la fuga: viernes

Cuarto día desde la fuga: sábado

Sexto día desde la fuga: lunes

Séptimo día desde la fuga: martes

Octavo día desde la fuga: miércoles

Noveno día desde la fuga: jueves

Décimo día desde la fuga: viernes

Día decimotercero desde la fuga: lunes

Día décimocuarto desde la fuga: martes

Día decimoquinto desde la fuga: miércoles

Día decimosexto desde la fuga: jueves

Día decimoséptimo desde la fuga: viernes

Día vigésimo desde la fuga: lunes

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

¿Para qué hostias te sirve la pasta si no sabes gastarla?

La reunión tuvo lugar en la oficina de siempre. Pero todo era mucho más viejo, casi decrepito. Los altos techos desconchados, la mesa rayada, daba pena verla. Y qué decir de don Celso, ochenta y cuatro años de mala baba, una calva redonda poblada de cráteres y de manchas color tabaco, las cejas espesas y la misma nariz bulbosa. El sobre me esperaba en la esquina de la mesa, deformado por los billetes de quinientos. Conté cuatrocientos. El mismo importe al final del trabajo.

—Ha de ser el jueves.

—Hecho.

Me acerqué por la espalda. Un tiro en la nuca y me alejé lentamente. Diez largos años sin empuñar un arma. Diez años pobre por amor a Laura.

Subimos hasta el quinto. La coloqué frente al museo. Cayó la noche y el Guggenheim se iluminó como una nave en llamas. Los ojos de Laura lloraron y parpadeó tres veces. Eso en nuestro léxico significaba “gracias”.

A Laura le diagnosticaron ELA dos años atrás. Ya sólo podía mover los ojos: abrirlos y cerrarlos. Antes de eso impartía clases de arte. El Guggenheim la fascinaba. En plan guasa decía que si fuera rica lo compraría.

Aquel piso, que daba a la ría, estaba en venta. Lo visité: la vista era espléndida. Casi me sentí dueño del museo.

Cogí la mano de Laura y así permanecimos unas horas hasta que por fin parpadeó cuatro veces: eso significaba “ahora”. Apreté el cojín contra su cara. Cuando fui a cerrarle los ojos, observé que el

museo se reflejaba en ambas pupilas. La dejé tal cual, propietaria al fin del Guggenheim.

Abandoné Bilbao sin mirar atrás. Más de uno pensará que la compra de aquel piso fue un despilfarro. Pero yo me digo: ¿Para qué hostias te sirve la pasta si no sabes gastarla?



## *Primer día desde la fuga: miércoles*

—¡Putos inútiles! —exclamó la suboficial de la Ertzaintza Arantza Rentería cuando Xabier les comunicó que Uriah Heep se había fugado de la prisión de Basauri.

La oficial Itziar Elcoro intentó reprimir la angustia que todavía le producía acordarse de Uriah Heep. Le volvían a la mente escenas de las películas que encontraron en la casa de Plentzia donde Itziar conoció a aquel monstruo. Tenía razón Alex Redman, el oficial dublinés que les explicó los orígenes de Uriah. No parecía humano. Itziar no sabía si considerarlo un duende maligno, un *leprechaun*, como sostenía el irlandés, pero cada vez le costaba más considerarlo un miembro de su propia especie. No podía apartar de su mente su figura, que venía asociada a las experiencias de muerte que desde entonces la perseguían. Recordaba vívidamente su cara, esa horrible cara de viejo en un cuerpo de niño, que descubrió cuando él volvió la cabeza e Itziar se percató de que la llamada de auxilio, que ella creía que provenía de un niño, no era más que una trampa que casi acaba con su vida. Uriah no medía más de un metro cuarenta y era extremadamente delgado. Siempre vestía vaqueros, con zapatillas deportivas y cazadoras de colores vivos, de tal manera que observado desde lejos parecía un niño de diez años muy rubio, casi albino. Pero esa impresión se desvanecía en cuanto se observaba su rostro. Era una cara que parecía de pergamino, en la que destacaban unos ojos grandes, de un azul desvaído, sin expresión, que te miraban con fijeza y que desde el principio repelieron a Itziar. La ausencia de cejas y pestañas reforzaba la impresión de que detrás de aquellos ojos jamás debías esperar un sentimiento de piedad o de cariño. La boca, circundada de arrugas, también provocaba repulsa y todavía era peor cuando hablaba con una vocecita infantil que te quería convencer de que estabas ante

un niño, una persona humilde y cariñosa, amable y algo infantil, que solo buscaba jugar con sus víctimas.

Xabier Arcelus, el jefe de la Unidad de Investigación Criminal, había citado a Arantza e Itziar en su despacho para comunicarles la noticia.

—¿Cómo cojones ha podido escapar? —preguntó Arantza—. ¿No dejamos claro que se trataba de un tío muy peligroso, aunque tuviera esa pinta de muñequito? ¡Vaya zoquetes!

—Bueno, Arantza —respondió el jefe, quien enseguida perdía la paciencia con su subordinada—, no se trata de despotricar contra los compañeros, no os he llamado para eso.

—Vale, perdón. ¿Para qué coño nos has llamado entonces?

—Creo que es importante hablar con Alex Redman.

—El experto mundial en Uriah Heep. No sé cómo un tío tan grande le tiene tanto miedo a ese esmirriado.

Itziar sonrió al recordar al coloso irlandés. El comisario Redman era apenas más alto que ella. No mediría más de un metro ochenta, pero la guipuzcoana le calculaba unos ciento veinte kilos de puro músculo. A Itziar le cayó bien nada más conocerlo. Su cabeza redonda estaba totalmente rapada y sólo se adivinaba que era pelirrojo por unos pocos pelos que escapaban de los agujeros de la nariz. También como Uriah, tenía unos ojos azules muy claros, pero su mirada sí que parecía la de un auténtico niño, todavía capaz de creer en duendes. Y Arantza tenía razón en una cosa: nadie sabía más sobre Uriah Heep que Alex Redman.

—He concertado una videoconferencia con Alex para dentro de diez minutos.

—Pues ya puedes ir llamando a Álvaro, porque entre nosotros tres no somos capaces de ir más allá de *my taylor is rich*.

En ese momento, Álvaro Olabe entró en el despacho. Álvaro trabajaba en la Unidad de Delitos Informáticos y era uno de los pocos que podía comunicarse con el dublinés, que hablaba un inglés con un acento muy marcado.

La cara amigable del comisario Redman les sonrió desde la pantalla.

Tras el habitual intercambio de saludos, dificultado por el hecho de que todo debía ser traducido por Álvaro, el rostro del irlandés se llenó de angustia y soltó una parrafada ininteligible, pero que sonaba totalmente amenazadora. Itziar sólo pudo entender que el coloso hablaba sobre todo para Arantza. Esta también se percató de ello y pidió explicaciones a Álvaro, una vez terminada la videoconferencia.

—Arantza, Alex teme por tu vida. Dice que tenéis que extremar las precauciones, sobre todo tú, pero también Itziar. Recuerda que vosotras le jodisteis la vida y tú, además, le has dejado una pierna inútil. No te perdonará, eso seguro.

—Bueno, lo de la pierna no sabemos si es cierto o ha sido sólo un truco. Según nos han informado en Basauri, desde que entró en la cárcel no ha hecho más que quejarse de la herida, pero acaban de descubrir en su celda todos los analgésicos que le daban para intentar calmarle el dolor que tanto le molestaba.

—¿Cómo se ha escapado? —preguntó Itziar.

—Parece que llevaba varios días sin dejar dormir a nadie, quejándose con esa voz de niño que tiene. Y la herida seguía presentando un aspecto horrible. Por ello decidieron trasladarle a Basurto.

—Y seguro que no le pusieron ni las esposas. Mira que les dije que para acercarse a él debían inmovilizarle como a Aníbal el caníbal.

—Así es; aunque estaban avisados, parece que los que se ocuparon del traslado eran nuevos. Ya sabes, andan despidiendo a los veteranos para ahorrar presupuesto, y estos nuevos fueron engañados por su aspecto infantil. Lo han pagado bien caro. Les rebanó el cuello con un plástico rígido que había robado en el comedor y afilado en secreto. Huyó con el furgón, pero éste ya ha sido encontrado en Bilbao, cerca del puente de San Antón. Y nadie lo ha visto desde entonces.

—¿Y qué más ha dicho el gallina de Alex?

—No jodas, Arantza. Esto hay que tomárselo en serio.

—Vamos a por él, entonces.

—De eso quería hablaros. Ni tú ni Itzi vais a participar en su búsqueda. Estamos seguros de que no parará hasta vengarse de vosotras.

—Pues ahí lo tienes, utilízanos como cebo.

—Arantza, ni se te ocurra. Estaréis informadas en todo momento y estaréis siempre acompañadas por otros compañeros. Hemos pensado en Iñigo y Jon, si os parece bien.

—Vale.

Itziar no acababa de creerse que su compañera fuera a conformarse de forma tan pacífica con la solución del jefe. Decidió vigilarla de cerca para impedir que actuara por su cuenta.

Por lo que había contado Alex, Uriah Heep no abandonaría Bizkaia hasta acabar con ellas dos. De eso estaba seguro: nunca dejaba un trabajo a medio realizar y además le gustaba terminarlo personalmente. Itziar no pudo evitar visualizar de nuevo las películas que encontraron en Plentzia, en las que se veía a Uriah disfrutando enormemente con las torturas de aquellos pobres niños. Estaba segura de que no iba a parar. Y sabía que si las atrapaba, les esperaba una muerte lenta y dolorosa. También sabía que detrás del desparpajo de Arantza se ocultaba una preocupación semejante, aunque nunca lo confesaría. Arantza era su mejor amiga pero jamás le había dejado conocer su interior y eso que lo había intentado numerosas veces. Pero Arantza siempre cerraba sus puertas y sólo dejaba un brillante acabado a la vista. Itziar imaginaba vivencias atroces en la vida de su compañera y una herida que jamás podría cerrarse: sólo había que sentir la furia que le asaltaba cuando les tocaba investigar cualquier abuso o violencia contra niños o mujeres. Cuando perseguía a ese tipo de delincuentes Arantza siempre parecía más una letal vengadora que una profesional de la Ertzaintza.

\* \* \*

Tras la conversación con el jefe, las dos guipuzcoanas abandonaron la Central de Erandio. Arantza condujo su Golf negro hacia Bilbao con la idea de dejar a su amiga en la plaza Moyua.

—Oye, Itzi —dijo, mientras conducía— eso de tener a Iñigo y a Jon de escoltas me parece la típica chorrada de Xabier.

—Sabía que no te ibas a conformar fácilmente.

—Puedo entender que no nos ponga a nosotras a perseguir a Uriah. Pero sabemos cuidarnos solas.

—¿Y qué le decimos?

—Pues que mejor nos ponga de escoltas a Ricardo y a Alfonso. Son tan torpes que cuando queramos nos libramos de ellos.

—Lo podemos intentar.

—Y así Iñigo y Jon participan en la persecución y podemos ayudarles. Bueno, hemos llegado.

Itziar bajó a la altura del hotel Carlton y se encaminó hacia su casa. Nadie la esperaba a comer, pues aunque ahora tenía pareja, la verdad es que se veían bien poco. El capitán Paco Medina era serio y de pocas palabras, pero Itziar estaba encantada con él. Prácticamente era lo único positivo que le había ocurrido en el último año y veía que su relación, la relación de dos tímidos y serios policías, podía funcionar. Paco se había revelado como un auténtico romántico. Tras solicitar unos meses de excedencia en la UCO, se había internado en un *baserri* de Amorebieta. Decidido a abandonar la Guardia Civil, pensaba presentarse a las próximas oposiciones de la Ertzaintza, y para ello le convenía tener al menos el perfil dos de euskera. Itziar estaba encantada, pero esa decisión de su novio aplazaba el momento de su vida en común, y tenía un cierto temor a que llegara ese día; no era lo mismo quedar con él de vez en cuando en un viaje de dos o tres días que vivir en el mismo piso y compartir trabajo. Temía que aquello se estropeará por el excesivo roce, pero Paco estaba convencido de que no iba a ser así y por eso había apostado tan fuerte. De momento ella se dejaba querer y era feliz así, pero era incapaz de evitar una sombra de duda. Y echaba de menos sincerarse con alguien, pero no imaginaba a Arantza

como confidente; sabía que si le contaba sus dudas y temores su amiga reaccionaría de forma brusca y ella se sentiría herida. Por eso, se lo tragaba todo, como había sido habitual en su forma de comportarse.

## *Segundo día desde la fuga: jueves*

El teléfono sonó mientras Itziar se duchaba. Eran las ocho de la mañana de un jueves de Octubre. La ertzaina había desayunado un plátano y unas nueces, con un zumo de naranja y un café, y la ducha terminó de despejarla. No llegó a tiempo de coger el móvil, pero vio que era Begoña, la secretaria de Xabier. Se apresuró a devolver la llamada mientras contemplaba la calle Iparraguirre desde la ventana. Era un día oscuro y húmedo, pero la actividad en Bilbao era ya visible. Ante el semáforo en rojo esperaban peatones que observaban con impaciencia la larga cola de coches que se interponía en su camino.

—Begoña.

—Sí, Itzi, ¿estás viniendo para aquí?

—No, todavía estoy en casa.

—Vete entonces para Hurtado de Amezaga, hasta la estación de Abando. Ha habido un tiroteo.

—¿Cuándo?

—Hará unos veinte minutos. Arantza ya está avisada. La he pillado saliendo de Sestao, o sea que estará allá en un momento.

—¿Hay muertos?

—No sabemos nada. Han avisado los municipales. Xabier dice que toméis el mando.

Itziar se vistió rápidamente, intentando tranquilizarse. Llevaba ya casi veinte años trabajando en investigación criminal, pero todavía no se había acostumbrado. Cada vez que debía enfrentarse a una muerte violenta le invadía una especie de fatalismo. Sabía que durante la investigación asistirían a momentos muy duros que les harían plantearse, no una vez sino muchas, el sentido de todo esto: levantarse por las mañanas, trabajar, divertirse, confiar en los demás. Pero a pesar de ello su trabajo la apasionaba. Era como construir un complicado rompecabezas, en el que trabajaba en

equipo para devolver al mundo a un nuevo equilibrio, aunque fuera precario, ya que a un caso le sucedía otro y casi siempre acababan experimentando el absurdo y la injusticia del mundo que intentaban preservar.

Observó que la lluvia era ligera, por lo que decidió prescindir del paraguas y se cubrió con el chubasquero de tipo marinero que había comprado hacía un año en Getaria.

Al salir a la calle el frío sirimiri le golpeó el rostro, pero no le importó. Con paso ligero se encaminó hacia la estación de Abando. Serían las ocho y media cuando cruzó Alameda de Urquijo. Se acercó por la trasera de El Corte Inglés y observó, a unos cien metros aún, las luces intermitentes de los furgones policiales y el gentío que rodeaba a sus compañeros. A pesar de la lluvia, nadie quería perderse aquel acontecimiento. Tuvo que empujar para hacerse hueco y acercarse a los municipales para poder identificarse. Vio a Arantza a dos metros de un bulto en el suelo que nadie se atrevía a tocar. Los guardias gritaban y amenazaban a la gente, que se esforzaba por aproximarse al cadáver. Muchos empuñaban el móvil e Itziar imaginó que habría ya multitud de fotos en las redes sociales.

—Kaixo, Arantza.

—¿Qué tal, Itzi?, ¿a que no sabes quién es?

—¿Lo conocemos?

—Pérez de Martingala, Borjita. ¿Te acuerdas?

—¡Joder!

Borja Pérez de Martingala. ¿Cómo iba a olvidarlo? Abogado penalista, un pijo de Neguri, amigo de Nacho González. Lo habían conocido durante la investigación del asesinato de la reina eslava, hacía tres años escasos. Lo recordaba: alto, rubio y elegante, un treintañero que anunciaba a gritos que iba a comerse el mundo. Y ahora lo encontraba tendido boca arriba, con los ojos abiertos lavados por la lluvia.

—Tenemos un testigo.



Una mujer pequeñita, peruana o boliviana, que agarraba con fuerza un bolsito negro, las miraba con ojos oscuros y asustados.

—Vino por detrás —comenzó la mujer, a la que temblaba la voz—. El señor y yo esperábamos a que el disco cambiara y de repente una explosión a mi lado. Y el caballero cayó para atrás y se quedó como está, ya lo ven, más muerto que mi abuelo.

Imaginó la escena. Siete y media de la mañana. Todavía de noche y lloviendo. Sólo ellos dos esperando en el semáforo. Justo detrás, la entrada a la estación de RENFE. Tendrían que mirar si había cámaras funcionando.

—Señora, por favor, sé que es duro, pero es importante —dijo, agarrando la mano de la mujercita—, el disco estaba rojo y ustedes estaban esperando a que se pusiera verde. Por lo que he entendido, estaban ustedes solos.

—Sí, mojándonos. Yo miraba al señor de reojo, era alto y elegante. Más que mi señor. Me gustaba mirarlo. Así olvidaba la lluvia.

—Y enfrente, ¿había alguien esperando?

—No, seguro que no. Sólo estábamos nosotros dos. Y el asesino vino por detrás. Eso lo puedo jurar.

—¿Sabe de dónde venía? ¿Salió de la estación?

—No sé, me lo imagino, pero eso no lo podría jurar ante Dios.

—¿Y qué pasó?

—Ya se lo he dicho a ustedes. Una explosión y el señor cayó. A mí casi me da un ataque. Me aparté como si me atacara un perro rabioso.

—¿Y no vio al asesino?

—Muy mal.

—Era un hombre, supongo.

—Sí, eso sí. Así sólo matan los hombres.

—¿Vio la pistola?

—No, para mí fue como una bomba, una explosión. Y él cayó como en las guerras.

—Usted se apartó. Pero seguro que algo recuerda del hombre que vino por detrás.

—No, no, nada.

—¿Era alto o bajo?

—Eso sí, alto como él —dijo, señalando al muerto—. Pero parecía más, porque llevaba sombrero.

—¿Qué tipo de sombrero?

—No sé, oscuro, elegante.

—Y llevaría gabardina.

—Sí, creo que sí.

—Y luego, ¿hacia dónde huyó?

—No huyó. Se fue caminando lentamente, con las manos en los bolsillos. Yo grité, pero no se volvió.

—No le vio la cara.

—No, pero parecía guapo.

—¿Y el pelo?

—Creo que oscuro, como el sombrero.

—¿Y hacia dónde se fue?

—Entró en la estación. Y ya no lo vi más. Me puse a gritar y entonces vino ese chico y me ayudó a levantarme.

—¿Cuándo se cayó?

—No recuerdo. Quizás con la explosión.

El chico al que se refería la mujer tendría unos dieciséis años. Itziar se dirigió a él. El chaval parecía asustado, pero al mismo tiempo en sus ojos se reflejaba el entusiasmo que sentimos todos cuando somos protagonistas de algo importante. Itziar imaginó que adornaría el suceso ante sus amigos del colegio. Pero ahora fue incapaz de aportar ninguna información relevante. Casi seguro que se cruzó con un hombre al salir de la estación. Venía de comprar un bollo en la tienda del fondo. No se fijó en el hombre. Sólo pudo decir que era alto y vestía de oscuro. Ni siquiera recordaba el sombrero. Él se fijó sobre todo en la mujer que gritaba y en el bulto en el suelo. No se atrevió a tocar el cadáver, o al menos eso dijo. De todas

formas, le tomarían las huellas para descartarle, por si lo que afirmaba no era cierto.

—Hola Itzi, ¿qué tenemos aquí? —saludó Antxe, de la Policía científica, quien acababa de llegar con Amaia. A Itziar le encantaba trabajar con las dos primas, inteligentes y con gran experiencia. Su intervención había resultado decisiva en casos anteriores, como el de la reina eslava y el asesinato de Martín Etxeburu en Mungia. Arantza les tomaba mucho el pelo, pero ellas no se arrugaban y podía decirse que las cuatro eran grandes amigas, además de compañeras.

—Bueno, ya sólo faltan Iñigo y Jon, nuestros escoltas —dijo Arantza.

A Itziar le sorprendió el retraso de sus compañeros, pero no hizo ningún comentario.

Amaia y Antxe empezaron a hacer su trabajo en busca de pruebas. Faltaban por llegar el juez y el médico forense. Eran casi las diez de la mañana y todavía no habían podido tocar a la víctima.

—Arantza, ¿qué te parece si nos acercamos al despacho de Borja? No está muy lejos y aquí ya pintamos poco.

—De acuerdo, vamos a darnos un baño de pijos.

\* \* \*

Las ertzainas caminaron con determinación hacia el Edificio Albia, donde sabían que Borja tenía un despacho con otros penalistas. Cruzaron la Gran Vía, llena ya de gente que entraba y salía de las cafeterías o se disponía a visitar los grandes almacenes. No faltarían ni dos minutos para que abriera El Corte Inglés y las diversas tiendas del grupo Zara.

Al llegar al Edificio Albia les costó dar con el departamento exacto donde se localizaba el despacho del penalista. En el panel de la entrada no aparecía su nombre.

—¿No estaba en el cuarto piso? —preguntó Arantza.

—Sí, pero no lo veo. Aunque igual es este.

Señaló un letrero en el que aparecía el nombre de “O’Connor y asociados”.

—Creo que antes era “O’Connor y Pérez de Martingala”.

—No sé, vamos a ver qué cuentan.

Al salir del ascensor, Itziar observó una gran puerta de madera a la derecha, con una gran placa, en la que se leía “O’Connor y asociados, abogados penalistas”.

Abrió la puerta una rubia tan alta como Itziar, que con una sonrisa profesional las condujo a una sala de espera con unos sofás de cuero negro brillante y una mesita de centro con la prensa del día.

—¿Te has fijado? Todas las rubias de Bilbao trabajan en este edificio. Hay que joderse.

Arantza tenía razón. En Bilbao tampoco había tantas rubias y todas parecían trabajar allí.

Acudió un hombrecito de unos cuarenta años, que se presentó como Abelardo Formica, abogado asociado de la firma. Tenía el cuello largo y delgado y movía compulsivamente los hombros en una especie de tic nervioso.

—Ya pueden perdonar. El señor O’Connor no suele venir tan temprano.

—El caso es que esperábamos encontrarnos con la firma “O’Connor y Pérez de Martingala”.

—Ya, entiendo. El señor Pérez de Martingala ya no trabaja aquí.

—Pero, ¿no eran socios?

—Sí, pero hubo algunas desavenencias entre ambos y el señor O’Connor le rogó que se fuera. Una pena, porque tengo entendido que iba a sucederle en la firma. Al parecer, el padre de don Borja, que en paz descansa, era muy amigo del señor Patricio O’Connor.

—Tuvo que hacer algo muy gordo nuestro amigo Borja para llegar a eso, imagino —comentó Arantza.

Itziar esperó. Estaba claro que aquel sujeto acabaría contando todos los trapos sucios. Daba el tipo, sólo había que verle los ojos, que movía con nerviosismo de una a otra ertzaina, para acabar

mirando al suelo. Era un hombre lleno de tics, con ganas de contar historias ajenas. Tras un corto silencio, se decidió.

—La verdad es que sí fue gordo, según tengo entendido. Yo todavía no trabajaba aquí, pero la historia ha sido muy comentada. Lo que voy a decir es altamente confidencial y sólo se lo cuento porque son policías y sé que les ata el secreto profesional.

—No se preocupe —dijo Arantza— lo que usted cuente no saldrá jamás de nuestros labios. El señor O'Connor tiene que estar orgulloso de tener un empleado tan discreto.

Abelardo miró a Arantza con desconfianza, pero fue incapaz de reprimirse.

—Parece que el señor Pérez de Martingala no sabía separar el trabajo del placer. —A Abelardo se le escapó una risita.

—Cuenta, cuenta, que estoy en ascuas.

—Era aficionado a meterse, ya me entienden —contestó Abelardo, colocando los dedos de la mano derecha debajo de la nariz, a la vez que absorbía un polvo imaginario.

—Pero bueno, eso es normal en este trabajo, según creo.

—Ya, pero el señor O'Connor le pilló una tarde desnudo con dos secretarias encima, y la harina esparcida por toda la mesa.

—Rubias las secretarias, imagino.

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Experiencia profesional. ¿Y qué hizo el jefe?

—Los despidió a los tres.

—Y contrató a otra rubia, por lo que veo.

—Y a mí.

—Y será usted de absoluta confianza. La verdad es que no me lo imagino con una rubia encima.

Abelardo se tomó la observación como un halago. Itziar intentó mantenerse seria. Sacó una tarjeta y se la mostró al empleado.

—Mire, aquí tiene mi número. Dígale a su jefe que nos llame y concertaremos una entrevista. Necesitamos conocer la vida profesional de su ex socio y en eso creo que usted no podrá ayudarnos.

Itziar se levantó y Abelardo les acompañó a la puerta.

—¿No sabrá usted dónde tiene el despacho actualmente?

—Creo que está cerca de Zabalburu. La verdad es que don Borja podría decirse que iba cuesta abajo. No sé dónde acabará ese chico.

Itziar decidió ocultarle la noticia.

\* \* \*

Quince minutos más tarde se encontraban de nuevo en la escena del crimen. Itziar observó que por fin los municipales habían conseguido imponer el orden. La calle estaba cortada y se había acordonado un espacio suficiente, que comprendía hasta la entrada al edificio de la Renfe y llegaba hasta el semáforo de la acera de enfrente. El cadáver seguía tendido en la acera, pero el forense estaba examinándolo. Amaia se acercó.

—Tenéis permiso del juez para examinar sus documentos personales —dijo, alargándoles la cartera.

—¿Alguna novedad?

—Sólo una importante: hemos encontrado el casquillo. Casi seguro que ha sido un único disparo. Creo que estamos ante una Glock semiautomática. Parece labor de un profesional. No esperamos encontrar mucho más. Estamos examinando las cámaras de la estación, para ver si huyó en metro o en tren, o salió por otra puerta. Algo me dice que va a ser esto último. Muy profesional. Un encargo.

—¿Tenemos asesinos profesionales en Bizkaia?

—Creemos que no. Habrá venido de fuera y ya estará lejos de aquí.

—¡Joder! ¡Vaya putada! ¿Y no lo ha visto nadie más? —exclamó Arantza.

Itziar no contestó. Estaba más interesada en la cartera. Un abogado penalista en caída libre tendría más de un enemigo.

—Arantza, el despacho lo tiene aquí cerca, en Hurtado de Amezaga.

—Vale, tienes razón; vamos para allá a ver si nos abre la puerta otra rubia.

El despacho estaba en el cuarto piso de un bloque de oficinas cerca de Zabalburu. El pasillo que recorrieron hasta el departamento estaba sucio y poco iluminado. Olía a lejía y a humedad. En la puerta un cartel indicaba que estaban ante el despacho del penalista.

Abrió la puerta una rubia muy elegante, que desentonaba en aquella oficina mugrienta, posiblemente fuera una de las dos que O'Connor encontró encima de su socio.

—¿Sí? ¿Qué desean?

—Somos ertzainas y queríamos hablar con usted.

—¿Conmigo? Mi jefe aún no ha llegado y empiezo a estar preocupada.

¿Cómo comunicar una muerte, así, de repente? Itziar odiaba esta parte de su trabajo.

—Me temo que hemos de comunicarle una mala noticia.

El labio de la rubia empezó a temblar.

—¿Qué ha pasado?

—Ha aparecido cerca de aquí. No ha sido posible salvarlo.

—¿Un accidente? ¿Un ataque?

—Posiblemente un tiro.

La rubia se desplomó antes de que Itziar pudiera impedirlo. La arrastraron hasta un sofá de tela raída de un verde claro. Cuando despertó le dieron un vaso de agua.

—Tranquila. No intente hablar todavía.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Quién puede haber hecho eso?

—Para eso hemos venido. Tenemos permiso del juez para registrar el despacho. —Itziar mostró la orden—. Podemos llevarnos el portátil, agendas personales o profesionales y cualquier documento que pueda ayudarnos a encontrar al asesino. Pero primero nos gustaría hacerle algunas preguntas, si es que está ya recuperada, señora.

—Elena, mi nombre es Elena.

—Elena, para nosotras es de la máxima importancia que usted nos cuente cualquier cosa que le venga a la cabeza y que pueda estar relacionada con la existencia de posibles enemigos de su jefe. Porque era su jefe, supongo.

—Sí, bueno —Elena se ruborizó y sonrió— sí era mi jefe. Pero también teníamos una relación, ustedes entienden, aunque él era casado.

—¿Le conocía hacía mucho?

—Nos conocimos en el despacho anterior, yo era la secretaria de don Patricio O'Connor y simpatizamos enseguida.

—Ya. ¿Qué puede contarnos de la relación con su antiguo socio?

La rubia se quedó en silencio, reflexionando.

—¿Han estado ustedes con él?

—Todavía no.

—Porque ahí tienen un sospechoso. Y no hagan caso de lo que les cuente. No hubo ningún escándalo, nada de nada. Borja es un caballero.

—¿Qué pasó entonces?

—Pues miren ustedes, los celos de un viejo. Que conste que yo con don Patricio no tuve ninguna aventura —Elena reflejó en su cara el asco que sentía al recordarlo—. Pero no porque él no quisiera. Y cuando se enteró de que Borja y yo simpatizábamos, no paró hasta que consiguió echarnos. Y el pobre Borja no conseguía ningún trabajo decente. Que si era un drogata, que si era proxeneta, que si era un vicioso. Don Patricio no paró hasta que consiguió desacreditarlo ante todo Neguri. Y a pesar de todo, les digo que no estaba tranquilo; perfectamente pudo haber encargado a alguien que lo matara. —Elena comenzó a llorar.

—¿Cómo sabe que ha sido un encargo?

—¿No lo han dicho ustedes? Hombre, no imagino a don Patricio estrangulando a nadie. A pesar de estar loco era un caballero.

—Ya. Un caballero. —Arantza se levantó del sillón y se acercó a la mesa de trabajo de Borja. Itziar observó el departamento.



Constaba de dos piezas. A la entrada había un pequeño mostrador donde Elena aguardaba la llegada de los clientes y atendía el teléfono. Enfrente estaban los sillones verdes, viejos y raídos. La mesa de Borja, que se veía a través de la puerta abierta, no tenía casi documentos a la vista. No parecía un despacho boyante. Don Patricio estaría satisfecho. ¿O quizás no?

Arantza abrió uno de los cajones y encontró una agenda tamaño folio, de plástico negro.

—Esto nos lo llevamos. ¿Dónde está el portátil?

—Borja lo guarda en el armario. —Elena volvió a llorar—. Bueno, lo guardaba.

—Ha dicho que su jefe estaba casado. ¿No pensaba divorciarse?

—No se atrevía. Decía que la víbora de su mujer le quitaría lo poco que le quedaba. Ahí tienen ustedes otra sospechosa.

—Desde luego —comentó Arantza, una vez que hubieron abandonado el despacho— si la dejamos, esta Elena nos resuelve el caso ella sola. No parece que sea quien haya encargado su muerte ¿verdad?

—Pero sí he visto algo raro cuando nos contaba su versión sobre las desavenencias con O'Connor. No acabo de creerla. Es importante que hablemos con el socio.

—Pero eso lo dejamos para mañana. Hoy creo que cumplimos con visitar a la mujer.

—Vale —dijo Itziar con desgana. Otra labor desagradable: comunicar la noticia a la viuda.

\* \* \*

La vivienda de la víctima tampoco estaba lejos de allí. Según el DNI vivía en la calle del Cristo, no parecía lugar para un negurítico.

Las dos ertzainas se acercaron al puente del Ayuntamiento, pero primero se detuvieron a tomar un café en el Iruña. La fina lluvia se había transformado en un aguacero denso que no tenía pinta de remitir. A pesar de todo, no se demoraron y cruzaron el puente

cuando la lluvia arreciaba. Antes compraron un par de paraguas a un africano que exponía su mercancía en una esquina de la Gran Vía. No les sirvió de mucho: llegaron empapadas al portal. No contestaban en la vivienda, por lo que llamaron a la de enfrente. El inmueble no tenía ascensor. Arantza juraba por lo bajo, pues odiaba subir escaleras y la vivienda estaba en el cuarto piso. Una anciana minúscula, con el cabello totalmente blanco, vestida con una bata de cuadros y unas zapatillas a juego, les abrió inmediatamente.

—Señora, somos policías y queríamos hablar con sus vecinos. ¿Sabe usted a qué hora suelen estar en casa?

La anciana sonrió y habló en susurros casi ininteligibles.

—Son una pareja. Él habrá salido a trabajar. Pero ella seguro que está en casa. —La anciana bajó todavía más la voz—. Sólo que cuesta hablar con ella. Para esta hora suele estar ya muy bebida.

—¡Joder! Vámonos y que vengan otros compañeros más tarde.

—No, Arantza. A mí tampoco me apetece, pero es mejor que hablemos nosotras.

—Vale —la suboficial empezó a aporrear la puerta—. Señora —gritó— somos policías y tenemos que hablar con usted.

Entretanto, la anciana había hecho ademán de cerrar la puerta, pero Itziar se fijó en que la dejó entornada.

—¿Quién es? —se oyó una voz grave de mujer.

—Policía, y es importante.

—Esperen un momento.

Todavía tardó un par de minutos en abrir. Las ertzainas se encontraron ante la tercera rubia de la jornada, pero esta estaba despeinada y sin maquillar. Se hizo a un lado y con la mano indicó que podían entrar.

—Siéntense donde puedan —dijo a la vez que se dejó caer sobre un sofá de la minúscula salita. Parecía su hábitat natural, pues enfrente se encontraba, en la mesa baja, una botella de rioja barato casi terminada.

Itziar ocupó una silla que encontró a su izquierda y Arantza prefirió el otro sillón, a pesar de lo sucio que se encontraba.

—¿Qué ha hecho mi marido? —preguntó, mirando alternativamente a las dos ertzainas.

—Temo que traemos malas noticias —comenzó Itziar—. Su marido acaba de ser hallado muerto cerca de su oficina.

La rubia se quedó inmóvil mirando a Itziar y dijo en un susurro:

—Pues yo no he sido. Ya ven en qué estado me encuentro.

—No parece que le coja de sorpresa —comentó Arantza.

—No sé qué decir. Nada relacionado con él puede sorprenderme. Ni sorprenderme, ni joderme —la rubia extendió el brazo para alcanzar la botella y de un solo trago terminó con su contenido—. No, señoras, nada que venga de él puede ya joderme, porque ya no puedo estar más jodida.

Tras asegurar esto, se tapó la cara con ambas manos y empezó a llorar ruidosamente. Itziar se levantó y posó su mano en el hombro de la mujer.

—Cálmese. Está usted en shock.

—Ni shock ni carajo —la interrumpió, a la vez que apartaba su mano—, piensen lo que quieran, pero me importa un pijo su muerte. No era más que un bastardo.

—Cuidado con lo que dice —le advirtió Arantza.

—Ya sé, ya sé. Puedo convertirme en la sospechosa número uno. Por cierto ¿cómo ha sido?

—Un tiro en la nuca, mientras su marido esperaba en un semáforo.

—Ya, tenía que pasar.

—¿A qué se refiere?

—Mi marido no hacía más que meterse en líos. Más de una vez han llamado a esta puerta gritando su nombre. Casi nunca estaba y yo no abría. Pero tendrían que ver qué gorilas han pasado por aquí. En fin, todo ha acabado. Ahora podré comenzar una nueva vida. Aunque no sé con qué, porque no me habrá dejado nada.

—Podría usted trabajar, para variar —dijo Arantza.

—Sí, de puta, no te jode. No se crean, ya lo intentó el cabrón.

—Por lo que cuenta, no le iba muy bien.

—Pero ¿han visto esta casa? —la mujer señaló a las paredes vacías y al suelo. Itziar se quedó mirando la moqueta raída de un color verde claro, llena de manchas y costurones—. Y todo porque era un vicioso ¿cómo se puede ser tan gilipollas?

—Mire, Rebeca, se llama Rebeca ¿verdad? —intervino Arantza—. Tenemos muchas preguntas que hacerle y también deberíamos registrar esta casa. Se trata de encontrar al asesino, aunque a usted le importe un pimiento. Dentro de poco vendrá un equipo de compañeros a efectuar el registro, y traerán permiso del juez, por supuesto. Hasta entonces, sería bueno que usted nos contara todo desde el principio. Hace tres años Borja trabajaba en uno de los mejores despachos de penalistas de Bilbao. E imagino que ustedes vivirían en un sitio más elegante que este.

—Por supuesto. Teníamos un chalet en La Galea.

—Pues sería bueno que contara su historia desde el principio. ¿Qué le parece si empieza explicándonos cómo conoció a Borja?

—Vamos, que quieren una biografía completa.

—Sólo si está usted hoy con fuerzas para hacerlo —intervino Itziar.

—Sí, tengo fuerza suficiente. Me basta con un poco más de vino ¿quieren ustedes una copa?

—No, gracias.

Rebeca abrió el mueble-bar, de donde sacó una botella del mismo rioja, y una copa un tanto sucia. La limpió con una servilleta de papel, extrajo el corcho y se sirvió. Bebió de un trago todo el contenido, volvió a llenar la copa y la dejó en la mesita. La miró durante unos segundos, como para darse fuerzas, y comenzó la exposición:

—Ustedes no ven ahora más que una ruina de lo que fui, pero hagan un esfuerzo de imaginación y piensen en mí como la más guapa de la fiesta. Sólo así podrán entender por qué Borja se casó conmigo. Porque Borja era el joven más ambicioso y de más talento de todo aquel hatajo de pijos. Muchas veces, por la noche, cuando espero que vuelva de sus correrías, aún me pregunto cómo hemos

podido llegar a esto. Éramos los mejores, los más guapos, los más listos, los que íbamos a comernos el mundo y ya ven ustedes lo que resultó de todo aquello: una borracha y un muerto.

Rebeca calló, cogió la copa y bebió. Se quedó pensativa unos segundos y continuó:

—Todavía recuerdo el día de nuestra boda. Trescientos invitados, la ceremonia en Las Mercedes y la comida en el Marítimo. No se crean que fue fácil llegar hasta allí. Y todo ¿para qué? Vaya imbécil que fui. Aunque no, no es así como debe contarse. Yo hice lo que tenía que hacer. Y lo que vino a continuación no lo podía prever nadie.

Rebeca volvió a interrumpirse. Itziar aprovechó para preguntar:

—Por lo que puedo deducir, usted no provenía de ese mundo. Usted no era de Neguri ¿no es cierto?

—Así es. Conocí a Borja en la universidad. Él estudiaba derecho económico en Deusto y yo me matriculé en filología hispánica. Entonces quería ser profesora. Nos conocimos en una de esas fiestas que se hacían para recibir a los erasmus. No sé qué pasó. El flechazo fue mutuo. Bailé con él y ya no quise bailar con nadie más. Era fácil enamorarse de Borja. Ustedes pensarán que me enamoré de su dinero, pero no es verdad. Tenían que haberlo conocido entonces.

—Un pijo guapo, imagino —dijo Arantza.

—Sí, un pijo, un pijo guapo. Pero no sólo eso. Era inteligente, ambicioso y con ingenio. Empezamos a salir y decidí apostar por aquello con todas mis fuerzas.

—No fue fácil, supongo.

—No sé si conocen Neguri.

—Algo sabemos.

—Neguri es un sistema de clanes muy cerrado. Es una casta aparte. Sólo se casan entre ellos. No todos son ricos, por supuesto. En Neguri hay ricos y no tan ricos, incluso los hay que son casi pobres. Pero todos tienen pedigrí, como los perros de raza.

—Y Borja ¿a qué tipo de negurítico pertenecía?

—A los pata negra, sin duda alguna. Padres y abuelos ricos y guapos; su dinastía se perdía en el siglo XIX al menos. Supongo que si se investiga a fondo en ese siglo descubriríamos que los Pérez de Martingala se enriquecieron con el tráfico de esclavos o con alguna actividad ahora inconfesable.

—Incluso puede que fuera más vergonzoso: que se enriquecieran trabajando.

Rebeca miró hacia Arantza y sonrió.

—Sí, usted se lo toma a broma, pero la alcurnia es una cosa muy seria.

—Puedo entender que usted se quedara fascinada por ese mundo y que renunciara a todo para entrar en él —intervino Itziar.

—Sí, tiene razón. Contado ahora parece algo estúpido. El típico braguetazo. Pero yo no lo viví así. Para mí fue un reto y puse toda mi inteligencia y mi voluntad en superar ese reto. Y triunfé. Y de alguna forma, estoy orgullosa de ello. A pesar de esto —Rebeca señaló la moqueta vieja, las paredes vacías, la botella y continuó:

—Por eso he empezado por la boda. Digamos que fue el clímax, la cumbre. Lo que vino a continuación fue primero una leve pendiente que pronto se transformó en un precipicio. ¿No les estaré aburriendo?

—No, pero sí nos gustaría que se centrara en las causas que llevaron a ese declive.

—De acuerdo. Nos casamos y fuimos a vivir a un chalet en La Galea. Fue un regalo del padre. Y Borja entró a trabajar con O'Connor, una de las lumbreras del derecho penal.

—¿Cómo así escogió penal? —preguntó Arantza—, no parece la mejor manera de relacionarse con la gente guapa.

—Se equivoca. Los clientes de O'Connor son casi todos muy distinguidos.

—¿Qué defienden? ¿Delitos fiscales?

—Sí, y societarios, ese tipo de cosas. Delitos de cuello blanco.

—Ya, abogado de sus amigos ricos.

—Más o menos.

—¿Y qué es lo que se torció?

—La primera desgracia no fue culpa suya. Murió su padre y se descubrió que tenía una segunda familia completa. Y deudas por todas partes. A Borja no le quedó nada en herencia. Sólo salvamos el chalet.

—¿Cuál fue la reacción de su marido?, ¿no sospechaba nada?

—Nada en absoluto. Le costó reaccionar. Se le veía hundido y casi no hablábamos. Pero un día volvió del trabajo de un humor excelente. Me hizo servir el mejor reserva que teníamos en casa y me prometió que volvería a ser rico como su padre. Dirán que soy tan imbécil y tan pija como él. Pero en ese momento, viéndole con tanto entusiasmo, lo amé con todas mis fuerzas.

Itziar contuvo el aliento, pero Arantza no hizo ningún comentario.

Rebeca continuó:

—Pero luego, todo se torció. Borja llegaba cada vez más tarde a casa y siempre venía con un extraño brillo en la mirada. Estaba claro que se metía algo. Se lo reproché; él se defendió diciendo que lo necesitaba para trabajar, para volver a triunfar.

—Y usted ¿a qué se dedicaba?

—Yo también fracasé. No conseguía quedarme embarazada. No saben lo que eso significaba en Neguri. Cada vez me sentía más aislada. Las cotorras de ese mundo me dieron la espalda. Y Borja nunca estaba en casa. Me aficioné a esto —señaló a la botella.

—Su marido drogadicto y sin dinero. Pero pasó algo más. ¿Por qué abandonó el despacho de O'Connor?

—Nunca he sabido la verdadera razón. Se habló de un escándalo sexual y de drogas, alguna cotorra me insinuó algo de eso; pero Borja se defendía diciendo que su socio le había tendido una trampa. Que temía su brillantez y que decidió apartarlo de él. Posiblemente ambas cosas fueran ciertas.

—Y perdió su empleo en O'Connor. También se quedaron sin el chalet. Pero eso ¿fue antes o después?

—Después. Primero perdió el trabajo y se instaló en esa oficinucha que tiene en Hurtado de Amezaga, con esa secretaria

que no es más que un zorrón. Por eso pienso que parte de la historia que me contaron mis amigas, las cotorras, era cierta. Y luego vino lo del chalet.

—¿Bajaron tanto los ingresos que se vieron obligados a vender?

—No, la verdad es que los primeros meses parecía entrar más dinero en casa que antes. Borja no estaba nunca y siempre llegaba borracho o drogado o ambas cosas a la vez. Yo me asusté; pensé que tenía que estar en algo ilegal. Él me dijo que no. Que seguía trabajando como penalista, pero que ahora llevaba casos de narcos, que daban mucho dinero. Me asusté más todavía, pero no sabía cómo parar aquello.

—¿Cómo se explica entonces la pérdida del chalet?

—No me la explico. No sé en qué se metió, pero debió de ser algo muy gordo y muy peligroso. Un día me llamó y me dijo que tenía que hacer un viaje. A Sudamérica.

—¿Y usted qué pensó?

—No soy tonta. Pensé lo peor. Pero me quedé corta. Tardó un mes en volver. Me llamaba de vez en cuando para tranquilizarme. Y cuando volvió no era el mismo.

—¿A qué se refiere?

—Había envejecido diez años al menos. Y lo peor era lo de la mano izquierda. La llevaba totalmente vendada. Me dijo que no me preocupara. Que había tenido un accidente y había perdido parte del dedo meñique. No quiso dar más detalles.

—Ya.

—Y luego me soltó la bomba: que había vendido la casa no sé ni a quién ni por qué. Seguro que fue para pagar una deuda, porque no vi que entrara dinero en nuestras cuentas. Nos trasladamos aquí; estamos de alquiler en esta mierda de piso.

Rebeca llenó la copa con los restos de la botella que había abierto y bebió un poco. Se quedó observando la copa y de otro trago se acabó el contenido.

—Y lo demás ya lo saben. Faltaba de casa días enteros, pero todavía conservaba la oficina. Creo que a veces dormía allí, con la



zorra esa, supongo. Y de vez en cuando venía con una botella de reserva para celebrar algún éxito que no me explicaba. Aunque sí me di cuenta de que ya no hablaba de éxitos en los tribunales, sino de negocios.

—Piensa en algo ilegal.

—Así es. Pero eso ya es labor suya investigarlo. Yo no sé más ni me importa. Y espero no volver a verles a ustedes nunca más.

## *Tercer día desde la fuga: viernes*

Itziar llegó a la Central de la Ertzaintza en Erandio a las diez de la mañana. El día anterior había sido muy intenso y le costó conciliar el sueño. Arantza y ella solicitaron una reunión conjunta con el jefe y con todos los miembros de la investigación a las once. Itziar tenía interés en conocer qué más podrían haber encontrado Amaia y Antxe en la escena del crimen, así como en la vivienda y en el despacho de la víctima. De momento ya tenían toda una historia que investigar: los tres últimos años de la vida de Borja Pérez de Martingala. La oficial estaba segura de que allí se encontraba la pista que podría llevar a identificar a la persona que habría encargado el asesinato del letrado. Porque estaba claro que se trataba de un encargo. Y un encargo muy caro. Aquello, en Bilbao, sólo podía pagarlo alguien con mucho dinero. Se trataba de llegar a conocer todos los trapicheos en que se había visto involucrado Borja en aquellos tres años de caída sostenida. La ertzaina era consciente de que iba a ser una tarea complicada, pues era lógico pensar que aquel abogado tan especial tendría más de un enemigo. Ellas deberían seleccionar a los candidatos más claros: personas que albergaran sentimientos de odio lo suficientemente fuertes como para desear su muerte. Y que además contaran con el dinero necesario para contratar a un asesino.

Había repasado la historia delictiva de la ciudad y eran escasísimos los asesinatos por encargo.

Llamó a la puerta de Xabier y entró. El jefe estaba sentado detrás de su mesa de trabajo y Arantza paseaba de un extremo a otro del despacho hablando sin parar. A Itziar le pareció que habían discutido, algo que cada vez era más habitual entre ellos.

—Xabier —decía Arantza—, ni se te ocurra mantener las órdenes de escolta para Iñigo y Jon. Es ridículo. Ya somos

mayorcitas. Y si quieres quedarte tranquilo, que nos acompañen Ricardo y Alfonso.

—¿Estás de cachondeo?

—¿Qué pasa? Uriah seguro que se acojona si ve a una de esas dos moles.

—Perdonad —interrumpió Itziar—. Creo que la reunión debería celebrarse en la sala grande. Aquí no cabemos todos.

—Vale, ahora vamos —contestó Xabier—, en cuanto me libre de esta pesada. Y en la sala no quiero ninguna discusión de este tipo.

—Pero ¿qué has decidido?

—Luego os lo comunico. Déjame pensarlo. Y no quiero ninguna queja si no te gusta mi solución. A la mínima, te aparto del caso.

—¿La muerte del abogado pijo? Bastante me importa.

—¿Qué pasa? ¿No es de tu gusto?

—La verdad, por lo que sé, no se ha perdido mucho. Aunque hay que reconocer que lo del asesino profesional me mola. Esto ya no parece Bilbao.

Itziar abandonó el despacho y se acercó a las máquinas a servirse una lata de Coca-Cola Zero. Cuando llegó a la sala estaban ya todos: Arantza y Xabier, Amaia y Antxe, y también Iñigo y Jon.

—Bueno —comenzó Xabier— Arantza ya me ha puesto en antecedentes. Quiero que de esta reunión salga un reparto claro del trabajo que cada uno ha de realizar. Tenemos el caso del letrado asesinado, pero también quiero dejar definida la responsabilidad de todos vosotros en la búsqueda de Uriah Heep —cuando añadió esto, miró fijamente a Arantza.

—Vale Xabier, tú eres el jefe.

Itziar detectó un tono de triunfo en la contestación de Arantza. Seguro que había conseguido lo que quería. Xabier continuó resumiendo lo que le había contado Arantza sobre el caso de Borja.

—Como veis hay dos líneas claras de investigación. Hay que intentar descubrir quién realizó el encargo del asesinato y, por otro lado, hay que averiguar quién es el autor material. Como sabéis, en Bilbao no es habitual el asesinato por encargo. Puede que el *killer*

haya venido de fuera. Pero el que seguro que es de aquí es el que lo ha contratado. Y ahí veo que os va a salir más de un candidato.

Itziar le dio la razón a su jefe y comentó que, de momento, iban a estudiar la agenda y el ordenador de la víctima, para abrir nuevas posibilidades de investigación.

—Lo de descubrir al profesional va a ser más difícil. Preguntaremos a los contactos en el hampa, pero no creo que de ahí salga nada —añadió Arantza.

—Nosotras tenemos pendiente el análisis del casquillo, para cotejarlo con casos anteriores. Muchos profesionales se encariñan con una pistola y les cuesta desprenderse de ella. Pero no os garantizamos nada —dijo Antxe.

—Lo más curioso —añadió Amaia— es lo que hemos encontrado en el bolsillo de la víctima: tenía la llave de una taquilla de la estación. La hemos abierto, con la secretaria judicial, y no hemos hallado más que otra llave. Todavía hemos de descubrir qué se puede abrir con esta última. Seguro que allí habrá algo interesante.

—Así que antes de morir, Borja entró a la estación a dejar esa llave. Eso es importante —dijo Xabier—. En cuanto sepáis algo nos lo comunicáis.

Tras finalizar con las órdenes relacionadas con el caso del letrado, Xabier se dirigió a Iñigo y a Jon. Les comunicó que iban a trabajar en el caso de Borja, pero que no era necesaria la labor de escolta de sus compañeras. Lo único que les pedía a los cuatro es que siempre actuaran de dos en dos, pero eso no suponía ninguna novedad, ya que casi siempre lo hacían así. Y añadió:

—En la búsqueda de Uriah Heep estamos actuando conjuntamente con las fuerzas del Estado. Para esa labor nombro a Iñigo y a Jon responsables de esas actuaciones, y espero que antes de comunicar ninguna novedad a Arantza o a Itzi, me la comunicéis a mí.

La bajada de pantalones había sido casi total, pensó Itziar. Sólo le faltó nombrar responsables de esas actuaciones a Arantza y a

ella. Aunque, conociendo como conocía a su compañera, casi podía decirse que eso era lo que había hecho.

—No metas demasiada presión a Iñigo y a Jon —le comentó a su amiga a la salida de la reunión.

Arantza puso cara de inocencia.

—¿Desde cuándo soy yo la jefa?

## *Cuarto día desde la fuga: sábado*

Arantza es una lianta de cojones. Ya estamos Iñigo y yo pringados hasta arriba.

Son las doce del mediodía. Iñigo acaba de llegar. Estamos en Las Torres, esperando a Gorka.

—¿Qué quieres? —pregunto a mi primo.

—Un verdejo.

—Que sean dos.

En ese momento entra Gorka. Está como siempre. Ni un pelo en la cabeza y esos aros que lleva en las orejas. Vaya amigos que tiene Arantza. Chalados todos, pero *jatorras*.

—Kaixo, Gorka ¿qué quieres?

—Un verdejo.

El camarero sirve las tres copas. Nos sentamos en la mesa de la izquierda al fondo, la que tiene un hermoso ventanal.

—Vosotros diréis.

—Nos envía Arantza —dice Iñigo.

—¿Y en qué puedo ayudaros?

—Tú conoces el lumpen y eres de fiar. Arantza dice que lo que tú no conozcas no merece saberse.

—¿Eso es un halago? ¿Por quién preguntáis?

—Uriah Heep.

—Joder con Arantza. Ya sé que se ha escapado. Pero yo no trato con ese tipo de degenerados.

—Tienes un club de sado.

—Pero no hay pederastas, cojones.

—Algo habrás oído.

—Joder, voy a ser claro. Os voy a ayudar por esa cabrona. Pero yo no sé nada.

—Vale.

—Como os he dicho, no admito a tales degenerados en mi club.  
Pero la gente es curiosa.

—¿Y?

—Algo he oído. Le llaman el enano saltarín. Y es irlandés.

—Exacto.

—Pues ahí está la clave. Buscad en la colonia irlandesa.

—¿Existe colonia irlandesa en Bilbao?

—Joder. ¡Vaya policías! ¿Dónde desapareció Uriah?

—En el puente de San Antón.

—Hay una academia de inglés cerca. La llevan unos irlandeses.  
Empezad por ahí.

—¿Es una tapadera?

—Mezcla y mezcla. La academia la fundó un antiguo miembro del IRA. Pero ya murió. Creo que hay algún antiguo cura de profesor.

—¡Pederasta!

—Eso lo habéis dicho vosotros.

—*Eskerrik asko.*

—Si me entero de algo, os lo haré saber.

Iñigo y yo quedamos en darnos una vuelta el lunes. De momento no le diremos nada a Arantza. Es una lianta de cojones.

## *Sexto día desde la fuga: lunes*

Itziar llegó a la Central de la Ertzaintza a las nueve de la mañana. El domingo estuvo en Amorebieta, comiendo con Paco.

—Parezco un colegial de permiso —comentó éste, cuando se sentaron en la mesa del restaurante.

—Es lo que eres ¿no?

—Sí, la verdad. Me siento como cuando hice el bachiller. En mi pueblo no había más que educación primaria y estuve interno en el seminario de Jaén.

—¿O sea que casi acabas de cura?

—Ya ves que no. Los vascos iban para curas. Los de Jaén tirábamos más para la Guardia Civil.

Comieron con ganas y todavía con más avidez cogieron el coche y pasaron la tarde en Bilbao, en el piso de ella. Y no hablaron de trabajo. Aquello podía funcionar, pensaba Itziar. Y si no, por lo menos habrían disfrutado de tardes perfectas como aquella. Pero era incapaz de disfrutar sin pensar con angustia en el futuro. Paco estaba apostando muy fuerte y eso a ella le creaba una gran responsabilidad. Tenía que funcionar. ¿Y si no funcionaba?

Intentó desechar los pensamientos negativos y concentrarse en el trabajo. Tenía delante la agenda de Borja Pérez de Martingala. Allí tenía que estar la clave. En aquellas páginas estaría escrito el nombre del enemigo, del que lo odiaba tanto como para contratar a un *killer* que acabara con su vida.

Estudió despacio la agenda del abogado. Observó que estaba dividida en tres secciones: “Profesional”, “Personal” y “Otros asuntos”. La intuición le decía que esta tercera parte era la importante, que los negocios ilegales a los que se había referido Rebeca, su mujer, estarían allí, posiblemente camuflados.

La primera parte, dedicada a los asuntos profesionales, estaba casi vacía. Sólo una referencia le llamó la atención: “Don Sergio”, y



una serie de fechas.

10 de septiembre: cita en Bilbao la Vieja.

12 de septiembre: pago a D.

14 de septiembre: Vista. Absolución.

Probablemente sería un asunto de narcos. Apuntó las fechas y dejó una nota para Jon, al que le encargaba que localizara la vista a la que podía referirse. El letrado tenía que ser él y la causa podía haberse celebrado en cualquiera de los juzgados de Bizkaia.

Pasó a estudiar la segunda sección, la de los asuntos personales:

Allí había apuntadas algunas notas con fechas de comidas del mes de septiembre y octubre. Los nombres aparecían sólo con las iniciales. También se incluían recordatorios de fechas de cumpleaños y un par de encargos de ramos de flores. Lo único que le llamó la atención fueron las referencias recogidas en el último epígrafe, titulado “timbas”. Había cuatro fechas con esa denominación, todas de jueves de septiembre y octubre. Probablemente se tratara de partidas de cartas. Le sorprendió la hora de las citas: las once de la noche. No se trataba de las típicas partidas de mus organizadas después de una comida. Parecía más bien juego clandestino. Itziar sabía que en algunos restaurantes, el local se cerraba alguna noche y se rumoreaba que las apuestas eran muy altas. También había oído hablar de ciertos garitos especializados y fuera de la regulación legal para el juego. El póker clandestino siempre estaba muy unido a los ambientes de delincuentes profesionales: ladrones, traficantes y otra gente del hampa. Las deudas de juego podían ser enormes. Se acordó del meñique de Borja; podía ser un aviso de un acreedor nervioso. Merecía la pena investigar el asunto. Dejó una nota para Iñigo.

Itziar pasó después a la sección “Otros asuntos”. Su intuición era acertada. Allí todas las notas estaban en clave y los nombres recogían sólo las iniciales. Eso era trabajo para Amaia y Antxe. Debía esperar a que sus compañeras, expertas en descifrar códigos, le dieran alguna pista.

La ertzaina ya no podía ir más allá. Para inspirarse, trató de sistematizar las informaciones en un esquema. De momento se le ocurrían tres o cuatro líneas que investigar.

A la primera la denominó “drogas”. En este apartado encajaba el trabajo de Borja como penalista, por un lado. Por otro, su perfil de drogadicto, que lo había llevado a la ruina y que podía ser causa de cuantiosas deudas. Por último, el viaje a Sudamérica. Decidió encargar a Arantza que investigara sobre este extraño viaje.

El viaje podía ser una imposición relacionada con grandes deudas por causa del consumo de drogas. Quizás había actuado de mula para redimir una obligación que no podía afrontar. Y lo del meñique; casi seguro que no fue un accidente. Si se lo cortaron limpiamente, quizás fuera un primer aviso de los narcos.

Por ello apuntó una primera serie: “Drogas-narcos-deudas-viaje como mula-pérdida del meñique”. La serie así expuesta le pareció amenazante. Podía suponer un asesinato por encargo como colofón de la misma.

Con el apartado del juego hizo algo similar: “Ludopatía-grandes deudas-profesionales-amenazas-pérdida del meñique”.

También era posible. En ambas series destacaban dos elementos: “Grandes deudas y delincuentes profesionales”. Ahí podía estar la razón para contratar un *killer*.

Cabía otra posibilidad: un encargo por motivos personales, tales como el rencor o los celos. Resultaba menos creíble.

Escribió otra serie con estos elementos, aunque le resultara menos convincente: “Conquistas amorosas/ familias destruidas/ rabia o celos/ dinero y poder”.

No sonaba tan lógico, pero era posible; Borja parecía un conquistador, y quizás fuera un depredador sexual, y en algún momento haberse pasado de la raya con algún poderoso que reclamara venganza. De momento sólo se le ocurría su antiguo socio como sospechoso. Deberían interrogar a O’Connor y al mismo tiempo investigar el entorno de amigos y conocidos de la víctima. Aunque Itziar veía esta posibilidad muy remota: Borja era ya un

apestado cuando le tirotearon. No era lógico pensar que tuviera el más mínimo atractivo para las mujeres de un clan tan cerrado como el de Neguri.

Y quedaban, por último, los “otros asuntos”. De momento sólo podía realizar conjeturas, construir castillos en el aire. Itziar empezaba a conocer ya el perfil humano de Borja. No creía que entre los delitos que estuviera dispuesto a cometer pudieran considerarse en serio los violentos. Con determinación, confiando en su intuición, apuntó la siguiente serie: “Tráfico de drogas-chantaje-estafas-cohechos”.

De momento, no podía hacer más, pero estaba satisfecha, aunque inquieta al mismo tiempo. Se abrían demasiados frentes. Confío en que muchos de ellos fueran descartados al principio de la investigación, pues no deseaba que se multiplicaran los sospechosos.

Para terminar apuntó una sola palabra en mayúsculas: DINERO

Había que investigar todas las cuentas de la víctima y de sus clientes, así como de los sospechosos que fueran surgiendo. Su experiencia en este sentido era clara. Casi siempre, detrás de una muerte por asesinato, la clave estaba en el dinero. Y más en un caso como aquel, en el que podían tener la certeza de que alguien había pagado, y había pagado mucho, por eliminar a Borja Pérez de Martingala del mundo de los vivos.

\* \* \*

El funeral se celebraba en la iglesia de San Nicolás, en el Arenal de Bilbao, a las siete horas de la tarde. Arantza e Itziar acordaron ir juntas, por lo que se reunieron en el Víctor Montes a las seis. Le gustaba ese bar, que conservaba todos los pintxos tradicionales. Pidió una caña, acompañada de una gilda y un pintxo de huevo con gamba y se dispuso a esperar a su compañera.

Arantza no había aparecido en la Central en toda la mañana. Itziar sospechaba qué había estado haciendo: entrometiéndose en el caso de Uriah.

Su amiga llegó con quince minutos de retraso. Se pidió un verdejo y no dio ninguna explicación por su demora. Itziar decidió no sacar el tema, pues no quería embarcarse en una agria discusión. Le comentó todas sus ideas sobre el trabajo que debían realizar en el caso del letrado y su amiga no puso ninguna objeción, lo que resultaba cuando menos extraño. Parecía abstraída, despistada.

Cuando abandonaron el Víctor Montes, el bar se había llenado con un autobús de japoneses. La Plaza Nueva estaba tomada por los turistas, que asaltaban con entusiasmo las barras de los bares.

—Joder, no hay más que guiris.

Itziar no contestó a la observación. Se dio cuenta de que estaba enfadada con ella. Arantza sólo pensaba en Uriah, y el caso del letrado no le interesaba lo más mínimo. Su amiga tenía predilección por los casos en los que las víctimas eran débiles e inocentes, tales como mujeres y niños. Seguro que en el caso del letrado veía cierta justificación en el asesinato. Decidió callar y confiar en su amiga, que después de todo era una gran profesional.

Salieron de la Plaza Nueva por la calle Fueros, y en dos minutos estaban en San Nicolás. Entraron y se sentaron en uno de los bancos traseros. La iglesia estaba casi vacía y sólo faltaban cinco minutos para el comienzo de la ceremonia. Itziar observó que la mayoría de los que estaban allí no tenían relación con la víctima: algunos periodistas de sucesos, algún fotógrafo. También se veían personas mayores, sobre todo mujeres, que tenían el aspecto de ser feligreses de misa diaria.

Observó que en el primer banco de la derecha se encontraba la viuda con otra mujer, que podría ser la hermana. Itziar recordó el relato de Rebeca, allí no parecía encontrarse ni uno solo de los trescientos invitados a la boda.

En ese momento, por una puerta lateral irrumpió una comitiva de guardaespaldas. Cuatro gorilas con cara de palo y detrás un quinto que acompañaba a un joven sujetándolo del brazo. Itziar observó que este se movía con precaución y llevaba un bastón y gafas oscuras.

Un minuto después entró un cincuentón con pinta de policía.

—Coño, ese es Goiko —comentó Arantza.

A ella le sonaba el nombre, pero no era el momento de preguntar a su amiga.

El sacerdote salió al fin y comenzó la ceremonia. La iglesia seguía casi vacía y la misa avanzaba fría y rutinaria. Itziar sintió compasión por la viuda: todos sus sueños destrozados. Quizás esos sueños no fueran gran cosa y se podía mirar el asunto con desprecio, pero a ella le invadió la tristeza. Decidió que aquel caso debería ser tratado con el mismo respeto que cualquiera de los que había llevado hasta entonces, y que su deber estaba por encima de la condición personal de la víctima. Sabía que Arantza no opinaba como ella, pero confiaba en su profesionalidad. A veces el trabajo que realizaban era poco satisfactorio. Antes de empezar, ya conocían que la víctima era a su vez un verdugo. Que conforme profundizaran en su personalidad iban a encontrar cada vez más razones para justificar su muerte. Pero aunque Itziar no se veía capaz de convencer a su compañera, creía que nadie merecía morir así. Y puede que Rebeca no fuera más que una aventurera a la que sus ambiciones le habían explotado en la cara, pero, a pesar de ello, Itziar estaba convencida, aunque no fuera capaz de explicarlo de forma satisfactoria, de que resolver aquel caso era importante, y que su resolución era una manera de equilibrar la justicia en un mundo despiadado. Y sintió una enorme compasión por Rebeca. Sus sueños eran casi despreciables, pero nadie merecía asistir a un funeral así. Nadie, nunca, debería estar tan solo.

El sermón fue corto y frío. El sacerdote no conocía al muerto y sólo fue capaz de decir obviedades para rellenar el expediente; otro profesional más. Itziar se preguntó qué pensaría aquel viejecito que oficiaba el funeral. Quizás ya no creyera ni en Dios ni en los hombres y solo continuara con aquello porque no sabía hacer otra cosa. O porque todavía creyera en sí mismo y en su oficio.

La misa terminó, e Itziar siguió a su compañera, que fue detrás del cincuentón.

—Goiko, para un poco.

El interpelado se volvió y cuando vio a Arantza se le iluminó la cara con una enorme sonrisa.

—Coño, Arantza ¿qué tal?, ¿te ha caído el caso?

—Sí, ya ves. Por cierto, te presento a Itzi.

—Encantado. Quizás os apetezca tomar un vino con un antiguo compañero.

—Sólo si invitas tú.

—¿Por quién me tomas? Ya sabes que soy de Bilbao centro. Vamos para Jardines.

Goiko las condujo hasta el Berton. El bar tenía la barra a la izquierda y estaba tomado por guiris con platitos de pintxos. Goiko encontró una mesa, al fondo a la derecha, y en un momento volvió con los verdejos. Se veía que era habitual en aquel local, pues la camarera se desembarazó rápidamente de unos extranjeros para atenderlo con una sonrisa.

—Bueno, supongo que os preguntaréis qué hacía yo en ese funeral. Ante todo, sois policías, y yo todavía me acuerdo de cómo funciona nuestra mente cuando llevamos un caso.

—No hables en pasado, tío. Ahora eres detective privado, o sea que sigues en el negocio.

—Sí, “Goiko y Abasolo. Investigadores privados” —sonrió y sacó una tarjeta—. Por cierto Itzi, ¿tú también eres giputxi, como esta fiera? He oído hablar de ti, ya tenía ganas de conocerte.

—Tantas como yo de conocer a tu socio. Nunca te veo con él.

—Hombre, Arantza, Javier es muy discreto y sólo piensa en trabajar. Pero si quieres conocerlo sólo tienes que ir a San Mamés. Por cierto, Itzi, ¿tú no serás alérgica al Athletic como esta colega tuya?

—No, Itzi es muy comprensiva y es capaz de entender cualquier tipo de estupideces, incluso la vuestras.

—Me alegra oírlo. Veo que tienes un poco más de mundo que esta aldeana. Seguro que eres de Donostia.

—Bueno, ya casi soy de Bilbao.

—Y sois medio vecinos —añadió Arantza—. Pero ya está bien de presentaciones. Cuéntanos qué tienes que ver con el muerto.

—No demasiado. Sabéis que los detectives en ocasiones hacemos trabajos para penalistas. A Borja lo conocí cuando estaba con O'Connor. Abasolo y yo hemos realizado varios informes sobre bienes y patrimonio para el despacho. Trabajo fácil y bien pagado.

—¿Y has seguido trabajando para Borja?

—Ya mucho menos. Nos propuso alguna investigación relacionada con sus clientes, pero el tipo de clientes de Borja no puede decirse que sean de Bilbao centro, ya me entendéis.

—Narcos.

—Exacto. Por eso le aconsejé otra agencia que se mueve más cómoda en ese mundo y resulta más barata, "Arretxe y Touré"; están en San Francisco, no sé si los conocéis.

—No, pero gracias, les haremos una visita. Aunque seguro que tienes algo más que contarnos.

—Sólo porque eres tú, Arantza; quizás no debería contarlo, pero todavía recuerdo lo que me jodía cuando me negaban todo amparándose en el secreto profesional. Además, no realicé el trabajo y Borja está muerto. Pero si alguien me pregunta, yo no he dicho nada.

—De acuerdo, sabes que puedes confiar en nosotras.

—Últimamente le había perdido la pista, pues ya os digo que ahora se relacionaba con Arretxe y Touré, pero un día se presentó en nuestro despacho.

—¿Cuándo fue eso?

—Hará unos dos meses. Recuerdo que se presentó sin avisar y cuando le recibí me sorprendió su aspecto.

—¿En qué sentido?

—No sé si habéis visto fotos de él: era un tío muy guapo, muy elegante, muy pijo. Y, de repente, me encuentro con un viejo, con pinta casi de drogata o alcohólico.

—Sí, ese camino llevaba.

—Pensé en librarme de él como fuera. Pero, por respeto, escuché lo que me venía a pedir. Y me sonó muy sucio.

—¿Delictivo? —aventuró Itziar.

—En efecto. Aquello olía a chantaje puro y duro.

—Sé más preciso.

—Necesitaba un fotógrafo para seguir a O'Connor y a su mujer. Ya sabéis, su antiguo socio. Era conocido que habían acabado muy mal y Borja, en más de una ocasión, había acusado a Patricio de juego sucio, de que le había tendido una trampa.

—Eso hemos oído. ¿Cómo reaccionaste ante la propuesta?

—Me desembaracé de él como pude. Le convencí de que había conflicto de intereses, de que no le podía ayudar. Me suplicó que le diera el nombre de algún otro experto, pero incluso a eso me negué.

—Pues qué putada —dijo Arantza—, ¿crees que se dirigiría a Arretxe y Touré?

—No os puedo decir. Quizás se olvidara del tema. La verdad es que me dio pena. Estaba obsesionado con su socio. Intenté convencerle de que no hiciera nada. No sé si lo conseguí.

—Y avisaste a O'Connor.

—No —contestó Goiko con una sonrisa—, me lo impedía el secreto profesional.

Itziar no le creyó e imaginó que Arantza tampoco, pero observó que su amiga no quería presionar.

—Bueno, gracias Goiko. Veo que poco más puedes contarnos. Pero tengo otra pregunta. Tú que conoces a todo el mundo que merece la pena en Bilbao...

—Bueno, eso no es cierto. A Itzi no la he conocido hasta hoy.

Esta sonrió ante la galantería, pero Arantza continuó con lo que le interesaba.

—Supongo que te habrás fijado en un conjunto de gorilas que rodeaban a un ciego, un poco por delante de ti en la iglesia.

—Por supuesto, don Sergio.

—Joder, otro con el don. ¿Quién es ese tipo?

—Se nota que no trabajáis en narcóticos.



—Cuenta.

—Don Sergio es el actual capo de todo el negocio de la heroína. Nada se mueve en San Francisco o en Bilbao la Vieja sin que él lo sepa.

—¡Joder! Pues me pareció bastante joven ¿de dónde viene? Creía que ese negocio lo llevaban los negros.

—Sí, pero él acabó con todo eso. Vino de Cuenca hará dos años.

—¿De dónde has dicho?

—De Cuenca.

—Pero ¿hay delincuentes por allá?

—Bueno, había. Ahora no creo que queden muchos. Pero no os llaméis a engaño. Don Sergio se forjó en Cuenca, pero tiene la dureza de los del Este. Parece recién llegado de Sarajevo. De hecho, muchos le llaman don Serge.

—¿Dónde tiene el cuartel general?

—No sé exactamente, pero por la zona. Vais a ir donde Arretxe y Touré, imagino.

—Sí.

—Pues ellos sabrán mucho más del sujeto que yo. Por cierto — miró a su reloj de pulsera— tengo que dejaros. He quedado con una dama.

Las ertzainas se despidieron de Goiko y decidieron tomar unas raciones en el mismo bar. Pidieron unas brochetas de pulpo y langostinos y otras de solomillo, con una cerveza cada una.

—Un tío interesante.

—Sí, muy legal. Tuvo problemas en la Ertzaintza por unas falsas acusaciones, pero no nos guarda rencor.

—Y de Abasolo ¿qué has oído?

—Nada de nada. Se rumorea que el tal Abasolo no existe, que es una ficción de Goiko para dar más prestancia a su agencia.

—¿Y eso funciona?

—No veas cómo. Abasolo es un apellido ilustre en Bilbao centro, como diría Goiko.

\* \* \*

Esta Arantza es una lianta de cojones. No he podido ni acercarme a Erandio. Salgo del portal y ya me esperaba allí su Golf negro.

—¿Qué se te ha perdido por aquí? —le digo.

—¿Qué tal con Gorka?

—Muy bien ¿no piensas dejarnos en paz? Ya oíste a Xabier.

—Joder, Jon. Esto es importante. Itzi y yo nos jugamos la vida.

—¿Y dónde está Itzi? Seguro que no le cuentas nada.

—Déjalo ya, coño. ¿Qué vais a hacer Iñigo y tú?

—Yo iba ahora para Erandio. Pensábamos pasar esta tarde por la academia de inglés que hay cerca del Puente de San Antón. La llevan unos irlandeses.

—Cojonudo ¿por qué no pasamos ahora?

—Eso ni de coña. Si quieres que yo siga con esto, tú ni apareces.

—Vale tío, pero no lo dejéis para la tarde.

Total que aquí estamos Iñigo y yo, entrando en la academia. La pelirroja nos mira y se sorprende. Está claro que parecemos lo que somos y eso que mi primo lleva el pelo largo, gafas de macarra y vaqueros sucios. Pero yo llevo el cartel de madero en la frente.

—*Good morning* ¿qué desean ustedes?

—Hola encanto —dice mi primo— ¿está el jefe?

—*Well*, yo no sé si es el jefe. Está Donald. Los demás, en clase.

Nos hace pasar a una salita. Viene Donald. Otro zanahorio. Unos cincuenta años. Este es como yo, lleva el cartel en la frente: cura o sacristán. Esto promete.

—*Good morning*, soy Donald. ¿Qué ocurre? Vosotros *civil servants aren't you?* —dice.

—Más o menos —contesta mi primo— funcionarios, pero de la policía.

—Ah, *sorry*. Yo esperaba a otros ¿qué ocurre? Nosotros no denuncias ni nada. Todo bien.

—Seguro ¿y el enano qué tal?

—*Sorry?*

—El miércoles pasado. Por la mañana. Esto ya estaba abierto. Un furgón de la policía paró allí enfrente. Se bajó un enano, uno con pinta de niño.

El cura pone cara de no entender nada.

—Lo tenemos en las cámaras. Entró aquí; sin dudarlo.

¡Joder con mi primo! ¡Cómo inventa el cabrón!

—Ah, yes —dice el pelirrojo— yo no vi el coche. Pero un señor bajito entró aquí. Sheila me llamó a mí. Era irlandés, pinta de buena persona. Sí, como un niño.

¡Será cabrón el sacristán!, ¡pinta de buena persona!

—¿Y qué quería?

—Dijo que no hablaba español y estaba perdido. Vio academia. Yo le ayudé. Me gusta ayudar a los míos.

—Ya. O sea que no lo conocían.

—No. Dijo llamarse Tom. Quería ir al Guggenheim y estaba perdido. Yo le ayudé.

—Ya. Y se fue

—Sí. Se fue.

—Bueno, pues nada más. Gracias por su ayuda.

Íñigo se levanta y salimos. Nos despedimos de Sheila.

—¡Joder, qué cabrones!, ¿y ahora qué hacemos, primo?

—No sé, a ver qué opina Arantza.

—¿Qué dices? —casi grito— ¿estás conchabado con ella?

—Tranquilo, Jon. —Íñigo marca un número. Espera—. Arantza, estamos fuera.

Escucha en silencio, cuelga y me guía hacia el puente de San Antón. Arantza nos espera en el primer bar de la calle Somera.

—¿Qué estamos haciendo? —les digo—. Arantza, así no podemos continuar.

—¡Joder, Jon! —responde Íñigo—. ¿Se te ocurre otra forma? Ya ves: nos han dado con la puerta en las narices.

Tiene razón. Me callo.

—No os preocupéis: todo está controlado. Tengo a Mikel y a sus amigos rastreando las llamadas. Si usan un móvil están pillados.

Eso es ilegal, pienso, pero sigo callado.

—Bueno, chicos —nos dice— de momento no tenéis nada más que hacer. Iñigo, te llamo.

Arantza es una lianta de cojones. Pero mi primo es casi igual. Me veo fuera. No tengo un plan mejor y decido seguir su juego. Espero no arrepentirme.

## *Séptimo día desde la fuga: martes*

Itziar tenía encima de la mesa los dos informes: el de la Científica y el de la autopsia.

Empezó con el segundo. Como era previsible, la causa de la muerte había sido un único disparo en la nuca. La bala provocó un daño masivo en la masa encefálica y el abogado había muerto en el acto.

Tampoco sorprendió a Itziar la mención a los rastros de cocaína y de metaanfetamina hallados en el cuerpo de Borja. Pero lo de los brazos no se lo esperaba. Había marcas antiguas de pinchazos en las venas, e incluso en los dedos y también en los muslos. Parecía que Borja podía haber estado enganchado a la heroína, aunque en el momento de su muerte, según precisaba el informe, no se encontraron rastros de esa droga. Quizás el abogado estaba ya en proceso de desintoxicación. Puede que su aventura en Sudamérica, que acabó con la amputación del meñique de la mano izquierda le hubiera metido el miedo en el cuerpo y hubiese decidido desengancharse. De ser así, no le dieron tiempo. Alguien le esperaba para descerrajarle un tiro de una manera muy profesional.

Itziar se preguntó sobre el asesino. ¿De dónde procedía? Estaba casi segura de que habría venido de fuera, pues en Bilbao no se tenían noticias sobre *killers* desde hacía al menos diez años. Quizás algún profesional europeo. O, si el asunto tenía que ver con los narcos, algún sicario colombiano venido directamente de ese país. Aunque también podía tratarse de alguno que residiera de forma estable en Madrid o Barcelona. Itziar no apostaba por esto último. Lo más limpio era traerlo de fuera y que luego desapareciera. Se planteó cómo sería esa persona. Seguro que no sabía casi nada de la vida de Borja. Para él no era un enemigo, tan sólo un objetivo. Conocería sus costumbres, tendría localizada la oficina donde trabajaba y también su residencia. Posiblemente toda esa

información se la suministraron al llegar. Él no era más que un especialista: alguien que vino para un trabajo concreto, que solventó con pericia y frialdad. Salió del hotel en el que se alojaba, se acercó a Borja y, sin vacilaciones, le descerrajó un tiro. Y luego desapareció como un fantasma que jamás hubiese pisado la ciudad.

Estas reflexiones originaron en la ertzaina toda una serie de ideas para la investigación. Deberían preguntar en hoteles cercanos, sobre todo en los de lujo, como el Villa de Bilbao, el Ercilla o el Carlton, por ver si alguien recordaba a un huésped que en ese día lluvioso se levantó temprano, y abandonó el hotel vestido con una gabardina y cubierto con un sombrero. O quizás salió del hotel descubierto y sólo usó el sombrero para la operación: una manera de desviar la atención de posibles testigos hacia un objeto tan poco usual, y así evitar que recordaran sus rasgos.

Para ella, siempre tan cinéfila, el asesino tenía ya las facciones de Alain Delon en “El silencio de un hombre”, película francesa que le encantaba. Se preguntó también si aquel hombre tan despiadado, capaz de disparar a la nuca de un semejante sin que le temblara el pulso, tendría una mascota como el pajarito que aparecía en la película. Sería posible incluso que estuviera casado y con hijos que no conocerían el oficio de su padre, aunque le costaba creerlo, pues el cine le había educado en la creencia de que el oficio de *killer* casi siempre conllevaba una especial soledad.

Intentó concentrarse en la lectura final del informe. Pero otra idea le distrajo de la lectura: tenía que haber un intermediario, otro profesional, un experto que conociera ese mercado y pusiera en contacto al interesado en la muerte de Borja con los asesinos disponibles y conociera los precios y las distintas posibilidades. Esa persona sí que podía vivir en Bilbao o cerca de esa ciudad. También eso merecía ser investigado.

De todas formas, lo más importante no residía en esa parte del trabajo. Estaba segura de que la labor de los profesionales se habría desarrollado de forma impecable e iba a ser casi imposible descubrir algo relevante en esa parte de la cadena de acciones que

había concluido en la muerte del letrado. La clave estaba en profundizar en la vida de Borja, para llegar a descubrir al verdadero asesino, al que había pagado.

Otra cosa le llamó la atención al final del informe, aunque esa ya se la esperaba. El dedo meñique fue cortado limpiamente, por lo que casi se descartaba que hubiera sido un accidente. El dedo fue amputado como una forma de castigo o quizás como un aviso previo de castigos mayores. Todavía no podían unir ambas acciones: la amputación del dedo, que le recordaba a la forma de actuar de los gangsters japoneses en las películas de *yakuzas*, y el tiro en la nuca.

Si las dos actuaciones eran eslabones de una misma cadena, temía que la investigación podía complicarse, pues ello significaba que el abogado tenía más de un enemigo y llegarían por tanto a encontrar más de un sospechoso.

Acabado el informe de la autopsia, decidió descansar un poco y se acercó a la máquina del café; se sirvió un expreso casi sin azúcar. En ese momento cayó en la cuenta de que Arantza no había llegado.

Apuró el café y se sentó para leer el informe redactado por Amaia y Antxe, sus colegas de la científica.

Era un informe muy breve, pero enseguida se dio cuenta de su trascendencia. Llamó a sus compañeras. Quedaron para una reunión a las doce del mediodía. Confiaba en que Arantza hubiese aparecido para entonces.

A las doce en punto llegaron Amaia y Antxe. Arantza continuaba desaparecida. Decidió comenzar con la reunión.

Amaia le confirmó la noticia que contenía el informe.

—Sí, Itzi, es la misma arma que se utilizó hace más de diez años en cuatro encargos que jamás han sido resueltos. Ha vuelto a actuar. Lo que no entendemos es qué ha estado haciendo todos estos años.

—Nos tenemos que olvidar de un sicario venido de fuera —comentó Itziar, aunque en su fuero interno seguía poniéndole los

rasgos de Alain Delon.

—Hay que pensar que se trata del mismo hombre —contestó Antxe— no sólo coincide el arma sino también la forma de matar, de un tiro en la nuca. También hemos estudiado las autopsias e informes de rastros de entonces y hemos llegado a la conclusión de que el que ha matado ahora, si no es la misma persona, sí que es de la misma estatura.

—¿Qué habéis podido averiguar sobre aquellos casos?

—Hemos hablado con los compañeros que los llevaron, Andoni y Miguel, éste último está ya jubilado. Parece que entonces se rumoreó que el asesino era un antiguo miembro de los comandos autónomos anticapitalistas, uno legal al que nunca identificaron. Posiblemente tenía miedo de que lo pillaran y lo dejó o se fue a otro país, aunque no se tienen noticias de que continuara con la misma técnica. Pero ahora ha vuelto y puede que necesite pasta y acepte más casos.

—¿Y no se descubrió nada entonces?

—Nada. Siempre actuaba a primera hora de la mañana. No había casi testigos y los pocos que se encontraron también lo describieron con sombrero.

—Hace quince años eso era todavía más raro que ahora. ¿Y no tenemos nada más? —Itziar estaba desanimada.

—Bueno, hay un nombre: Celso Echevarría, conocido como don Celso. Estamos buscándolo. Puede que esté muerto. Entonces tenía ya más de setenta años. Lo atornillaron bien, pero nunca cantó nada.

—¿Y qué tenían contra él?

—Se rumoreaba que era el intermediario, el contratista. Era un hampón de baja estofa: prestamista, con tiendas de compra y venta de oro y parece que para redondear el negocio pudo hacer de intermediario en los asesinatos de esa época. Desde luego, tenía un historial relacionado: varios de sus hombres daban palizas al que se atrasaba en los pagos y también aceptaba encargos para palizas de



otros acreedores. Su nombre siempre surgía si lo que buscabas era que alguien actuara con violencia por ti.

—¿Y no le probaron nada?

—No. Eso que hubo escuchas, investigación de sus finanzas y todo lo que se podía hacer en aquella época. Pero no consiguieron nada.

—Quizá esté muerto.

—Y si no, retirado. Sabemos que se desprendió de los negocios de compra-venta de oro. Tendrá más de ochenta años. Puede que viva en Benidorm, si no está ya enterrado —añadió Antxe.

En ese momento llegó Arantza. Itziar no comentó nada delante de sus compañeras. Estas hicieron un resumen y su amiga, contra lo que era habitual en ella, no preguntó nada: parecía estar lejos de allí. Cuando se despidieron de las de la científica, Itziar no pudo callarse.

—Oye, Arantza. Por esta vez te he tapado, pero no puedes continuar por este camino.

—¿A qué te refieres?

—No me jodas. El caso es de las dos y tú no estás nunca. Y está claro que no te interesa lo más mínimo. Si es eso, dilo y hablamos con Xabier. Yo necesito una compañera que se parezca algo a lo que tú eras. Porque ahora pareces un zombi.

—Joder, Itzi, calma —Arantza sonrió y levantó las manos en son de paz— me gusta verte cabreada. Tendré que hacer eso de vez en cuando para sacarte de tus casillas. Me aburre lo perfecta que eres casi siempre.

—Encima cachondeo —Itziar intentó calmarse—. Oye, Arantza, no sólo somos compañeras sino también amigas. Si pasa algo cuéntamelo ¿vale?

—Vale, Itzi —Arantza la agarró con cariño por el hombro— tranquila. De verdad, no volverá a pasar. Reconozco que estaba desmotivada, porque el muerto me parece un tipejo. Pero eso de que un profesional vuelva a actuar después de tantos años ya me mola más. Entro a tope desde ya ¿vale? Y perdona.

—Bueno —Itziar le creyó a medias. Sospechaba que seguía con lo de Uriah, pero de momento no se atrevió ni a preguntar.

Quedó con su amiga para visitar por la tarde el despacho de detectives “Arretxe y Touré”, en San Francisco. No quiso comer con ella; prefirió bajar a Bilbao y se acercó a la Alhóndiga, que estaba al lado de su casa. Nadó cuarenta largos en la piscina, alternando crawl y braza y se quedó más relajada. Era mediodía y las calles de la piscina de 25 metros estaban llenas de gente que aprovechaba el descanso de su jornada laboral para hacer deporte, pero se podía nadar. Lo hizo en una calle en la que nadaban otros tres, dos chicas y un señor mayor. Por suerte, los cuatro tenían nivel parecido y no necesitó adelantar a nadie y tampoco le adelantaron más de dos veces.

Se acercó con apetito al bar Alameda y pidió una caña con un bocadillo de jamón y dos felipadas. Le encantaban aquellos triángulos tan simples, con un poco de picante, y no era la única. Últimamente se acercaban hasta extranjeros, desde el Casco Viejo, y tras visitar la Alhóndiga y su bosque de columnas, pedían felipadas, pues así lo tenían escrito en las guías que habían comprado.

Se tomó un expreso sin azúcar en el Bértiz de la misma calle y reflexionó sobre los pasos que debían dar a continuación. Vio que en este caso dependían demasiado de los demás. Todavía no habían concertado una cita con Patricio O’Connor, el antiguo socio, ni habían contactado con don Sergio, el nuevo rey de la heroína. Tampoco sabía si Amaia y Antxe conseguirían pronto llevarles hasta don Celso. Además, estas todavía estaban tratando de descifrar lo que aparecía apuntado en clave en el apartado “otros asuntos” de la agenda de Borja. Y ni siquiera sabían qué caja o taquilla abría la llave encontrada en la estación de Renfe y qué podían descubrir allí.

En definitiva, no tenían verdaderos sospechosos y el tiempo transcurría con rapidez de forma inexorable. Sabía por experiencia que cuanto más se enfriara el caso más posibilidades había de que se quedara sin resolver, como había ocurrido años antes con los del

profesional al que ella seguía poniendo la cara de Alain Delon. Pensó desanimada que lo que ella quería no era una cara sino un nombre.

\* \* \*

Eran ya las seis de la tarde cuando Arantza e Itziar remontaban la calle San Francisco desde la Plaza Corazón de María, donde habían quedado para tomar un café. La plaza estaba muy concurrida y abundaban las familias gitanas. Sus niños corrían y gritaban de un lado para otro mientras las mujeres hablaban entre ellas de forma relajada y al mismo tiempo vigilaban con atención a sus criaturas.

Localizaron el portal donde les habían dicho que estaba la oficina de los detectives. Subieron hasta el quinto por las escaleras, Arantza por detrás, mascullando por lo bajo.

—Joder, vaya detectives, no tienen ni ascensor.

En el quinto se encontraron una puerta con el barniz levantado y con señales de cuchilladas. En la pared contigua alguien había escrito a rotulador “Arretxe y Touré, detectives nigromantes”.

El timbre no funcionaba y Arantza aporreó la puerta. Cuando estaban a punto de desistir, un cincuentón descalzo, que vestía un pantalón de chándal descolorido y una camiseta que anunciaba una marca de pienso para perros, les saludó con una sonrisa cordial y las invitó a entrar. Se notaba que le habían sacado de la siesta. Las condujo a una salita donde había tres sillas de cocina y un televisor antiguo en el que se podía ver a un león bostezando en la sabana. Itziar observó que en la habitación de al lado había un africano sentado en un colchón, con la espalda apoyada contra la pared.

—No, no es Touré —se anticipó el cincuentón— pero yo sí soy Arretxe. Supongo que seréis clientas. Y no tenéis pinta de venir a conocer vuestro futuro.

—Joder —comentó Arantza—. Sois capaces de adivinar el futuro y sólo os da para un piso patera.

—La verdad es que nuestros clientes son casi todos putas nigerianas y las pobres no pueden pagar mucho. Les echo los cauris

y me conformo con la voluntad. Vosotros diréis. Touré está buscando un objeto. Es muy concienzudo en su trabajo y no vendrá hasta que lo encuentre.

—Precisamente veníamos a hablar de nigerianos y cosas parecidas. Somos ertzainas.

—¡Joder! —Arretxe retrocedió y abandonó su actitud cordial. Se dirigió a Arantza— tú, con esa pinta, estarás infiltrada.

—Estás un poco trasnochado. No todas las ertzainas tenemos pinta de maderos. Tú tampoco pareces detective.

—Tienes razón. De todas formas, Touré es el detective. Yo más bien soy el nigromante. Vosotras diréis. Supongo que no venís a cobrar.

—Tampoco a pagar, no te hagas ilusiones. Nos envía un detective de verdad, Goiko.

—Ah, sí —Arretxe volvió a relajarse— un poco pijo, pero buena gente.

—Háblanos de un cliente tuyo, Borja Pérez de Martingala.

Arretxe puso cara de no enterarse.

—No te hagas el despistado. Y no te escondas tras el secreto profesional, que te pedimos la licencia y a ver qué nos enseñas.

—Vale, vale. Ya sé. El abogado pijo. A veces encargaba cosas a Touré.

—Sabrás que lo han asesinado.

—Sí, pero no ha sido en la pequeña África.

Itziar creía recordar que había un famoso novelista que llamaba así a la zona de San Francisco y Bilbao la Vieja, pero no conseguía recordar su nombre.

—Lo sabemos. Deja de marearnos y cuenta lo que sepas.

—No tenía buena fama en el barrio. Se metía de todo y estaba en caída libre.

—También lo sabemos. Di algo que no sepamos. ¿Para qué os necesitaba?

—Normalmente para seguimientos. Y también le conseguíamos información sobre traficantes y drogas.

—¿Y eso para qué?

—Él decía que era para los juicios. Sospecho que compraba testimonios. Si no, no se explica lo de Nepomuceno Ramírez.

—¿Quién?

—Nepomuceno Ramírez. Uno de los sicarios de don Sergio. Le acusaron de dar una paliza a un camello un día que se emborrachó con sus colegas. Dejó al pobre hombre tetrapléjico. Borja consiguió tres testigos que colocaban a Nepomuceno aquel jueves en lo de don Celso. Creo que ese gorila no sabe ni contar hasta tres, como para jugar al póker. Pero así están las cosas.

Arantza e Itziar se miraron. Esta continuó preguntando.

—Supongo que tú no irás a lo de don Celso.

—¿Estás de coña? Necesitas cien euros sólo para pedir cartas. Y hay que pagar mil euros para sentarse a la mesa.

—Refréscame la memoria. ¿Dónde cae lo de don Celso?

—Joder, ya veo que no tenéis ni puta idea.

—Mira con el vidente. Anda, suéltalo y antes nos largaremos, y no diremos a nadie que hablas con ertzainas.

—Eso espero. Se ha corrido por ahí que tengo un amigo inspector de hacienda y no sabes cómo ha bajado el negocio. Lo de don Celso está en Fernández del Campo. Como ya está mayor, eliminó los otros negocios y ya sólo hace de prestamista. Y cada semana hay una partida de póker en su local. Creo que son la hostia. A veces tiene que venir un notario, porque vuelan hasta pisos en las apuestas.

—No conocerás a alguien que participe.

—Borja jugaba, pero ya está muerto. Y hay un antiguo colega, que me cuenta las batallas. Es algo fantasioso, pero es el que os puede informar. Se llama Teo, Doroteo Arrozpide. Es jugador profesional y le encanta escucharse —Arretxe sacó una tarjeta e Itziar apuntó el teléfono.

—¿Y qué tienes que decirnos de don Sergio?

—Joder, muchas preguntas son esas.

Itziar apreció miedo en la mirada de Arretxe.

—¿Es peligroso hablar de él?

—No es aconsejable

—No daremos tu nombre, pero sitúanos un poquito.

—Touré os podría contar más. Engaña mucho. Parece un pobre ciego de esos que encuentras vendiendo el cupón. Así lo conoció. Es muy joven y sonrío mucho, pero es un cabrón con pintas y muy peligroso. Si no, preguntad a los nigerianos.

—Cuéntanoslo tú.

—Acabó con ellos. Eran los que dominaban la heroína en el barrio y tenían sometidas a las putas. Eran la peste. El ciego llegó de Cuenca y parecía inofensivo. Lo que no sabíamos es que tenía ya firmado un contrato con mayoristas pakistaníes. Tiene además contactos con gente de aquella zona y hasta forma parte de una secta rara. Vino además con dos malas bestias de Cuenca, antiguos boxeadores, Agapito y Cosme, reclutó al cabrón de Nepomuceno y en poco tiempo era el rey de la heroína.

—¿Qué es eso de la secta?

—No sé. Touré me contó algo. Creen en el poder del dios ciego. Pero no tengo ni puta idea.

—¡Joder! ¿Y alguna otra cosa que llame la atención?

—Sí. Si os fijáis, por San Francisco hay más de uno al que le falta el meñique de la mano izquierda. Es otra afición de esa banda. A la mínima te premian con un dedo de menos.

Arretxe terminó indicándoles dónde podían encontrar a aquel sujeto. Se le notaba incómodo desde que lo mencionaron, y con ganas de acabar con esa entrevista.

Arantza se despidió de él:

—Tranquilo. Somos una tumba. No temas por tus dedos.

\* \* \*

Arantza no para. Lía a unos y a otros. Parece la jefa. Nos llama Mikel, su amigo informático. Iñigo conduce hasta Sestao. La tienda tiene la misma pinta de cutre que hace tres años. Mikel está todavía más gordo. No me extraña: el suelo está lleno de bolsas de

ganchitos y de patatas fritas. Le pillamos comiendo un bollo de crema. Un día va a explotar este Mikel. Una pena, me cae bien.

—Hola tíos. Perdonad la pinta, pero no he podido comer hasta ahora. Arantza me ha liado y llevo desde ayer conectado con mis mutantes digitales. No sabéis qué coñazo.

—¿Y qué? Tendrás algo para nosotros.

—Ha costado. No sólo hablan en inglés estos cabrones, sino que lo hacen en clave. Menos mal que usan móviles y hemos podido pillarles. Aquí tenéis el resultado.

Mikel nos entrega una hoja impresa en el ordenador, en el que se observa la foto de un gimnasio, con una persiana metálica llena de *graffitis* de colores vivos. El gimnasio se llama Eire. Está en Deusto. Mikel nos enseña una segunda hoja con fotos de culturistas.

—Lo lleva un irlandés. Este sujeto, James O'Malley.

Nos muestra a un culturista enorme en varias posturas, marcando músculos. Me da un poco de repelús.

—Mikel, quizás deberías apuntarte a ese gimnasio —dice Iñigo— ya sabes, vida sana. El mismo peso tuyo, pero en músculos.

—No, gracias. Creo que esos se mueren antes que los gordos. Casi todos se meten hormonas y otras guarrerías.

—¿Has conseguido algo más?

—Ese James y otros irlandeses se juntan en un pub de Somera, el K 2. No se les conoce ningún trabajo. Seguro que viven del tráfico de anabolizantes. O de dar palizas. Yo estudiaría a ver si están fichados.

—¿Qué opinas, Iñigo? —digo cuando volvemos hacia Bilbao—. Parece una buena pista.

—Creo que debemos enterarnos de la vida y milagros de estos angelitos. Alguno de ellos esconde a Uriah fijo. Pero no hay que llamar la atención. Cuando sepamos quiénes son, los seguimos. Con discreción ¿eh, primo?

—Pero no le decimos nada a Arantza.

—Sí, ya lo sé, es una lianta de cojones —mi primo se ríe.

No lo tomo a mal, pero es la puta verdad: es una lianta de cojones.



## *Octavo día desde la fuga: miércoles*

Doroteo Arrozpide les esperaba sentado al fondo de la barra del Corto Maltés, en la calle María Díaz de Haro. Arantza había aparcado su Golf negro en las plazas reservadas a la Ertzaintza unas manzanas más abajo. Eran las dos del mediodía y el trabajo se les acumulaba. Después de hablar con Teo deberían encontrarse con sus compañeras Amaia y Antxe en un piso en la Avenida de las Universidades, frente al Guggenheim. Una patrulla se había desplazado a primera hora a ese piso y habían encontrado en la terraza a una mujer en una silla de ruedas, muerta y con un sombrero de caballero sobre las rodillas. Aquel sombrero había disparado las alarmas. Los de la Científica trabajaban ya en la vivienda en busca de huellas y ellas quedaron en aparecer cuando el trabajo se hubiese completado. A Itziar no le cabía duda: el sombrero pertenecía al *killer*. Al fin una pista. Decidió no pensar en ello y concentrarse en lo que Teo pudiera aportarles. La idea de quedar en el Corto había sido del tahúr. “Tenéis que probar sus vermutts preparados”, había añadido, “yo siempre empiezo con uno mi jornada. Mucho mejor para el colesterol que el café con leche”.

El Corto era un bar alargado con una barra a la izquierda, dispuesta en ángulo recto, ante la que se sentaban los clientes en unos taburetes altos. No había mesas. O pillabas taburete o bebías de pie. Un clásico de Bilbao. A la entrada se concentraba un grupo de hombres que tomaban unos vinos y reían estrepitosamente. Al fondo esperaba un hombrecito solo, de perfil, concentrado en una copa con forma de cono invertido, que contenía un brebaje oscuro.

—Teo, supongo —Arantza se dirigió al hombrecillo. Este se volvió. Peinaba su cabello negro, demasiado negro para ser natural, hacia atrás con fijador y tenía un bigote recto. Parecía un tahúr o un *croupier*. Itziar no era capaz de imaginarle otra ocupación—. Porque te llaman Teo ¿no?

—Por supuesto —contestó con una sonrisa— Doroteo es poco glamuroso para un oficio como el mío. Arantza e Itziar, imagino.

Levantó el brazo.

—Marta —una morena algo apretada de ropa y de sonrisa inteligente se acercó— pon dos de tus famosos preparados para mis amigas.

Contemplaron en silencio cómo Marta preparaba con pericia las dos copas. Les acercó también un platillo de aceitunas verdes muy carnosas y otro de cacahuetes.

Itziar probó el vermut: sabía dulce, pero no demasiado. Estaba exquisito.

—Lo prepara con Izaguirre.

—Está cojonudo —comentó Arantza—. Empiezas fuerte el día.

—No creas. Después soy como un monje. Como una ensalada y bebo sólo agua; me cuido. Dejo el alcohol para las noches de póker o para cuando piso el casino. Soy de la vieja escuela, no concibo el juego sin alcohol. Y tampoco sin tabaco. Por eso prefiero lo de don Celso, allí se fuma a conciencia.

—¿Qué puedes contarnos? Hemos oído que las apuestas a veces son tremendas.

—Sí, hay que tener la cabeza fría. Yo vivo de ello y a veces la cosa se desmadra. Cuando eso ocurre, me aparto a un lado y observo. Todo un espectáculo.

—Y este don Celso —comenzó Arantza— creíamos que estaba retirado. Nos lo han presentado como toda una leyenda. Casi un gángster de película.

—Yo de eso no sé nada. Es un viejo muy discreto y profesional, que pone su oficina a nuestra disposición los jueves por la noche. Y cobra bien por el trabajo. La decoración está un poco pasada de moda, pero nos vale. El servicio es impecable. Además, y eso es importante en este tipo de cosas, casi nunca se cuelan gilipollas. Se juega serio, sin chorradas.

—¿Y qué pinta ahí Borja Pérez de Martingala? Porque supongo que lo conocías.

Teo suspiró.

—Como os he dicho, casi nunca se cuelan gilipollas. Pero a veces Borja lo conseguía.

—¿Has jugado con él?

—Por desgracia sí. Un auténtico gilipollas. Menos mal que había épocas en que no aparecía. No sé por qué don Celso, siempre tan exigente, lo toleraba.

—Quizás conociera algún secreto de su pasado.

—Es una explicación.

—En los últimos meses apareció varios jueves por allí, según nos han contado.

—Sí. Supongo que no queréis que os cuente todas las partidas. Hubo algunas memorables. De hecho, Borja salió trasquilado más de una vez.

—¿Quizás don Celso le prestara dinero? Podría ser que se le hubieran agotado todos los plazos.

—¿Pensáis que el viejo tiene que ver con su muerte? No lo creo. No digo que en otro momento pudiera haberle dado una paliza si se atrasaba en los pagos. Pero tanto como matar...

—Pues se comenta que fue intermediario en asesinatos por encargo.

—Ya os he dicho que de eso no entiendo. Don Celso no será un santo, pero está ya viejo para esas cosas. Y además os voy a explicar por qué no creo que ordenara matar a Borja. La última vez que apareció éste fue espectacular —Teo dio un sorbo a su vermut y miró a las ertzainas— no sé si os estoy aburriendo.

—No, cuenta. Seguro que fue memorable.

—Esa es la palabra: memorable ¿sabéis jugar al póker?

—Justo las reglas.

—Con eso basta —Teo apuró la copa y pidió otra con un gesto. Itziar se preparó para la narración—. Como sabéis, el póker es un juego de azar, pero no de puro azar, como sería la ruleta. Tiene mucho de arte y hasta algo de ciencia. Gracias a eso algunos podemos vivir de ello.

—Estamos seguras.

—Lo que os voy a contar ocurrió como quince días antes de su muerte —Teo entrecerró los ojos, como si pudiera reproducir en su interior todos los detalles de aquel día.

—Quieres decir que no apareció el jueves anterior a su asesinato.

—No solía hacerlo. Quiero decir, solía presentarse cada quince días. Posiblemente el jueves que lo mataron pensaba ir por allá. Pero nunca lo sabremos.

—¿Qué pasó ese último jueves?

—Ese jueves éramos sólo seis jugadores. A las once de la noche se cierran las puertas y ya no entra nadie más. En eso don Celso es inflexible.

—Precavido el hombre.

—Sí, por eso sería extraño que se arriesgara encargando muertes de clientes conocidos.

—Vale, pero sigue con la historia —Arantza empezaba a impacientarse.

—Como os he dicho, estábamos sólo seis aquella noche. Permitidme que adorne un poco la historia. Voy a referirme a cada uno de ellos mediante un color.

—Como en la película de Tarantino —observó Itziar.

—¡Qué gilipollez!

—Déjalo, Arantza. Si para Teo es más cómodo, que lo cuente así.

—Pero luego los colorines se cambiarán por nombres.

—Por supuesto, sé con quién estoy hablando —dijo Teo y comenzó su relato.

A las once pasadas la partida estaba en marcha. Don Celso presentó a los jugadores y los dispuso alrededor de la mesa de juego. En una mesita auxiliar se habían colocado las bebidas y los mazos de cartas sin estrenar. Teo se sentó justo enfrente de Borja. A su izquierda se sentaron el señor Blanco y el señor Gris. A su

derecha, Marrón y Azul. Teo se encargó de barajar y la partida comenzó.

Jugaban serios y concentrados, en silencio; salvo Borja, que tenía los ojos brillantes. Algo se había metido.

Itziar se perdió cuando Teo empezó a describir con morosidad cada mano, pero se quedó con lo fundamental. Borja, aquella noche, “estaba como tocado por la mano de Dios”.

—A veces ocurre, algunos lo llaman un cisne negro. Borja era un mal jugador: transparente y con pocas luces. Cuando tenía una buena mano se le notaba. Y cuando iba de farol se le notaba todavía más. Pero aquel era el día de los tontos. Yo soy un profesional con experiencia y, aunque sé que a la larga los malos jugadores palman, hay días en que la Suerte, la Suerte con mayúsculas, se presenta en la partida y los entendidos sabemos que no hay nada que hacer. Aquella noche era una de esas noches.

Daba lo mismo qué cartas tuvieran los demás. Borja se llevaba casi todas las manos. Y no hacía más que reírse y se ponía cada vez más pesado, insufrible. Blanco y Azul desistieron con una sonrisa. No eran profesionales, pero tenían cierta experiencia y sabían que contra la Suerte con mayúsculas sólo cabía rendirse.

—Pero Marrón y Gris no cejaron. Eran jugadores discretos, el único tonto en la mesa era Borja, pero a todos nos pasa alguna vez. Hay días en que nos sentimos atraídos por el abismo, vemos que la Suerte con mayúsculas se ha presentado, pero creemos que ese día la vamos a doblegar, y esa soberbia nos pierde. Esa noche les tocó a Marrón y a Gris, y el juego continuó entre los tres. Los demás no nos atrevíamos ni a respirar, sólo se oía la risita de hiena de Borja. Y entonces ocurrió, llegó ese momento en que el universo se detiene. Si no eres jugador, no lo entenderás. Pero yo os puedo decir que cuando asistes a uno de esos momentos mágicos, sabes que lo que allí está en juego tiene la seriedad de una batalla. Y sólo por eso merece la pena estar, con el aliento contenido, esperando la hecatombe, y os puedo asegurar que ese momento jamás lo

olvidaréis, lo registraréis en vuestra memoria como un preciado tesoro, como un jirón de eternidad.

Teo calló un momento, emocionado. Apuró la copa que tenía delante de un solo trago y prosiguió:

—Gris tenía buena mano. Un póker bajo. Apostó con todo lo que le quedaba. Marrón sonrió. Dobló la apuesta y miró desafiante hacia el imbécil. Puedo decir que Marrón ganaba a Gris. Hasta ahí lo veía claro. Estaba casi seguro, lo estábamos todos los que sabemos algo más que las reglas de este juego diabólico. Y ninguno dudábamos de que era casi imposible, una blasfemia contra las leyes de la probabilidad, un póker todavía más alto en las manos de Borja. Pero cuando la Suerte con mayúscula pasea por la partida con los brazos en jarras, nada es imposible. Borja subió la apuesta. Gris se asustó. A Marrón le tembló el labio y una gota de sudor descendió por su rostro desde la sien izquierda hasta el apretado maxilar. Pero aceptó. Borja, sin mirar hacia la mesa, comenzó con las carcajadas. Y ya no paró. Marrón mostró con miedo un póker de ases. ¡Un póker de ases!, ¡con miedo! El imbécil posó sus cartas sobre la mesa, y todos asistimos al prodigio: una imposible escalera de color se mostró ante nosotros con todo su esplendor. Las carcajadas me taladraron el oído. La mano era de trescientos mil euros. Marrón acababa de dejarse unos cien mil.

—¡Hostias! ¿Y cómo se lo tomó?

—Se levantó en silencio, los brazos caídos a lo largo del cuerpo y las manos temblando. Blanco y yo lo vimos a tiempo. Sujetamos a Marrón antes de que llegara a la garganta de Borja, que seguía vibrando con las carcajadas. Pensé en liberar a Marrón para acabar con ese sonido tan espantoso, pero llegó don Celso con sus guardaespaldas y la cosa se calmó. Quizás alguien se atreva a pensar que Marrón tenía mal perder. No nos equivoquemos. A un hombre no se le debe juzgar por su respuesta ante la derrota. Eso no es definitivo: cualquiera, en un momento dado, tiene un mal perder. Yo afirmo que a un hombre se le conoce por su forma de ganar. Y hay que ser gilipollas sin paliativos para ganar con tan poca

elegancia como Borja mostró aquella noche. Por eso afirmo, y creo que soy justo y ecuánime al decirlo, que si Borja ha muerto por la vileza que mostró ese día, tiene la muerte más que merecida.

Teo brindó con entusiasmo y apuró de un trago su quinto vermut.

—Creo que es mejor que no sigas por ahí, Teo. Por lo que te hemos entendido, tanto Marrón como Gris tienen buenas razones para desear la muerte de Borja.

—No. A Gris le sobra la pasta. Está acostumbrado a perder. Y es capaz de apostar un chalet o un Bentley sin despeinarse. Pero Marrón es otra historia. Aunque repito, Borja se comportó como una hiena, y lo digo por si puede servir de atenuante. Amén.

Con esfuerzo, las ertzainas sacaron a Teo los nombres de los cuatro jugadores, pero decidieron concentrarse en Marrón, más conocido como Segundo Larburu.

Lo último que les contó Teo antes de derrumbarse sobre la barra es que le pareció que el dinero de Borja acabó en manos de don Celso.

—Por eso afirmo con rotundidad que don Celso es inocente. Después de esa memorable noche, Borja ya no debía nada al prestamista. Amén.

\* \* \*

Para cuando terminaron con el borrachín de Teo, Itziar tenía tres llamadas perdidas de Amaia. Esta le informó de que habían terminado en el piso y no merecía la pena que se acercaran por allí. Quedaron en la Central de Erandio.

Cuando llegaron, Amaia y Antxe les esperaban con las novedades.

Las acompañaba el inspector Garastazu, un veterano de la Ertzaintza, que estaba destinado provisionalmente en la comisaría de Deusto. Itziar había oído hablar de él: gran investigador, trabajador infatigable, pero que tenía problemas con sus superiores porque jamás aceptaba componendas. También sabía que era de modales bruscos y aficionado a los tacos.

Tras las presentaciones, Garastazu, con voz ronca y grave, informó sobre lo que habían encontrado en el piso.

—Un profesional de la hostia: no encontramos ni una huella en todo el piso, pero sabemos que quien colocó a Laura Arregui en aquella terraza enfrente del Guggenheim fue un caballero llamado Carlos Sosé.

—¿Cómo?

—Carlos Sosé. Nombre rarito ¿verdad? Suena a falso. Y este es el sombrero que encontramos. Habrá que llamar a la ecuatoriana que presencié el asesinato para ver si lo identifica, pero yo, después de lo que me han contado vuestras colegas, no tengo muchas dudas.

—¿Por qué dejaría allí su sombrero?

—Broma de profesional. Nos está dejando el mensaje de que ha sido él quien ha matado a Borja. El hijoputa está muy seguro de que no lo vamos a encontrar y yo apuesto por él. Este ya no está en Bilbao. Y si me apuras, no lo encontramos ni en Europa.

—¿Qué sabemos de Laura?

—Posiblemente la matara también, aunque tenía pinta de que le quedaba poca vida. Habrá que esperar a la autopsia.

—¿Cómo así tenéis el nombre del asesino? —preguntó Arantza.

—No sólo dejó el sombrero; encontramos un contrato de compraventa. El piso lo había comprado el tal Carlos dos días atrás y pagó en efectivo: cuatrocientos mil euros. Hemos localizado a los dueños anteriores y mañana podéis hablar con ellos.

—¿Cómo se descubrió el cadáver?

—Alguien llamó al 112. Tenemos el número. Pero no nos hacemos muchas ilusiones. Posiblemente llamara el mismo Carlos Sosé y lo haría desde un móvil comprado en el mercado negro y que estará a nombre de un muerto. Lo habitual en estos casos —contestó Amaia.

Garastazu se despidió sin más ceremonia, ya que le esperaba trabajo en la oficina.



—Creo que esta investigación está en buenas manos —comentó Arantza cuando se quedaron solas.

Itziar estuvo de acuerdo. Le pareció que estaban sobre la pista, pero tampoco se hacía demasiadas ilusiones. El dinero en efectivo era imposible de seguir y Carlos Sosé era una identidad falsa. No acababa de entender por qué el asesino había dejado el sombrero. Quizás era una manera de contar su vida; de que alguien, aunque fuera la policía, conociera algo de su historia. Itziar imaginó la soledad del asesino a sueldo. Seguía poniéndole la cara de Alain Delon y recordaba que en aquella película se referían en algún momento a la soledad del samurái, sólo comparable, creía recordar que se decía, a la del tigre en la selva.

\* \* \*

Quedo con la Marty. Me he pasado toda la mañana con lo del gimnasio. Son irlandeses. Mala gente. Violentos. Y está lo del culturismo. Vaya facha que tiene el jefe. Hay cosas que no entiendo. No creo que a las tías les pueda gustar eso. Entonces se me ocurrió. Llamé a la Marty. Los conocía.

Majo tío la Marty. Fue mi ídolo, cuando yo era un niño: Martín Larburu, el delantero más valiente de la historia. Me costó entenderlo, pero ahora sé que hace falta todavía más huevos para salir del armario como él lo hizo. Ahora somos amigos, pero no puedo evitarlo, me da un poco de corte hablar con él. Demasiado cariñoso. No quiero malos rollos. Sólo somos amigos. A mí me van las tías, le digo siempre con la mirada, las tías de verdad. Y él se empeña en darme dos besos. Pero es legal. Me da pena. La muerte de su novio y todo eso. Todavía se le nota la tristeza. Majó tío.

Me recibe en su club. Hacía mucho que no me asomaba por la Gaita Escocesa. Con esos tacones de mujer fatal, parece aún más grande que yo. Cómo no, en cuanto me ve, me da dos besos.

Le pregunto por la gente del Eire. Los conoce. Están en lo de las hormonas. Me previene.

—Peligrosos.

Me cuenta que a veces venden verdadera mierda. Y si protestas, te cae una paliza.

—Están cachas.

—¿Pero son gays o no? —pregunto.

—Bueno, hay de todo —contesta—. ¿Lo dices por lo de los musculitos? Hay gays y hay heteros. Eso sí, para ellos el cuerpo es una religión. Son muy narcisistas. Pero no pienses que hay más gays que en otras partes. Te veo un poco obsesionado, Jon.

—No sé, quizás tenga razón. Me cuenta también que hay rumores.

—¿Qué rumores?

—Parece que se dedican al chantaje. También al porno. Y dan palizas por encargo.

—¿Y drogas? —le pregunto.

—Cada vez más metidos. Parece que quieren ampliar su negocio.

Me quedo pensativo.

—Ten cuidado, Jon —me dice, cuando nos despedimos.

—No te preocupes, Martín —le contesto.

Y cómo no, me da dos besos.

## *Noveno día desde la fuga: jueves*

Itziar no paró en toda la jornada. Llegó a la central a las nueve en punto. Todavía era otoño, pero esa mañana Bilbao amaneció cubierto por una fina capa de nieve. No recordaba una nevada tan temprana desde que era niña. Aunque las carreteras estaban limpias, tanto Artxanda como el Pagasarri y los montes al otro lado de la ría aparecían cubiertos de nieve. Sintió un escalofrío al salir del coche. Se sirvió un café en la máquina de la oficina y vio que tenía sobre la mesa un informe esperándola. Era de la Científica. Toda la noche había estado dándole vueltas a la historia del asesino profesional. Estaba segura de que la compra del piso se había pagado con el dinero recibido por el encargo. Sabía que el dinero en metálico era casi imposible de seguir, pero Paco, con el que había hablado al volver a casa, le dio alguna esperanza. Lo primero que debían hacer era retener el dinero cobrado por los vendedores del piso. Si lo habían ingresado en alguna cuenta bancaria, como sería lo normal, debían inmovilizar el metálico en el banco inmediatamente y analizar la numeración de los billetes. Paco le suministró un contacto en el SEPBLAC, el órgano del banco de España que investigaba las operaciones de blanqueo de capitales. La posibilidad era remota, pero quizás alguno de aquellos billetes estuviera marcado y pudieran seguirle la pista y llegar al que había pagado por la muerte de Borja. Itziar tenía la certeza de que jamás pillarían al asesino profesional. O quizás eso no estuviera tan claro. Si el dinero les llevaba al que había encargado la muerte, que para las ertzainas era lo más importante, quizás consiguieran que esa persona confesara y pudieran así imputar al intermediario, don Celso o quien fuera. Y una vez imputado el contratista, podían llegar a conocer la identidad del autor material. Pero también podía ocurrir que el intermediario conociera al *killer* por el nombre falso de Carlos Sosé y ahí se acabara la historia.

El profesional había dejado pistas, y eso sólo podía significar dos cosas: o que esas pistas no sirvieran para llegar hasta él, que sería lo más lógico; o que hubiese cometido un error, quizás causado por la soledad y la pena, por la necesidad de contar su historia. Quizás entre el *killer* y Laura hubo una historia de amor. Itziar sonrió cuando se le ocurrió esta idea y decidió no compartirla con Arantza, ya que esta se reiría y la tacharía de romántica incurable.

Intentó concentrarse en la lectura. El informe, que venía firmado por Amaia, incluía un listado con las llamadas del móvil de Borja. Le llamaron la atención una serie de ellas a un gimnasio de culturistas, el Eire. El nombre le llevó a pensar en Uriah Heep, pero lo desechó, sería demasiada casualidad. Por lo que sabía, Uriah sólo podía recibir visitas de su letrado, y éste era uno del turno de oficio. Decidió llamarle, por si acaso existía alguna relación entre ese letrado y Borja.

El abogado de oficio no quiso decirle nada, escudándose en el secreto profesional. Al final, le reconoció que Uriah se negaba a hablar con él y le había comunicado que próximamente iba a prescindir de sus servicios.

Entonces tuvo una idea. Llamó a la prisión de Basauri para que le proporcionaran el listado de visitas de Borja en calidad de letrado en los últimos tres meses. Anotó la identidad de los cuatro reclusos a los que Borja había visitado. Todos estaban condenados por narcotráfico. Le llamó la atención uno de ellos, Elías Zumarraga, ya que coincidía en los turnos de comedor con el irlandés. Tenía numerosos antecedentes relacionados con el tráfico de estupefacientes y había trabajado de portero de discoteca. Sus visitas estaban registradas en el apartado profesional de la agenda de la víctima. Y destacaba un hecho curioso: las mismas fechas aparecían anotadas en el apartado de asuntos personales de la agenda. Amaia y Antxe habían conseguido descifrar la existencia de unas reuniones con un misterioso señor H. ¿Podría tratarse de Heep? Itziar repasó las fechas de las llamadas del móvil de Borja. El día anterior a cada visita a Elías Zumarraga había recibido una

llamada del gimnasio Eire. Y, tras la visita a Basauri, Borja había realizado otra llamada al gimnasio. Aquello no podía ser casualidad. El señor H. era Uriah Heep, que utilizaba a Elías y a Borja como correos de comunicación con el exterior. El gimnasio Eire debía pues incluirse entre las visitas relacionadas con la investigación de la muerte de Borja. Fue inmediatamente a informar a Xabier. Arantza apareció en ese momento y la acompañó.

La ertzaina contó a Xabier lo que había descubierto.

—¡Joder! —exclamó Arantza—. Al final Borja va a estar relacionado con el enano. Esto me empieza a interesar.

“A ver si ahora te lo tomas con más entusiasmo”, pensó Itziar, pero no se atrevió a expresarlo en voz alta.

—¿Y qué crees que podemos hacer ahora? —dijo Xabier—. Con lo que tenemos no sé si podemos pedir al juez que nos permita montar unas escuchas en el gimnasio. Y tampoco podemos ir a preguntar directamente. Les pondríamos sobre aviso y si Uriah está con ellos se nos escaparía.

—Se me ha ocurrido otra cosa —dijo Itziar— no hace falta mencionar a Uriah para nada. ¿Os acordáis de la llave de la taquilla que tenía Borja escondida en la estación del Norte? Puede que abra una taquilla de este gimnasio. Al menos, es una posibilidad. Y creo que el juez nos permitirá el acceso a los vestuarios para abrirla, si demostramos que la llave pertenece a ese gimnasio.

—¿Y eso cómo podemos demostrarlo sin ponerles sobre aviso? Porque si se enteran seguro que vacían la taquilla.

—¿Qué os parece si Iñigo, por ejemplo, se hace socio y coteja lo de las llaves?

—¿Y por qué piensas en Iñigo, Arantza? —Xabier siempre se mostraba suspicaz con las propuestas de su subordinada. A Itziar también le sonó sospechosa la intervención de su amiga.

—Joder, Iñigo y Jon están trabajando ya en lo de Uriah. No sería malo que uno de ellos observara el gimnasio desde dentro. Y para eso veo más a Iñigo; Jon disimula muy mal.

Xabier aprobó la idea y Arantza desapareció sin dar más explicaciones.

\* \* \*

Itziar aprovechó el resto de la mañana para informarse sobre Segundo Larburu. El señor Marrón era un empresario de la construcción, sospechoso de haber participado en más de un cohecho, aunque no tenía ninguna causa pendiente. Por esos antecedentes, y por su perfil, cabía dentro de lo posible que pudiera contratar a un sicario para vengarse por la humillación sufrida.

Se puso en contacto con la empresa inmobiliaria de la que era gerente y allí le informaron de que hasta la semana siguiente no regresaría de un viaje de negocios por Sudamérica. Curiosa coincidencia: Borja había viajado al mismo destino unos meses atrás. Pero no creía que hubiera una relación entre ambos viajes. Más parecía que Borja hubiera viajado por encargo de algún narcotraficante.

Se acordó de don Sergio y empezó a estudiar los antecedentes del nuevo rey de la heroína. Para completar la información se puso en contacto con el responsable de narcóticos, Miguel Fabretti, que trabajaba en la comisaría de Deusto y que se mostró encantado de quedar con ella para informarle de todo lo que conocía sobre las luchas de los distintos clanes de la droga en Bizkaia. Quedaron para comer en el Karlos, un bar de Santutxu.

Itziar no esperaba encontrar tanto marisco en una taberna de barrio. Y a buen precio, dijo su colega, que se empeñó en invitarla. Tomaron algo de jamón, y luego compartieron raciones de marisco: quisquillón, percebes y zamburiñas, servidas con una salsa exquisita. El bar estaba lleno, tanto la barra como las mesas. En una pared se podía ver un mueble con una colección impresionante de botellas de whisky.

Intercambiaron tópicos sobre compañeros conocidos de ambos y, ya en los postres, Itziar le informó de lo que sabían de la relación

de Borja con el narcotráfico, añadiendo que agradecería cualquier información que les pudiera proporcionar.

—Borja era, desde luego, conocido nuestro. Resulta increíble lo de ese tío: cómo, en tres años, ha pasado de abogado en un bufete importante, donde como máximo la relación con nosotros podía ser por algún asunto de blanqueo o por defender a uno de los grandes capos, como Gorostiola o Garrincha, a convertirse en un penalista de tres al cuarto, toxicómano y posiblemente un delincuente.

—Eso es lo que quiero que me cuentes: las sospechas que teníais sobre él, sus conocidos en ese mundo. Ya sabes, lo que no suele aparecer en los expedientes.

—Sí, la verdad es que de ese tío teníamos cada vez más cosas y ninguna buena. Pero lo primero que te tengo que contar es que en esto de los narcos también hay clases. Está la clase alta, como ese Gorostiola que te he mencionado y otros. Viven en la Galea, en la Bilbaína o en Estraunza, tienen una cadena de intermediarios discretos perfectamente diseñada, y cuando cae alguien, siempre es uno de abajo. Se ocupan de la coca y las pastillas y surten a ejecutivos, estudiantes pijos y gente así. Esos no te interesan para tu historia. Y luego está la clase baja, los narcos más vulgares y violentos, los que dominan el mercado de la heroína y se mueven por San Francisco, Bilbao la Vieja y también por los putis de Bizkaia.

—Ese era el territorio de Borja.

—Sí. Y hay que decir que en estos últimos años ese mundo ha tenido mucho movimiento, se han producido muchos cambios, y lo que ha pasado recuerda un poco a Juego de Tronos, ya sabes. Y, como en Juego de tronos, no sabemos todavía quién ocupará definitivamente el trono de hierro.

—Creo que ahora domina don Sergio, o eso me han dicho.

—Sí, veo que estás al día. Pero esta historia empieza con los gitanos. Antes de que llegaran en masa los africanos, los reyes gitanos eran también los reyes de la heroína. Pero no duraron demasiado. Muchos de sus jóvenes se engancharon al caballo y ya sabes que eso es muy malo para el negocio. Además, el barrio se

les llenó de magrebíes y subsaharianos y los fueron desplazando. Se inició una guerra feroz, pero, al final llegó la especialización. Los magrebíes se quedaron con su mercancía natural, el hachís y la heroína fue controlada por una banda muy violenta de nigerianos, con conexiones en Francia y Holanda, y parecía que iban a ser los definitivos.

—¿Y qué pasó?

—Algo sorprendente. Llegó ese sujeto, don Sergio. Surgió de la nada, porque a estos efectos, Cuenca es como la nada y, de una manera sibilina y maquiavélica, fue capaz de rodearse de matones de todas partes, matones que le protegen con tal fiereza y lealtad que parecen los guardianes de la noche, y acabó con los nigerianos. Además, abarató la heroína. Tiene contactos con unos pakistaníes que se han curtido en las guerras afganas y que importan la droga directamente de Asia, y parecía inaugurar un largo reinado. Todo esto no son más que sospechas, no te creas, porque todavía no le hemos pillado en casi nada. Como te he dicho, su guardia pretoriana es impenetrable y las relaciones que tiene con los pakistaníes son también especiales, casi forman una familia.

—¿A qué te refieres?

—Están unidos por una religión rara de la que nunca había oído hablar. Parece que surgió en la India. Se hacen llamar los brazos del dios ciego. Es una secta extraña, que mezcla cosas salvajes y primitivas con una doctrina filosófica compleja. Total, que resulta imposible infiltrarse en la organización. Y también es muy difícil que la gente cante.

—¿Temen ser asesinados?

—La verdad es que es difícil probar que hayan participado en muertes de forma directa. Pero sí han dado palizas salvajes, e incluso han introducido una práctica nueva en Bizkaia.

—¿A qué te refieres?

—Unos de los castigos más usados es la amputación.

—Ya, algo he oído. Y ¿qué me dices de Borja? ¿Qué clase de contactos ha tenido con ellos?



—De todo tipo. Ha actuado de letrado y ha tenido bastante éxito. Libró a una de las bestias de don Sergio, un tal Nepomuceno Ramírez, de que le condenaran por una paliza en la que participó un día que salió de borrachera.

—Sí, ya nos lo han contado. Por cierto ¿cuál es la relación entre don Sergio y don Celso? Porque creo que le consiguió unos testigos falsos que situaban a Nepomuceno en una partida de póker.

—No creo que tengan relación directa. Ahí el nexa era Borja, que le daba a todo: juego, drogas, prostitución. Supongo que don Sergio pagaría a los testigos a través de Borja, que era un habitual en las partidas de don Celso.

—¿Y qué más?

—Como letrado, recuerdo que también libró a un camello de don Sergio. Casi me da vergüenza contarlo, ya que desapareció la mercancía que le incautamos. Sospechamos que Borja tenía en nómina a uno de los nuestros.

—Me estoy acordando de que en la agenda de Borja aparecía un pago a D.

—¡Joder, muchas gracias! Ya me imagino de quién se trata. A ver si lo pillamos.

—Ojalá. Volviendo a Borja, has hablado también de otro tipo de relaciones.

—Sí, Borja era un puto desastre. Parece que ya le daba a la coca y a las anfetis cuando estaba con O'Connor. Y debía estar muy pasado. Pero el colmo fue cuando se enganchó al caballo.

—Sí, algo de eso ponía en la autopsia.

—Si quieres, te puedo dar un nombre. Uno de nuestros chivatos, un yonqui bastante majo que estuvo cerca de Borja.

Miguel sacó una tarjeta y apuntó el nombre y un número de móvil.

—Gracias, me pondré en contacto con él.

—Parece que consiguió desengancharse. Pero hubo una historia rara con una chica. El Muesca te contará.

—¿Queda algo más?

—¿Te parece poco? Pues sí, hay algo más, aunque esto sólo son rumores. Por lo que hemos oído, las deudas de Borja eran enormes. Tuvo que vender el chalet de La Galea para pagar algunas. Y hasta creemos que hizo algún trabajito de mula.

—En Sudamérica.

—Creemos que viajó para arreglar algo de don Sergio, aunque ése no es el circuito habitual de esa banda. Quizás fue algún encargo especial. Y para convencerlo parece que tuvieron que castigarle algún dedo.

Itziar empezaba a entender la historia. Deudas por todas partes. Con la venta del chalet y con lo de Sudamérica empezaría a ponerse al día. Y abandonó la heroína. A ver qué les contaba el confidente.

—Una pregunta. Te he entendido que el reinado de don Sergio no está del todo asentado.

—Así es. Perdona, me pongo a hablar y me olvido de lo importante. Hay una nueva banda. Unos irlandeses.

—Joder ¿has oído hablar de Uriah?

—Claro. El hijo de puta que casi os mata. No me digas que está relacionado.

—No estamos seguros, pero sí sabemos que algunos irlandeses pueden estar ayudándole.

—Tienen que ser ellos. Hay un gimnasio en Deusto. Lo lleva un antiguo culturista de Belfast, que fue campeón de Europa en lo suyo. No me acuerdo del nombre. Dominan el negocio de los anabolizantes y otros productos hormonales. Y sabemos que quieren abrirse a otros mercados. Son los únicos que se han atrevido a atacar a don Sergio, pues tienen gente muy dura. Se rumorea que copan el sector de las palizas por encargo.

—¿Algún asesino profesional?

—Que sepamos, no. Pero supongo que sólo tienen que llamar a Belfast.

—¿Puede haber guerra?

—Espero que no. Pero hay una calma tensa en Bilbao la Vieja que no me gusta.

Itziar reflexionó. Toda esta información podía ser muy útil para interrogar a don Sergio, y la confrontación con los irlandeses podría beneficiarles. Lo comentaría con Arantza, que se movía mejor que ella en estos asuntos. ¿Dónde estaría su amiga?

Se despidió de Fabretti y quedó en pasarle toda la información que consiguieran. Estaba contenta. Ahora había que preparar lo de don Sergio a conciencia. Y también deberían hablar con don Celso y con Muesca, el soplón de los de narcóticos.

\* \* \*

—Hola, chicos.

Miro a Iñigo. Ya está aquí la pesada de Arantza. Lo sé. Viene a organizarlo todo. A mi primo no parece que le importe. Yo no me fío.

—Arantza, estamos ocupados —le digo sin levantar la vista de los papeles.

Llevamos toda la mañana en la oficina, con lo del gimnasio. Pronto tendremos que pasar a la acción.

—Ya veo, Jon. No te preocupes, sólo vengo a traeros buenas noticias.

Levanto la vista y espero.

—Cuenta, tía —dice mi primo.

—Bueno, ya sé que andáis con lo del gimnasio, ¿alguna novedad?

—Cuenta tú, que parece que lo sabes todo —le digo. Y miro a Iñigo.

—No te mosquees, Jon. Y no, no me lo ha contado Iñigo. Ha sido Mikel ¿cómo no me lo va a contar? Nos jugamos mucho, Jon. Nos jugamos la vida. Y todo vale para atrapar a Uriah ¿de acuerdo?

—A medias —le digo— parece que no confías en nosotros.

Arantza me mira dolida y bajo los ojos. Ya sé que no es eso. Pero le gusta mandar. No puede evitarlo. Es una lianta de cojones.

—Bueno, Jon —se mete Iñigo— déjalo ya, y avancemos un poquito ¿qué es lo que nos traes?

—Xabier os va a llamar. No le digáis que me he adelantado. No le gusta.

A mí tampoco, pienso.

—Iñigo, te van a hacer socio del gimnasio.

—No jodas —se ríe Iñigo— me voy a poner cachas ¿y eso?

—Hay relación entre Borja y los irlandeses. Xabier os lo contará más despacio. Tienes que conseguir la llave de una taquilla para compararla con la de Borja.

Suena el teléfono.

—Dígame.

—Jon, soy Begoña ¿estás con Iñigo?

—Sí.

—El jefe os espera en su despacho.

## *Décimo día desde la fuga: viernes*

Itziar se levantó a las ocho. Por la noche había hablado con Paco. Quedaron en verse el domingo. Planearon una excursión a Gernika, y acordaron visitar el bosque de Oma.

Como de pasada, Paco le dijo que la quería. Les costaba mucho hablar de sus sentimientos, pero no importaba. Itziar estaba segura de que aquella relación iba a funcionar. Durmió de un tirón y, por una vez, consiguió olvidarse del trabajo. Las noches anteriores soñó con el caso, pero eso no era lo peor... Desde que Uriah había escapado, se reanudaron las pesadillas atroces en las que volvía a experimentar la experiencia de muerte sufrida en Plentzia. En sus sueños aparecía Arantza empuñando la pistola, mientras ella sentía el cañón de la suya contra su sien. Cuando eso ocurría, se despertaba sobresaltada y sentía que había estado al otro lado. Y todavía era peor cuando se le presentaba la cara de Uriah, la cara de un niño feroz, que le sonreía y parecía decirle que ella sería la siguiente víctima.

Aquel día Arantza le salvó la vida. Eso no lo olvidaría nunca. Si bien ahora estaba enfadada con ella porque le parecía que no se tomaba el caso con el debido interés, no podía olvidar que le debía la vida.

Por otro lado, ella sabía que si su amiga no se concentraba en el caso de Borja, era porque estaba obsesionada con la fuga de Uriah. Itziar era consciente de que corrían peligro. Sabía que Xabier había ordenado que por las noches Alfonso y Ricardo, dos ertzainas gigantescos, vigilaran el portal de su vivienda, así como el del piso de Arantza en Sestao. Jon e Iñigo trabajaban en el caso y no se podía pedir más. Pero también sabía que su amiga no se conformaba. Y aunque no le gustaba que anduviera por libre, al mismo tiempo se sentía más protegida. Arantza no cejaría hasta encontrar a Uriah y ella confiaba en que lo conseguiría, como

siempre que se proponía algo en serio. Se saltaría normas, les ocultaría información a ella y a Xabier, era su manera de actuar. Lo único que podía decir Itziar era que, en todos los años en que habían trabajado juntas, Arantza no le había fallado.

Habían quedado a las nueve y media en el Scala para desayunar juntas. Tenía tiempo de sobra. Se duchó y lavó la cabeza, después se maquilló y peinó y decidió llevar unos vaqueros, una blusa blanca y la cazadora de cuero marrón, con unas botas a juego. Para matar el tiempo encendió el ordenador y echó un vistazo a la prensa del día. Después repasó los datos que había recabado para la visita que iban a efectuar.

Don Celso había cumplido ya ochenta y cuatro años, y estaba retirado de casi todos sus negocios. Conservaba las oficinas que siempre había tenido en la calle Fernández del Campo. Oficialmente, se había dedicado sobre todo al negocio de compraventa de oro y también era prestamista. Tuvo varias casas de empeños y también algún bar de alterne en General Concha, que había dirigido con mano de hierro. Siempre estuvo en negocios al filo de la legalidad, pero nunca le habían probado actividades delictivas. No había estado metido, y eso era seguro, en el tráfico de drogas. Por lo que sabían, iba contra sus principios. Tampoco se le podía relacionar con trata de blancas, a pesar de tener algún bar de alterne. Alguna vez había sufrido alguna redada y se había encontrado cocaína y hachís entre los clientes, pero nunca se había probado que él participara en el tráfico de esas sustancias. Miguel Fabretti aseguró que, por lo que él conocía, odiaba ese tráfico y había despedido sin contemplaciones a los camareros o porteros sospechosos de vender drogas.

En cuanto a sus negocios de compra venta de oro y joyas y sus casas de empeño, se sospechaba que había actuado de perista en alguna ocasión, pero nunca se lo habían podido demostrar.

Tuvo también un pequeño ejército de matones, a los que daba de alta en los clubs o en las tiendas como empleados, y que actuaban de guardaespaldas suyos. Y cuando era necesario,

amenazaban e incluso propinaban palizas a deudores muy atrasados. Y se rumoreaba que también aceptaba contratos con otros prestamistas y empresarios que necesitaban en un momento dado enderezar a algún moroso.

Y luego estaba lo del asesino profesional. No era algo muy normal en Bizkaia, pero muchos afirmaban que si necesitabas encargarte una muerte, él tenía contactos. De todas formas, esos rumores se referían a una época pasada. Hacía ya mucho que don Celso había vendido casi todos sus negocios, aunque seguía acudiendo a su oficina porque no tenía otra cosa mejor que hacer por las mañanas. Ahora se dedicaba al alquiler de locales, y lo más cercano a una actividad ilegal eran las partidas de póker de los jueves. Y en ese negocio estaba protegido, pues acudían a jugar empresarios importantes, incluso algún juez y altos funcionarios de las distintas administraciones.

Itziar pensó que don Celso se parecía un poco al hampón tradicional, amigo de políticos y gente importante, que podían protegerle en un momento dado, y que ejercía sus actividades, legales e ilegales, de forma discreta. Su aversión a introducirse en el negocio de los narcóticos le recordó al personaje de don Vito Corleone, mafioso tradicional, que se negaba también a ese negocio y pagaba casi con su vida esa falta de adaptación a los nuevos tipos de criminalidad.

Llegó al Scala, un bar que le gustaba, con su tradicional decoración en madera y siempre lleno a la hora del desayuno, porque servían un café excelente. Pudo sentarse en una mesita baja de las que estaban situadas a la derecha del local y decidió pedir un café con leche y un croissant a la plancha. En ese momento llegó Arantza, que se conformó con un *expresso*.

—No tienes buena cara.

—He dormido poco. Me enrollé en el local de Mikel jugando a Zelda y no me acosté hasta la una.

Itziar conocía esa afición de Arantza por los videojuegos, que a ella le resultaba incomprensible, pero no sabía si creerla en este

caso. Casi seguro que Arantza le estaba ocultando algo relacionado con Uriah.

Puso a su compañera al corriente de las actividades de don Celso y prepararon un plan de acción. No esperaban demasiado de esta visita, pero era necesaria. Hablaron también de don Sergio. Arantza prestó más atención a este asunto y se convenció de que debían explorar las relaciones entre don Sergio, Borja, y el nuevo clan de los irlandeses.

—Puede que si le convencemos al tal Sergio de que Uriah es su enemigo, nos lo sirva en bandeja.

—Puede ser, pero no te olvides de que también debemos resolver el caso de Borja.

—Sí, ya lo sé, Itzi, no se me olvida.

Arantza sonrió e Itziar abandonó el tema. Acabaron de desayunar y se dirigieron en silencio hacia Fernández del Campo.

Esta calle, que se iniciaba en un lateral del edificio de la Alhóndiga y terminaba desembocando en Hurtado de Amezaga, cerca de la oficina que tenía la víctima, fue en su tiempo una calle elegante, aunque había sufrido un claro proceso de degradación. Don Celso tenía su oficina en uno de los últimos edificios de la izquierda, e Itziar observó que la fachada todavía conservaba cierta prestancia señorial.

El ascensor que las llevó al cuarto piso era de los antiguos, y al subir parecía que rozaba las paredes de un modo que se hacía peligroso.

La puerta de entrada era imponente, aunque los marcos estaban hinchados por la humedad. Se abrió con un siniestro chirrido cuando las ertzainas pulsaron el timbre. Un matón vestido con un traje de corte antiguo, que había conocido mejores épocas, las condujo en silencio hasta el despacho del prestamista.

El piso era de techos altos, pero la escayola se caía a trozos y la humedad y el frío transmitían una sensación de decadencia. El viejecito que las esperaba, con un cuello largo y una cabeza enorme, en la que la calva aparecía adornada por manchas oscuras



y feas rugosidades, era casi un espectro que sonreía desde un tiempo pasado.

El espectro las recibió con una educación esmerada y las invitó a sentarse en unos sofás de piel cuarteada que en su día habrían costado una fortuna.

—Encantado de conocerlas, señoritas. Veo que la policía actual tiene más encanto que la que me tocó a mí soportar cuando estaba en activo.

—Pues no parece que esté usted jubilado, don Celso —dijo Arantza— le veo en plena forma. Creo que incluso ha vuelto usted a las andadas.

Don Celso miró hacia la ertzaina con los ojos semicerrados, como si no hubiera entendido la insinuación, pero Itziar sabía que aquel viejo todavía tenía un cerebro poderoso, y estaba meditando qué contestar a aquellas jovencitas.

—Señorita, no voy a ofender a su inteligencia ni a la mía haciéndome el despistado. Sé que vienen a hablar de Borja Pérez de Martingala, y observo que la historia se repite. Antes venía un madero acostumbrado a sacar las confesiones a sopapos y ahora me envían a dos adorables mujeres para ver si me ablando y canto lo imposible. Pero sólo puedo repetir lo que entonces decía: no, no y no, y esa declaración no la cambiarán ni un sopapo de los de antes ni una caída de ojos de unas bellezas de uniforme. Aunque observo que ya no llevan uniforme. Mal hecho.

—Por lo que veo, ya conoce usted que estamos ante una muerte por encargo.

—Bilbao es una ciudad pequeña y una noticia así da para llenar las tertulias de todos los jubilados.

—Claro, usted se ha enterado de la noticia tomando el té con unas viejecitas. No me haga reír. Nunca le probaron su participación en aquellos encargos. Pero este nos ha tocado a nosotras, y no se preocupe, que sin sopapos ni caídas de ojos, hay que ser machista y rancio, le sacaremos hasta la comisión que ha cobrado.

—Miren, entonces ya dije a sus compañeros que en Bilbao no existían este tipo de encargos. Esta es una ciudad pacífica, donde el dinero se obtiene en trabajos honrados. Entonces lo dije y ahora lo repito: esto tiene cierto sabor a Marsella.

—Claro, un marsellés, cómo no se me había ocurrido. Quizás tenga usted razón y el profesional venga de Marsella. Pero sólo tengo que mirarle a esos ojos de sapo viejo para saber que es usted el que tiene las direcciones.

—Veo que ya no dan sopapos, pero faltan al respeto como entonces. No se lo tendré en cuenta, jovencita. Miren a su alrededor. Observen la oficina. Y esta mesa en la que extiendo mis recibos. No soy más que un modesto rentista que vive de sus alquileres. En mi época fui derrochador y ni siquiera ahorré para una pensión digna. ¿Por qué creen que sigo trabajando a mi edad?

Itziar se demoró en contemplar la habitación, húmeda y sombría. Un gran crucifijo, detrás de la mesa de trabajo, presidía la estancia. En la pared izquierda destacaba una vieja librería con volúmenes encuadernados en piel negra que presentaban manchas blanquecinas por efecto de la humedad. En la pared de la derecha colgaban enmarcadas unas cuantas fotografías de familiares, algunas ya descoloridas. Se veía a don Celso el día de su boda, con una mujer hermosa más alta que él. En otra fotografía aparecía una pareja joven: la mujer miraba fijamente a la cámara y sostenía en sus brazos un bebé. A Itziar le llamó la atención otra en la que aparecía una joven posando sonriente. Era curioso. Tenía los rasgos de don Celso; se veía que podía ser su hija, o quizás su nieta, pero esos rasgos, que resultaban repulsivos en el viejo, dulcificados, servían para que la foto mostrara a una mujer preciosa.

Tenía razón don Celso. Aquella habitación transmitía una sensación de decadencia, de pobreza. No se habían pintado ni remozado las paredes desde hacía lo menos treinta años. Pero esto era engañoso. Itziar recordó que aquel viejo, con pinta de jubilado con problemas para llegar a fin de mes, todavía organizaba juegos clandestinos para sus amigos ricos.

—Lo que no puede negar es que usted conocía a Borja —dijo Arantza— sabemos que venía a jugar todas las semanas.

—Cada quince días y no siempre —puntualizó don Celso—. Ahí lo ven ustedes. A mi edad y trabajando ciertos días toda la noche. Un viejo como yo, al que su cuerpo pide retirada a las nueve de la noche, aguantando aquí por ganar unas pesetas ¿se lo imaginan?

—Muéstrenos la sala de juego.

Don Celso, acompañado del guardaespaldas que les abriera la puerta, las condujo por un pasillo oscuro hasta la puerta del fondo. Accedieron a un salón, posiblemente la pieza más grande de la casa, que también transmitía la misma sensación de decadencia. Una mesa redonda para seis u ocho jugadores llenaba la sala. Había además tres mesitas auxiliares. Unos cortinones de lana verde tapaban las amplias ventanas.

Don Celso aprovechó para mencionar algunos nombres de invitados ilustres. Itziar reconoció algunos: jueces, empresarios e incluso algún político local.

Tras haber exhibido a sus padrinos ante las ertzainas, el viejo explicó pormenorizadamente el ritual de la partida. Nunca se permitían más de ocho jugadores. Y si alguno de los invitados se retrasaba, se empezaba sin él y ya no podía incorporarse al juego: era una regla sagrada.

—¿Qué sería de este mundo sin reglas, verdad? Ustedes que son policías seguro que me entienden.

Itziar le preguntó sobre el comportamiento de Borja como jugador.

—No era de los buenos. Pero a veces tenía una suerte endiablada.

—Sí, ya sabemos, cuando la Suerte con mayúsculas se presenta en la partida, los profesionales se retiran.

—Veo que han hablado con Teo Arrozpide. Buen jugador, pero un romántico. No se crean todo lo que cuenta.

—¿No es verdad que a veces vuelan coches de lujo e incluso chalets?

—Sí, por supuesto. En eso no les miente. Ya han oído los nombres de algunos jugadores. Si yo fuera más joven disfrutaría con el espectáculo. Pero para mí sólo es un trabajo. Cobro el servicio y procuro que todo salga a la perfección.

—Y a veces presta dinero. ¿Cuánto le debía Borja Pérez de Martingala?

—La verdad es que hubo un momento en que estuvo fuertemente endeudado. Pero superó ese bache.

—Y usted cobró de golpe varios cientos de miles.

—Ya le digo que no crean todo lo que dice Teo. Tiene cierta tendencia a la épica. Sobre todo cuando bebe.

—¿Cuánto llegó a deberle Borja?

—La verdad es que no lo recuerdo. Unos miles seguro. Pero no estaba preocupado. Borja era un caballero y siempre supe que me los devolvería.

—¿Y qué puede decirnos de la partida en la que Segundo Larburu perdió más de cien mil euros?

—No recuerdo que fuera tanto dinero, pero es posible. Ya les digo que Borja tenía a veces una suerte endiablada.

—Nos han comentado que Larburu estaba muy irritado, no tanto por la pérdida como por la actitud insultante de Borja —dijo Itziar.

—Sí, es verdad. Borja, cuando ganaba, se ponía un tanto impertinente. No era un jugador elegante. Pero no se lo tomo a mal, y menos ahora que está muerto.

—Quizás lo asesinara alguno de los jugadores de esa partida. Ese día había mucho odio en la mesa.

—Señorita, estamos hablando de caballeros. No digo yo que en los tiempos antiguos, que usted sólo conocerá por las películas, aquello pudiera acabar con duelos a pistola. Pero encargos de asesinato, no —don Celso hizo una pausa, intentando imaginar esa posibilidad— no, imposible.

—También nos han dicho que Borja aprovechó para pagar sus deudas.

—Es posible, no lo recuerdo, pero parece lógico.

A continuación, Itziar le pidió que les enseñara sus libros.

—No llevo libros sobre las partidas. Sólo apunto mis alquileres y los servicios que cobro por ceder esta sala. No esperen gran cosa.

Don Celso les llevó nuevamente a su despacho y les mostró unos libros contables pulcramente anotados a mano.

—Como ven, soy de la vieja escuela. Nada de ordenadores. El papel es siempre más fiable.

Al salir, Arantza mostró su cabreo.

—Joder, Itzi, este don Celso es la hostia. No le hemos sacado nada, y estoy segura de que oculta algo.

—Ya, pero no tenemos gran cosa contra él.

—Habrá que ver si tiene alguna empresa. Y deberíamos solicitar una orden de registro. Seguro que tiene una caja fuerte bien repleta.

—No creo que nos concedan esa orden. Ya has visto que conoce incluso a jueces. No tenemos nada sólido contra él. Sólo que organiza partidas de cartas clandestinas, pero en las que ya has oído quiénes participan.

—Sí, joder, el viejo sapo no se cansaba de repetirlo. Y lo del profesional lo veo todavía más jodido.

—Tranquila. Debemos concentrarnos en los enemigos de Borja. Si somos capaces de dar con el que pagó el encargo, don Celso caerá, si es que ha participado.

—Tienes razón. Los ricos son unos blandos, no como este veterano. Es duro de veras, de la vieja escuela.

\* \* \*

Me estoy cabreando por momentos. Esta Arantza es la hostia. Y mi primo un gilipollas. A veces creo que está enamorado. Me acaba de enseñar la llave de la taquilla.

—¿Qué es eso? —pregunto, aunque ya lo sé.

—No te preocupes, es una copia. No es la original. Arantza dice que así ganamos tiempo.

—Lo que os vais a ganar es la cárcel. Esto es increíble.

—Joder, Jon. Hay que atrapar a Uriah. Ya has oído al jefe. Borja estaba en contacto con él. Quizás en esa taquilla encontremos información valiosa y no podemos esperar. Uriah es muy peligroso.

—Ni siquiera está probado que Borja trabajara para él —le digo — no es más que una teoría.

—Es una teoría, sí, pero parece cierta. Y la teoría no es de Arantza. Sabes que se le ocurrió a Itzi.

Ahí me ha pillado. Itzi es más de fiar. No se deja llevar por las vísceras. Y es muy lista. Si Itziar lo ve, seguro que es así.

—Pero la llave no te la ha dado Itziar —le contesto.

—Ya, pero es una buena idea, aunque sea un poquito irregular.

¡Joder, un poquito irregular! Decido callarme.

—Y no se trata de llevar la prueba ante un tribunal, sino de atrapar a Uriah. Se trata de Itzi y de Arantza —añade.

—Vale, primo, ya lo entiendo.

Lo tengo que reconocer: si Uriah hiciera daño a las chicas, yo no podría vivir con ello.

Me rindo.

## *Día decimotercero desde la fuga: lunes*

El fin de semana no trajo ninguna novedad en las investigaciones. Itziar aprovechó el descanso del sábado para visitar en Donostia a sus padres. Comieron en la Parte Vieja y pasaron un día muy agradable. Se puso al día en los asuntos familiares mientras paseaban frente al mar. La vista de La Concha, con la isla de santa Clara al fondo, enmarcada entre Igueldo y Urgull, le encantaba: era una vista preciosa.

Todavía no había mencionado a Paco delante de sus padres; le parecía prematuro. Creía que éste tampoco lo había comentado con su familia. Los dos eran tímidos y reservados. A veces Itziar se veía demasiado sensata; tenía la sensación de que se perdía muchas cosas buenas de la vida por su cobardía, por su recato a la hora de comunicar a los demás sus emociones. Pero ella no había escogido ser así.

La visita la dejó algo preocupada. Su ama conservaba todavía toda su vitalidad, pero a su *aita* le vio algo apagado. De repente se dio cuenta de que su padre era ya un anciano, y eso la angustió. Decidió que debía visitarles más a menudo. También debería comentarlo con su hermano.

El domingo fue un día soleado y perfecto. Paco y ella visitaron el bosque de Oma. Realizaron el trayecto completo, aprovechando que era un día idóneo para grandes caminatas: soleado pero fresco. A Paco le encantó aquel bosque pintado, aquella conjunción de arte y naturaleza. Antes de eso se había informado sobre Ibarrola y sobre la escultura y la pintura vascas y casi le dio una conferencia.

Era sorprendente: aquel hombre de pocas palabras, que tendía a comunicarse con monosílabos, silencios y sonrisas, se volvía un maestro de elocuencia cuando hablaba de algo que le interesara. Aquel día fue el arte, pero otras veces tocaba su trabajo en la UCO, o los procedimientos policiales de investigación. Cuando disertaba

sobre un tema, adoptaba una actitud profesoral y abandonaba su timidez. Itziar encontraba muy divertidos esos momentos, y le agradaba escucharle mientras hablaba sin parar, como si estuviera ante un auditorio o en una cátedra. Era, además, educado en extremo, y cuando ella le interrumpía, esperaba tranquilamente y transmitía con su actitud la sensación de que lo que escuchaba le interesaba tanto como el tema sobre el que se había explayado.

Comieron en Gernika y acabaron en Bilbao, en el piso de Itziar. Fue una tarde perfecta y les costó despedirse. Cuando llegaba ese momento eran torpes y parecía más la separación de dos amigos que la de unos novios, pero no importaba. Cuando Paco llegó a Amorebieta la llamó y le dijo por teléfono lo que tanto le costaba decir en persona.

Itziar durmió de un tirón, sin pesadillas, pero a las seis ya estaba despierta y preparada para volver a la rutina de la investigación. Tenía la convicción de que ahora que sabían que existía relación entre Borja y Uriah Heep, la resolución del caso estaba más cercana.

Ese lunes era un día importante. Habían concertado una reunión con don Sergio y, el viernes por la tarde, Arantza y ella habían preparado la cita meticulosamente. Su amiga parecía haber abandonado su apatía y las dos se repartieron los papeles como solían hacerlo en estas decisivas reuniones. Arantza llevaría el grueso de la conversación. Intentaría, con su agresividad, provocar en don Sergio alguna respuesta espontánea, algún paso en falso. Itziar estudiaría sus reacciones y sólo intervendría cuando descubriera que podían abrir una nueva vía en la investigación. Esta técnica, semejante a la del poli bueno y poli malo, pero con algunas diferencias significativas, les solía funcionar bien casi siempre. Arantza llegaba al histrionismo cuando así convenía e Itziar conseguía concentrarse de forma excepcional y a veces saltaba la chispa, y ello se traducían en nuevos enfoques para la investigación, en valiosas intuiciones que allanaban el camino hacia la resolución del caso.



Esta reunión, sin embargo, tenía algunas peculiaridades. En otras citas partían ya de un sospechoso determinado y lo que obtenían eran pruebas claras para confirmar lo que hasta ese momento no eran más que hipótesis. En cambio, don Sergio, al menos de momento, no era más que un testigo cuya declaración podía ayudar a entender mejor los detalles oscuros, que aún no entendían, de los últimos meses de la vida de la víctima.

La dificultad estribaba en que don Sergio era un testigo hostil, ya que era un conocido delincuente que no obtenía ningún beneficio por colaborar y en cambio corría el riesgo de dejar alguna pista relacionada con su actividad delictiva si hablaba de más.

Y tampoco podían descartarlo como sospechoso; el hecho de que fuera una muerte por encargo, al parecer contratada con un asesino que no parecía formar parte de una banda, en principio descartaba a aquellos que tenían sus propios guardaespaldas o sicarios dispuestos a matar. Sin embargo, también había que contar con la posibilidad de que un capo inteligente como don Sergio prefiriera contratar a un asesino independiente para alejar las sospechas de la policía.

En este caso, por tanto, las posibilidades eran muy variadas, y las dos ertzainas trabajaron con intensidad los distintos escenarios ante los que se podían encontrar, según lo que don Sergio estuviera dispuesto a contar.

Estaba además el asunto de Uriah. Arantza iba dispuesta a encender el odio de don Sergio hacia el irlandés. Quería convertirlo en aliado ante un enemigo común.

Tenían la seguridad de que los irlandeses estaban molestando a los hombres de don Sergio; no tenían más que incidir en el tema durante la conversación, y así conseguir que el capo dedicara más de sus esfuerzos a acabar con el clan enemigo. Podía ser una forma de terminar con el propio Uriah.

Don Sergio era propietario de un edificio, situado en el número dos de la calle Urazurrutia, que daba a la ría y tenía una vista completa del puente de san Antón.

Arantza recogió a Itziar en el portal de su casa y condujo su Golf negro hasta el parking del Arenal. Las ertzainas se acercaron a la fortaleza de don Sergio bordeando la ría en vez de recorrer las calles del Casco Viejo. Cruzaron el puente de san Antón y se detuvieron a contemplar el edificio. No se veía a nadie pero Itziar estaba segura de que las vigilaban. Se preguntó si desde ese edificio se veía el punto en el que Uriah Heep abandonó el furgón policial tras su fuga de Basauri. En aquel momento, seguro que no llamó la atención de la banda y luego lo habrían lamentado, una vez que se enteraron de que habían tenido a su merced a uno de los jefes del clan de los irlandeses. El emplazamiento de aquel inmueble era estratégico. La ertzaina imaginó que tras cada cortina de sus ventanas había al menos un vigía seguramente armado. Por lo que conocía, don Sergio tenía registradas varias pistolas a nombre de los guardaespaldas. Teóricamente era titular de una empresa de seguridad, lo que le permitía armar a sus sicarios sin problemas. Y no era la única empresa legal que le servía de pantalla para disimular sus negocios delictivos.

No llegaron a tocar el timbre. En el portal les esperaba un gigante con rasgos de indio americano, con la cabellera negra recogida en una coleta. Sin duda se encontraban ante Nepomuceno Ramírez. Les indicó que entraran mediante un gesto de su brazo y ni siquiera se molestó en sonreír.

—No creo que triunfe en un concurso de Míster simpatía — comentó Arantza, sin importarle que el sicario la oyera.

El ascensor las subió hasta el tercer piso y allí les abrió la puerta otro sicario, éste con la cabeza rapada y pendientes en ambas orejas, quien las condujo hasta el despacho donde don Sergio las esperaba sentado ante una mesa de oficina. A Itziar le sorprendió su juventud. Sabía que era joven, ya se había fijado en ello cuando coincidieron en el funeral de Borja, pero no esperaba que tuviera menos de treinta años.

—Buenos días inspectoras —las saludó al tiempo que sonreía. Sergio no usaba gafas y los ojos destacaban por su color

blanquecino. Itziar no era capaz de decir hacia dónde miraban.

—¡Qué agradable oír una voz! —comentó Arantza— buenos días, pensé que me había quedado sorda de repente.

—Tiene que disculpar a mis muchachos —sonrió don Sergio— la belleza de ustedes dos les ha dejado sin habla.

—Ese piropo viniendo de usted suena algo vacío.

Los ojos de don Sergio se endurecieron y parecía que había recuperado la visión cuando miró hacia Arantza.

—Mire, señorita, usted es Arantza ¿verdad? Podríamos decir, para resumir, que yo soy ciego pero no estoy ciego. Sé que tengo delante a dos bellezas, y eso lo sé con la misma seguridad con la que oigo su voz y aspiro su aroma. Usted lleva Álvarez Gómez y su compañera prefiere Aire de Loewe ¿no es así?

—Mire Sergio ¿o prefiere que lo llame don Sergio? —Ayer visitamos a otro delincuente y también aprovechó para soltar de su boca unos piropos rancios y apolillados, pero aquel hombre tiene ochenta y cuatro años. Usted es casi un bebé y no me esperaba eso. Quizás en Cuenca todavía conserven los modales de hace sesenta años y a eso le llamen buena educación, pero usted lleva aquí más de dos y ya debería haber adoptado una manera directa y franca de tratar a las mujeres.

—Sí, me sorprendió mucho el tuteo. No acabo de acostumbrarme.

—O sea que sus camellos tratan de usted a los yonquis de san Francisco; es para partirse.

—Yo sólo conozco a los camellos de los reyes magos ¿o son dromedarios? ¿Tiene usted alguna prueba que me relacione con otra clase de camellos?

—Dejémoslo, no hemos venido a detenerlo —Arantza hizo una larga pausa— todavía. Pero nos gusta dejar las cosas claras. Estamos hartas de que la gente se haga la despistada. Parecen todos ciegos, y perdón por la expresión.

—No se preocupe. Ya sé a qué han venido. Y su fama de borde la precede. Pero por si acaso le enumeraré mis negocios, todos

ellos legales y con grandes beneficios ¿para qué meterme en líos?

—Ya sé. Tiene una empresa de seguridad.

—Pregunte por ahí. Muchas empresas de la zona, así como comunidades de vecinos están encantados con mis vigilantes. Comprenderá que mi ceguera me da cierta inseguridad en muchos aspectos de la vida. Y por ello siempre me ha preocupado ese tema. Estaba predestinado.

—Y creo que tiene una empresa de importación —intervino Itziar, en un intento de rebajar algo la tensión.

—“Las Casas Ahorcadas”. Si me han investigado, sabrán que tengo un pabellón en el superpuerto. El negocio no puede ir mejor.

Se habían informado. Las Casas Ahorcadas S.L.U. era una empresa que tenía como objeto social la importación de todo tipo de mercancías, pero sobre todo se había especializado en alimentos exóticos y artículos religiosos. Había una demanda creciente de productos para los templos budistas europeos y don Sergio tenía casi el monopolio. Surtían, entre otros, a un importante templo budista localizado en pleno Pirineo, e incluso vendían los artículos por internet una vez importados. A Itziar le costaba imaginar que aquello fuera un negocio rentable, pero desde luego era una buena tapadera para otro tipo de tráfico. Según le había informado Fabretti, nunca habían podido probar que la empresa se utilizara para traficar con heroína y ningún juez había visto causa suficiente para autorizar escuchas o registros. Sospechaban que algún ertzaina estaba en nómina y les informaba de los movimientos de esa policía. Quizás fuera el tal D. que aparecía en la agenda de Borja. También imaginaban que tendría contactos en la Guardia Civil, que era la policía que controlaba las aduanas.

—Creo que surte usted a todos los templos budistas de Europa.

—Veo que se ha informado. Mis padres tenían en Cuenca una tienda de artículos religiosos; ya saben: crucifijos, vírgenes y cosas parecidas. En el fondo no hago más que seguir la tradición familiar.

—Pero a usted le van más las religiones raras, tengo entendido —intervino Arantza— algo de un dios ciego, hemos oído por ahí.

—Sí —don Sergio sonrió— soy un hombre religioso. Después de todo provengo de Cuenca, la capital con más misas diarias per cápita de España. Pero el dios cristiano no acababa de convencerme. No sé, tanto mal en el mundo y un dios bueno de espectador. Resulta difícil tragárselo. Entonces oí hablar de un dios ciego. Como comprenderán, esa característica me llamó la atención y consulté lo que pude por internet. Me pareció un dios más satisfactorio, más racional, no sé cómo explicarlo.

—Pero también se relaciona usted con el budismo y otras religiones.

—Una cosa llevó a la otra. Conocí a algún seguidor de esta religión, que está bastante extendida por India y Pakistán. Ello me llevó a interesarme por otras religiones de Asia y observé que el budismo tenía muchos seguidores en Europa y soy sobre todo un hombre de negocios.

—Ya. Y esa afición por la amputación de dedos ¿también le viene de esa secta?

—No sé qué habrán oído, pero yo sé de eso menos que ustedes —don Sergio lo afirmó con rotundidad, como queriendo zanjar la cuestión—. Es una práctica de la Yakuza, pero estamos un poco lejos de Tokio.

—¿Y qué sabe entonces sobre el dedo de Borja? El cadáver apareció con una amputación reciente del meñique izquierdo.

—Bueno, al fin hablamos de Borja. Empezaba a pensar que esto no era más que una visita de cortesía. Borja perdió un dedo, sí. Pero él mismo me contó que fue un desgraciado accidente. Le ahorro los detalles.

—¿Y ese desgraciado accidente ocurrió antes o después del viaje a Sudamérica?

—Fue ya con la mano vendada. Y antes de que lo pregunten les diré que sí, viajó de mi cuenta. A Perú, visitó la zona inca. Estoy ansioso por ampliar mercados y Perú ofrece muchas oportunidades. También estoy interesado en ciertas plantas de la zona para usos

terapéuticos, y a Borja le venía bien un trabajo bien pagado. Andaba algo escaso de fondos.

—Aquello no tenía nada que ver con la coca, supongo.

—Ya que me lo pregunta, le confesaré que me trajo unas hojas de esa planta. Quizás hemos cometido un delito y yo sin enterarme.

Antes de que Arantza respondiera, Itziar intervino para orientar la conversación hacia la víctima.

—Creemos que usted tenía una especial relación con Borja, que no era sólo su abogado. Nos gustaría conocer su opinión sobre las causas de su muerte.

—Sí, tiene razón —don Sergio orientó su mirada hacia Itziar— Borja era un gran penalista que nos sacó de algunos apuros...

—Ya, ya sabemos. El pobre Nepomuceno. Acusado de dar de hostias cuando estaba jugando pacíficamente al póker. Por cierto, con lo parlanchín que es, cuando cante un farol tiene que impresionar. No me lo imagino.

Don Sergio volvió a sonreír pero su mirada se endureció.

—Como iba diciendo, conocí a Borja por su profesión de abogado, pero llegamos a tener una relación casi de amistad. Además, tuvo unos problemillas y yo le ayudé. Para eso están los amigos.

—Ya ¿qué sabe usted de sus deudas? Nos han dicho que eran cuantiosas. ¿Cuánto le debía cuando se engancho al caballo?

—Sí, por desgracia hubo un tiempo en que se engancho a la heroína. Era una personalidad frágil y yo le ayudé a salir de aquel infierno. Pero no le pagué sus deudas, sólo le ayudé a pagarlas.

—¿A qué se refiere?

—Me ofreció su chalet de la Galea. Acordamos un buen precio. No me gusta aprovecharme de los amigos.

—O sea que a usted no le debía nada, pero acabó con un dedo y un chalet de menos, y viajando de mula. ¿Y quiere hacernos creer que usted no tiene nada que ver con eso?

—Miren —don Sergio se volvió hacia Arantza— lo crean o no, mi única relación con el delito es mi afición a la novela negra. Soy un

lector voraz de ese tipo de literatura. Tengo un programa que me traduce a voz los textos y es mi forma de leer, por si quieren saberlo.

—Creo que en Cuenca hay una semana negra —intervino Itziar.

—Sí, la organiza un gran tipo. Se llama como yo, Sergio y es un erudito. De ahí cogí yo la afición. Tiene un club de lectura “Las Casas Ahorcadas”. Le pedí permiso para llamar así a mi empresa. En ese club vamos conociendo la novela negra de distintos países. Y ya que han mencionado lo de los dedos amputados, hemos dedicado un año al *noir* japonés, por si les interesa profundizar.

—Ya, todo literatura y nada más que literatura. Y ahora me dirá que don Sergio, el rey de la heroína, sólo existe en la ficción. En fin, volvamos a la realidad de Borja. Un pijo descarriado, heroinómano, amigo suyo. Creo que también jugaba al póker. ¿Qué sabe usted de don Celso?

—Poca cosa. Ya le he dicho que mis aficiones van más por la literatura. Pero don Celso y yo tenemos algo en común.

—¿Aparte del tratamiento de don y de los piropos rancios?

—Sí. Ambos somos víctimas de policías que no hacen bien su trabajo. No somos más que honrados empresarios a los que nos molestan ertzainas descaradas porque se creen historias que parecen pergeñadas por un mal novelista.

—A Borja no le mató ningún profesional y don Celso no tiene nada que ver, según usted.

—Yo no he dicho eso. Pero si tienen contra don Celso lo mismo que tienen contra mí, vayan olvidándose de esa historia. Y si no tienen nada más que añadir —don Sergio se levantó de la silla y Nepomuceno se colocó a la derecha de Arantza e hizo ademán de acompañarla hacia la puerta. Arantza no se movió.

—No hemos acabado. Nos han comentado que hay gente nueva en la ciudad.

La mirada de don Sergio volvió a endurecerse.

—No sé de qué me habla.

—Creo que ustedes han sufrido algún robo en Santurce —intervino Itziar.

—¡Ah, sí! Parece que está funcionando una banda de ladrones profesionales que entran en pabellones y se llevan todo lo que encuentran en cuestión de minutos.

—¿Y a usted qué le robaron? ¿Buditas gorditas y barritas de sándalo? ¡Vaya botín!

—Usted pensará lo que quiera, pero ese golpe nos hizo daño. Por suerte, tengo mi propia empresa de seguridad y no volverá a ocurrir. Y a ver si ustedes cumplen con su trabajo y en vez de molestar a don Celso o a mí, agarran a esos cabrones de irlandeses.

—¡Ah! Parece que empezamos a entendernos. Irlandeses. Creo que desde aquí se ve una academia de inglés bastante peculiar.

—¿La llevan ellos? No puede ser.

—Como si no lo supiera. Por cierto. ¿Vieron ustedes a Uriah?

—Ese nombre no me suena.

—Ya veo.

Entonces Itziar recordó. Aquel apunte en la agenda de Borja. No perdía nada por intentarlo.

—Hay algo que me preocupa —comenzó— no sé si ustedes conocen la relación de Borja con esos irlandeses.

Don Sergio la miró. Su rostro no expresó ninguna emoción, parecía de cera. Pero Itziar creyó observar una cierta perplejidad.

—No sé —dijo— después de todo Borja era penalista, y de los buenos. Quizás esos sujetos necesitaran de sus servicios. Pero, como comprenderán, no nos habló de ello.

—Sí —dijo Arantza— después de todo no había conflicto de intereses. Ustedes se dedican a la importación y ellos a las academias y gimnasios. Y la heroína de San Francisco cae ella sola del cielo.

—Repito lo que he dicho —don Sergio avanzó en dirección a la salida— no sé de qué me hablan. Y créanme si les digo que les deseo un gran éxito en sus investigaciones.

—Pues créame usted también a mí —dijo Arantza a modo de despedida—. Si Uriah aparece sin cabeza no creo que la policía sea



capaz de encontrar al culpable. Nuestros medios son cada vez más limitados.

—Entiendo lo que quiere decir —don Sergio sonrió— pero está llamando a la puerta equivocada.

—Sí, puede que yo también esté un poco ciega.

Cuando abandonaron el edificio, Itziar estalló.

—¡Joder, Arantza! El mensaje ya estaba dado. Todo iba bien y has tenido que soltar esa barbaridad. Parecemos delincuentes.

—Itzi, a ese hijoputa hay que dejarle las cosas bien claras. Confío más en su red de informadores que en la nuestra. Y no he dicho más que la verdad: si se cargan a Uriah no hacen más que un favor a la humanidad. No creo que a nadie le importe gran cosa.

\* \* \*

Estamos en la Abadía del Gin-Tonic, cada uno con su copa. Mi primo ha ido por la mañana al gimnasio. Hemos quedado con Arantza.

Son las siete de la tarde. La esperamos en una mesa en el exterior del bar. Mi gin- tonic sabe a regaliz. Está cojonudo. Este Rober pone buenas copas. Te pregunta por tus preferencias, y luego te prepara lo que quiere, pero siempre está rico. Llega Arantza.

—Hola, chicos. No os levantéis, ahora vuelvo.

Entra en la Abadía. Sale con un mojito. Da un largo trago y pone cara soñadora. Seguro que también está rico.

—Bueno ¿qué contáis?

Iñigo señala la mochila.

—Tengo el sobre. Pero ponte guantes.

—Sí, no queremos que aparezcan nuestras huellas —Arantza sonríe.

Encima se lo toma a broma. Esto es un despropósito. Una prueba judicial y esta alegría. Sólo falta que se le caiga el mojito encima.

—Jon, di algo. Pareces enfadado.

Lo estoy.

—No tengo ganas de hablar, Arantza. Haz lo que tengas que hacer, pero acaba rápido.

Me noto nervioso.

Arantza se pone los guantes que le pasa Iñigo. Coge el sobre marrón. Por suerte, no está cerrado. Introduce con cuidado los dedos. Saca unas fotos de gran tamaño. Las estudia con detenimiento. Yo miro hacia la calzada. No quiero saber.

—Bien, Iñigo, mañana quiero este sobre de nuevo en la taquilla.

—Si quieres voy ahora mismo.

—No, ya has estado esta mañana. No quiero que llames la atención.

¡Joder, ahora se vuelve prudente!

—No te veo muy contenta —dice mi primo.

—No, pero ya me lo esperaba.

Total que nos la hemos jugado para nada. Decido callarme. No quiero peleas. Acabamos nuestras copas en silencio, observando el tráfico de Pozas.

## *Día décimocuarto desde la fuga: martes*

Itziar se acercó paseando hasta la Universidad de Deusto. A pesar de que estaban en Noviembre, la temperatura había subido en los últimos días y ese martes lucía el sol como si estuvieran en primavera. Se animó a recorrer las calles Iparraguirre y Juan de Ajuriaguerra, hasta llegar a la Plaza de Euskadi, situada al pie de la torre Iberdrola, el más alto edificio de la ciudad, terminado hacía poco y que estaba flanqueado por dos bloques de viviendas casi gemelos, ideados en un estilo vanguardista por un arquitecto de cuyo nombre Itziar no conseguía acordarse; en los últimos años muchos arquitectos habían diseñado edificios singulares en el entorno de la ría y cercanos al Guggenheim. La zona había mejorado espectacularmente y allí se encontraban algunas de las viviendas más cotizadas de Bilbao.

Cuando llegó a la plaza comprobó que todavía no eran las diez, por lo que bajó tranquilamente por la calle Ramón Rubial hacia la Universidad. Había quedado con Ander Azurmendi, profesor de antropología y de religiones comparadas en la facultad de Humanidades, y titular de la cátedra “Anton Arriola” de Deusto.

Sabía que Azurmendi era sacerdote, aunque hacía poco se había secularizado. Acudía a él porque le habían informado que era experto en religiones orientales y además le gustaba ejercer de detective aficionado. Por teléfono le pareció una persona amable, que se había quedado en silencio cuando le anticipó que quería informarse sobre los cultos al dios ciego.

—Ah, muy interesante —comentó, para romper el silencio—  
deme unos días para consultar mis fuentes.

Habían hablado el viernes y convinieron en reunirse en el despacho del profesor ese martes a las diez y media.

Itziar cruzó el puente del padre Arrupe, otra de las construcciones recientes de la zona, acompañada de jóvenes

universitarios que se dirigían a las distintas facultades de la Universidad. Ella había estudiado Derecho hacía ya muchos años, pero no tenía ni idea de por dónde caía la facultad de Humanidades. Preguntó a un conserje y rápidamente le orientaron hacia un despacho del edificio antiguo de la Universidad.

Llamó a la puerta y salió a recibirla el propio Azurmendi, un cuarentón de sonrisa afable, con abundante pelo, que vestía camisa blanca y un chaleco negro. La invitó a sentarse en una de las sillas para las visitas. Itziar observó que libros y folios escritos a mano llenaban toda la superficie de la mesa de trabajo en un desorden de precario equilibrio. Las estanterías rebosaban de volúmenes, pero estaba segura de que aquel profesor con aire de despistado localizaba cualquiera de sus libros en escasos segundos.

—Muy interesante —comenzó el profesor— muy interesante; aunque no entiendo por qué una oficial de la Ertzaintza pueda tener interés por las leyendas del dios ciego.

—No puedo contarle los detalles pero sí puedo decirle...

—Preferiría el tuteo, si no es problema —le interrumpió el excura — es a lo que estoy acostumbrado con mis alumnos.

—Ningún problema. Como decía, sí puedo contar que la noción del dios ciego ha surgido en una investigación sobre asesinato. Quizás no tenga demasiada importancia, pero me gustaría conocer algo más que lo que se encuentra por internet.

—Sí, la red marea un poco y a veces no es de fiar. Pero primero necesitaría saber de qué dios ciego estamos hablando. Si has estado navegando te habrás encontrado con un hijo de Odín, por ejemplo.

—Así ha sido, pero el que a mí me interesa tiene que ver con la tradición religiosa que nos llega de Asia, concretamente de Pakistán o de la India.

—Ah, sí. Estamos hablando de los últimos descubrimientos, entonces.

—¿A qué te refieres?

—Voy a intentar ser breve. El dios ciego en esa tradición es una noción abstracta, que nace como un intento de solucionar un problema ético. Sirve en esa tradición para que los creyentes puedan compatibilizar la creencia en una divinidad única, que era para ellos un concepto relativamente moderno, con la existencia cierta del mal.

—Algo así me había parecido.

—Es una religión poco conocida en Europa, pero tiene bastantes adeptos en Pakistán y en la India.

—Eso es lo que me interesa —dijo Itziar— porque lo que sé tiene que ver con un grupo de pakistaníes que han empezado a operar en Europa.

—Ya, pues no son buenas noticias.

—¿Es una religión violenta?

—No, la tradición del dios ciego, por lo que sabemos después del descubrimiento reciente de unos manuscritos en Cachemira, los llamados “Libros de la creación imperfecta”, no es más que una solución filosófica al problema del mal ¿conoces algo del hinduismo?

—No mucho, aparte de que es una religión antigua, creo que politeísta.

—Sí. En su origen es politeísta y se han llegado a identificar miles de dioses en su panteón. Pero con el tiempo, en libros posteriores, los llamados Upanishads, se ha creado un cuerpo de doctrina en el que se reconoce una divinidad única y absoluta que está por detrás de todas esas manifestaciones.

—Como Jehová o Dios.

—No, no, no es como en las religiones del libro. En la tradición semita, Jehová, Dios o Alá es un Dios único y personal. En los Upanishads esa divinidad es más oscura, imposible de conocer. Es un dios más filosófico, diríamos que más racional que el nuestro.

—¿Todo eso tiene algo que ver con el dios ciego?

—Sí y no. Por lo que sabemos ahora, surge en esa tradición. Como te he dicho, se han descubierto fragmentos de unos libros de

la creación imperfecta. En esos escritos se menciona a un dios ciego, a un demiurgo que sería el creador del mundo tal como lo conocemos.

—Con la ceguera de ese dios quedarían explicadas las imperfecciones del mundo —aventuró Itziar.

—Exacto. Pero la doctrina iba más allá. No se conformaba con esa hipótesis, sino que afirmaba que, al ser la creación un objeto imperfecto, un producto mal acabado por la ceguera del dios, era entonces perfeccionable. Y ahí entramos los hombres. Las personas podemos ayudar al dios, de alguna manera somos dioses que podemos orientar a ese dios ciego, a esa divinidad oscura y desconocida, a mejorar su obra.

—Claro, y por eso a sus practicantes se les denomina los brazos del dios ciego.

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —la cara de Ander Azurmendi reflejó un miedo extraño.

—Los brazos del dios ciego —repitió Itziar, sorprendida.

—¡Joder! ¡Es peor de lo que pensaba! ¿Los pakistaníes se hacen llamar así?

—Eso creo.

—Estamos hablando entonces de una secta peligrosísima, de un grupo de asesinos feroces.

—¿Tienen que ver con la religión de la que me hablabas?

—Sí. Los brazos del dios ciego provienen de esa religión, pero es una degeneración de su filosofía. Eso ocurre con muchos credos. Nacen con una finalidad redentora, pero casi siempre hay monstruos que tuercen hacia el lado oscuro todo lo que había de luminoso en la doctrina.

—¿Y cómo surge esa variante? Es importante que me lo expliques.

—No se sabe mucho. Como te he dicho, en el origen de esta religión está el afán humano de perfeccionar lo creado. Pero esta disposición, como dirían algunos curas amigos míos, no es más que orgullo demoníaco. Y de esos demonios surgió, no se sabe cuándo

exactamente, la secta destructiva. No creía que quedaran miembros en activo. El gobierno indio acabó con casi todos ellos, a raíz de descubrir que realizaban sacrificios humanos.

—¿Y eso cuándo fue?

—Hará unos veinte años. ¿Has oído hablar del libro de los cánticos?

—No me suena. ¿Es un libro de la secta?

—Sí, si es que existe. No podemos asegurar que nadie haya visto un ejemplar, pero hay rumores sobre su contenido atroz, y esos sacrificios podrían estar relacionados con rituales allí recogidos.

—¿Podrían describir amputaciones?

—¿Cómo lo sabes? ¿Ha habido amputaciones?

—Puede que sí.

—Como te digo, sobre el contenido del libro sólo existen rumores. Pero lo que se ha oído da verdadero pavor.

—¿Cómo son los cánticos?

—Recuerda que estamos hablando de un dios ciego. Y la secta quiere agradar a ese dios ¿de acuerdo? Ya no se habla de ayudarle a perfeccionar la creación. Ahora se trata sólo de cantarle.

—No veo nada malo en cantar a tu dios.

—Según la secta, los que cantan no son los fieles. Los que entonan los himnos son los animales y personas torturados. Parece que el libro contiene en gradación ascendente distintos tipos de tortura con el fin de conseguir que la víctima grite de formas muy variadas. Y ese es el cántico con el que se busca agradar al dios. La ambición de la secta es reproducir mediante tortura el más perfecto cántico. Así lo llaman: “El más perfecto cántico”.

—¡Joder! ¿Cómo se ha podido llegar a eso?

—Como estudioso, comprenderás que eso es lo que menos me sorprende. Todas las religiones, partiendo de un dogma de bondad, belleza o felicidad, han tenido derivaciones igual de monstruosas. Sólo tienes que estudiar un poco de historia o visitar algún museo de la Inquisición.

—Sí, tienes razón —Itziar sintió una gran inquietud. Podía estar enfrentándose a sádicos que nada tenían que envidiar a Uriah Heep y a sus amigos— ¿sabes algo más de ellos?

—No, sólo que me asustan, y mucho. Creía que esa secta era historia.

Se hizo un silencio que se prolongó unos minutos. No había nada más que añadir. Itziar se levantó, dio las gracias a Azurmendi y le prometió que estarían en contacto. El profesor parecía todavía más preocupado que ella.

\* \* \*

Cuando llegó a la central de Erandio le llamó Xabier para preguntarle por el caso. Itziar le resumió las conversaciones de los últimos días y le informó sobre la religión del dios ciego.

—Otro problema más —observó Xabier— dile a Arantza que tenga cuidado.

Itziar no respondió. Pero decidió que su amiga debería estar presente en los siguientes interrogatorios. Sería una manera de alejarla de Uriah Heep. Itziar tenía miedo. Y también sabía que para Arantza el miedo no era un argumento. Estaba embarcada en una guerra de exterminio en la que no se permitían prisioneros. Itziar volvió a sentir miedo.

En ese momento entraron Amaia y Antxe.

—Traemos novedades sobre el asesino profesional.

—¿Se le ha podido identificar? —preguntó Xabier.

—No, ni de coña —contestó Antxe, que no podía ocultar su admiración por él—. Recordad que es un profesional. Y lo que sabemos de él lo sabemos porque él así lo ha querido.

—Sí, Carlos Sosé no existe ¿sabemos la relación entre él y Laura?

—Eran pareja —contestó Amaia— la pareja perfecta, según los vecinos. Carlos era educadísimo y amable con todas las señoras.

—Claro —puntualizó Antxe— como no contaba nada de su vida, las viejas encantadas. Podían contarle batallitas sin interrupción. Y



él, sonreír y escuchar, pero nadie sabe nada de él.

—Sí, un día, hará unos diez años, apareció por el piso de Laura y hasta hoy. Lo presentó como Carlos, dijo que era un compañero, pero era mentira. Carlos nunca ha sido profesor. Llevaba a Laura en coche al instituto y luego la recogía. Pero nada sabemos de lo que hacía entre esas horas. No tiene ni cuentas bancarias a su nombre. Ni una nómina. No está dado de alta como autónomo. Parece que vivía del sueldo de ella.

—Bueno, igual tenía ahorrado de cuando ejercía el oficio de *killer*. Los asesinos cobran bien.

—Sí, quizás. El caso es que el hombre se ha portado. Todos los vecinos destacan cómo la ha cuidado desde que la diagnosticaron ELA.

—Pero él la ha matado ¿no es así?

Sí, la asfixió. Pero parece que estaban de acuerdo.

“Y luego nos dejó su historia, para que la conociéramos”, pensó Itziar.

—Tenemos ya el dinero en efectivo requisado y hemos pedido información al SEPBLAC, por si pueden seguirle la pista —añadió Amaia— aunque no confiamos en ello.

—De todas formas, hay que intentarlo. A ver si podemos dar con el que le ha contratado. Ese es el importante —aseguró Xabier.

Itziar estaba de acuerdo. La reunión se terminó y fue a buscar a Arantza.

Después de comer deberían visitar a O'Connor. Habían concertado una cita con el antiguo socio de Borja en el Edificio Albia para las cinco de la tarde.

\* \* \*

Itziar estaba inquieta. No había podido hablar con Paco; tenía el móvil fuera de cobertura. También le costó localizar a Arantza. ¿Qué estaría haciendo esa mañana? Para relajarse decidió leer un rato hasta la reunión con O'Connor. Escogió “Orgullo y prejuicio” de Austen. El ingenio de la novelista nunca la aburría. Consiguió reírse

un rato con las descripciones irónicas de la novela y se presentó en la entrada del Edificio Albia un poco más animada.

Arantza ya la estaba esperando. No le preguntó por lo que había hecho esa mañana.

Les abrió la misma secretaria que las atendió en la visita anterior. Esperaron en una salita bastante más modesta que la que ocuparon entonces. O'Connor les hizo esperar quince minutos.

—Ya empezamos. Estos pijos son inaguantables —comentó Arantza.

En ese momento la rubia se presentó y las acompañó al despacho del jefe.

—Don Patricio, las visitas que esperaba.

—Las que hemos esperado somos nosotras —le cortó Arantza— está usted hablando con dos agentes de la Ertzaintza, que están tan ocupadas como usted. Ya imaginamos que es un hombre ocupado.

Patricio O'Connor aparentaba unos setenta años. Conservaba todo su cabello, inmaculadamente blanco, y lo peinaba hacia atrás. Sus ojos, de un azul intenso, observaron con curiosidad a Arantza.

—Ya pueden perdonar —don Patricio se levantó y salió a recibirlas mientras ensayaba la mejor de las sonrisas— la visita anterior se me ha complicado. No ha habido manera de acabar antes. Están acusados de delito fiscal. Creo que Hacienda da más miedo que ustedes. Son mucho más agresivos ¿desean beber algo: café, agua o té?

—Un botellín de agua no vendría mal, gracias.

—Ustedes dirán. Imagino que vienen a hablar de mi exsocio. Lamenté mucho su muerte. Ha sido una tragedia.

—Pues no le vi por el funeral —comentó Arantza— ni a usted ni a sus amigos.

—Bueno, ustedes entenderán. Borja era un apestado. Cruzó todos los límites. Pero no he deseado su muerte. Ni yo ni ninguno de mis amigos.

—Ya. Ustedes se conforman con la muerte social. De todas formas, usted es penalista. Y no le sorprenderá que dentro del

protocolo de investigación pueda incluso ser considerado sospechoso de su muerte.

—No, nada me sorprende de la policía. Pero les voy a ahorrar trabajo. Soy inocente y estoy dispuesto a informarles de todo lo que sé de Borja. Respetando el secreto profesional, por supuesto.

—Por supuesto; o sea, que no nos va a contar nada.

—Prueben ustedes.

—Hace unos días estuvimos con uno de sus empleados —comenzó Itziar— Abelardo Formica.

—¡Ah! El bueno de Abelardo. Ya no trabaja aquí.

—Una lástima. Era una persona discretísima —Arantza sonrió— él nos informó del pequeño escándalo.

—Bueno, creo que ya les contó todo ¿no? Una pena lo de Borja. Entenderán que no podía seguir en este despacho. Me costó mucho tomar esa decisión. Su padre fue un gran amigo mío.

—Creo que él contaba una historia diferente.

O'Connor perdió la sonrisa.

—¿A qué se refiere?

—Él se quejaba de que usted le había tendido una trampa.

—Una trampa. ¿Y por qué coño, con perdón, iba yo a tenderle una trampa?

—Quizás necesitaba librarse de él. No me parece descabellado.

—Mire, señorita, inspectora, o lo que sea. Borja era un toxicómano y un adicto al sexo. Me pone nervioso hablar de esto, pero era así. Aquel escándalo, jamás lo hubiera esperado de uno de mi clase.

—Pues creo que usted también tiene cosas que ocultar.

O'Connor se sobresaltó. Contestó con sequedad.

—Mire, señorita...

—Suboficial.

—Mire, suboficial, no me gusta lo que insinúa. Si tiene algo contra mí, ya sabe cómo funcionan estas cosas. Me lee mis derechos y yo me busco un abogado. Si no es así, creo que esta reunión se ha terminado.

—Esta reunión no se ha terminado. Sabemos que Borja le chantajeaba.

—¿Pero qué dicen?

—Y usted pudo contratar al *killer*.

—Miren, yo no tengo nada con lo que puedan chantajearme. No ando con mujeres, no me drogo, eso lo hacía él. Yo sólo trabajo y cumplo con la ley. No tengo doble vida. No puedo ser objeto de chantaje.

—Y si usted no ha sido —intervino Itziar— ¿no conoce algo que pueda ayudar a la investigación?

Patricio O'Connor miró hacia Itziar y se tomó unos segundos antes de contestar.

—Creo que hay algo que puede interesarles. Borja, tras abandonar este bufete, empezó a torcerse. Ya habrán conocido el tipo de clientes que tenía. Necesitaba dinero y no le bastaba con su trabajo. Por eso cruzó la línea.

—¿Qué quiere decir?, ¿cometió algún delito?

—Sí. Bueno, no ha sido acusado, pero yo lo sé porque afectó a un amigo mío.

—¿Qué tipo de delito?

—Estafó a Pérez de Olivar, Alfredo Pérez de Olivar, un amigo común.

—¿Conoce los detalles?

—Más o menos. Alfredo contaba con un dinero para invertir. Borja le aconsejó entrar en una sociedad de Burgos, que parecía realmente boyante. Fueron los dos a visitar las oficinas, que estaban junto a la catedral y a Alfredo le pareció que entrar en esa sociedad, que se dedicaba al asesoramiento integral de empresas y que tenía contratos incluso con la Administración, era un chollo.

Dos meses después, la empresa había desaparecido, y su dinero también. Investigó por su cuenta y descubrió que las oficinas habían sido un mero decorado contratado para unos días. No consiguió averiguar quién estaba detrás del montaje, pues topó con

los inevitables testafierros, pero desde entonces está convencido de que Borja estaba en la jugada.

—Y por esa razón, pudo encargarse de su muerte, según usted.

—A tanto no llego, pero se lo he contado porque creo que debían conocer ese hecho.

—Mire —Arantza se levantó— gracias por la información. No se preocupe. Hablaremos con el tal Alfredo y le informaremos de que un gran amigo suyo, o sea usted, nos ha contado eso.

—Oiga, no tienen por qué involucrarme a mí.

—Pues yo creo que es lo que debemos hacer. A ver si su amigo se anima a contarnos algo contra usted. Está claro que oculta algo y, tarde o temprano, saldrá a la luz.

—¿Cómo se atreve?

—No se preocupe. Por hoy hemos acabado. No hace falta que la rubia nos acompañe —Arantza salió dando un portazo.

—Será sabandija ¡Joder! —comentó, ya en el ascensor— este tío oculta algo. Y quizás Borja tenía razón y sí que le tendió una trampa.

—Sí, creo que algo saldrá. De todas formas investigaremos también a Alfredo.

—Sí, eso no me lo pierdo. Me voy a dar el gustazo de mostrarle los amigos que tiene. Esto sólo pasa en Neguri.

\* \* \*

Iñigo sale del Eire. Lleva la mochila. Yo estoy enfrente, en la acera, un poco alejado. Miro el escaparate de una tienda de lencería. Lo que hay que hacer.

Son las doce del mediodía. Hasta hace un rato he estado con el periódico, sentado en la terraza del bar de la esquina. Primero he desayunado. Después he ido de paseo. Esta calle de Deusto es muy tranquila. Luego he vuelto. He tomado una caña con un pincho de tortilla y he leído el periódico. La verdad es que es un gimnasio muy chulo. Abren a las ocho. Y no cierran hasta las diez de la noche. Por la mañana ha venido poca gente. Algún estudiante,

alguna mujer y los profesionales: tíos enormes esos culturistas. Me imagino que entran y no saben salir. Desde luego estarán muchas horas para ponerse tan fuertes. Y la de mierdas que se meterán.

Dejo que Iñigo se aleje. No es bueno que nos vean juntos. Mi primo sube hacia el metro. Yo voy andando por Botica Vieja y cruzo el puente Euskalduna. Nos vemos en el Toledo. Ya no sé qué tomar. Pido un cortado.

—¿Qué tal?, ¿algún problema?

—No. He dejado el sobre y ya he empezado a hacer amigos, aunque hay poca gente. Me han dejado subir a la sala de los monstruos, para ver. Impresiona.

—¿No estáis todos juntos?

—¡Qué va! Yo estoy en la sala de la gente normal. Ocupa la mitad que la otra. Están en distintos pisos. En mi planta está el despacho del gerente. Y creo que ya sé a quién hay que seguir.

—Dime.

—¿Has visto entrar a un tío pequeño, con el pelo rojo?

—Sí, un zanahorio. No parecía deportista.

—No, se ocupa de las toallas, de la fregona y cosas así. Pero hay algo extraño: entra en el despacho del gerente cuando quiere.

—¿Quieres que le siga?

—Creo que sí. Mañana lo comentamos con Arantza. No me extrañaría que fuera el que está ocultando a Uriah. Tenemos que enterarnos por dónde se mueve.

—Vale, esta tarde lo sigo.

—Pero con cuidado.

—Joder, primo, confía en mí.

## *Día decimoquinto desde la fuga: miércoles*

—¡Uriah! ¡Cállate!

—Yo quiero a los niños, yo los amo, soy uno de ellos.

—¡Hijo de puta, hijo de la gran puta! ¡Tú no pones las reglas, tú estás muerto, cabrón! —gritó Arantza, y disparó.

Un ruido infernal despertó a Itziar, con una sensación de náusea, como si hubiera vuelto a tocar con los labios los sesos del muerto.

Se despertó llorando, con el pijama empapado. Eran las cuatro de la madrugada. Decidió que el sueño era imposible, al menos en ese momento, fue a la ducha y tomó un vaso de leche caliente con un orfidal.

A las seis de la mañana Itziar al fin se sumió en un sueño profundo, que fue interrumpido por el sonido del teléfono móvil a la ocho y media. Era Begoña, la secretaria de Xabier. “Mierda, otro asesinato” pensó la oficial. Por suerte, estaba equivocada; Begoña le avisaba de que tenía que estar a las diez y media en el gimnasio Eire, de Deusto, ya que el Juzgado acababa de cursar la autorización para la entrada y registro de la taquilla que Borja tenía en el gimnasio.

Itziar se dio de nuevo una ducha para despejarse, desayunó con calma, mientras observaba distraídamente los programas de televisión matutinos. Intentaba olvidarse de Uriah y también de las ceremonias del dios ciego, que tanto la intranquilizaban, pues necesitaba una cabeza fría y clara para seguir trabajando en el caso.

Estaba segura de que en la taquilla iban a encontrar información importante, ya que Borja se había tomado demasiadas molestias en su ocultación. Se preguntó qué podría esconderse allí. No tenía muy claro si iba a ayudar a la resolución de la muerte de Borja o, como seguro que prefería Arantza, les serviría para la captura de Uriah. Ella también deseaba librarse de la amenaza del irlandés. Se

preguntó si la guerra por el control de la heroína entre los dos clanes, que parecía inevitable, podía ayudar a que Uriah desapareciera. Lo que tenía claro era que la posición de Iñigo y Jon era peligrosa. Debería avisarles de que estaban en medio de una guerra, convencerles de que debían hacerse a un lado. Tras el registro del gimnasio de los irlandeses, Iñigo y Jon deberían ser relevados del caso Uriah. Creía que estaban marcados, que estaban ya al descubierto.

No tenía ninguna duda de que Arantza, en esas escapadas misteriosas, lo que hacía era entrar en contacto con sus compañeros y dirigir la búsqueda de Uriah. Los métodos poco ortodoxos de su amiga solían funcionar, pero en este caso ella tenía una intuición negativa: no iban a salir indemnes de esta aventura. Alguien, o todos, iban a sufrir.

La actitud de Arantza era extraña. Estaban a punto de conocer el contenido de la taquilla de Borja. El día anterior, a la salida del Edificio Albia, las ertzainas tomaron un café en el Antzokia e Itziar aprovechó para hablar de ello. Le sorprendió el poco interés que mostró su amiga. Parecía como si ya conociera el contenido de la taquilla y supiera que allí no había nada referente a Uriah. Este convencimiento la inquietó; eso sólo podía significar una cosa: que Arantza había tenido acceso a la taquilla de forma ilegal. Y suponía que Iñigo y Jon habían sucumbido a los métodos heterodoxos de Arantza y estaban fuera de control. Intentó desechar esa idea, intentó convencerse de que todo eran imaginaciones suyas, causadas por el pesimismo que se había instalado en ella en los últimos días.

De todas formas, dentro de poco lo sabrían. Quedaba ya sólo una hora para el registro del gimnasio. Ojalá en aquella taquilla encontraran la pista de Uriah, la única manera de que las pesadillas de los últimos días desaparecieran.

Como ya estaba preparada, se acercó a Deusto paseando, ya que el tiempo acompañaba: era un día soleado y frío. Itziar recorrió la calle Licenciado Poza y se cruzó con gente apresurada y con



niños y niñas camino del colegio, arrastrando sus mochilas con ruedas como si fueran turistas paseando.

Llegó al Sagrado Corazón y bajó por el puente Euskalduna. Sabía que el gimnasio estaba en la parte baja de Deusto, cerca de la ría. La zona de Zorrozaurre, que llegó a estar muy degradada tras la crisis industrial de los setenta, ahora estaba presidida por el imponente edificio de la clínica del Iguualatorio, recientemente inaugurado.

En medio del puente, como le sobraba el tiempo, se asomó a la barandilla de la derecha para detenerse a contemplar una de las vistas más espectaculares de Bilbao. De un solo vistazo se abarcaba el palacio Euskalduna, la torre Iberdrola y el Guggenheim. En la otra ribera se veía la Universidad de Deusto y otros edificios de estilo tradicional, que contrastaban con el conjunto de elementos vanguardistas que habían crecido alrededor del museo de Gehry. Esa vista resumía el cambio que había sufrido la ciudad, antes un núcleo industrial, ahora una ciudad de servicios que competía por los turistas con otras ciudades del norte.

Itziar continuó la marcha bajando por unas escaleras metálicas en espiral y se dirigió hacia el Mesón La Tortilla, cercano al gimnasio y donde le esperaban sus compañeros. Al entrar reconoció a la secretaria del Juzgado, que tomaba un café con Xabier y en la otra mesa localizó a Arantza, acompañada de las agentes de la Científica.

Saludó a todos y declinó tomar nada, pues había desayunado copiosamente.

—Bueno —dijo Xabier— vamos para allá.

El Eire estaba situado en la calle Jon Arrospide, una de las paralelas a la calle Morgan. El gimnasio ocupaba un edificio entero de tipo industrial, que había sido adaptado a su nueva finalidad. Le sorprendió el dinero que tenían que haber invertido en la reforma. Conservaba la fachada industrial, de paredes metálicas con grandes ventanales, pero habían eliminado todas las señales de corrosión. La puerta de entrada, aunque conservaba una persiana metálica

que seguramente serviría para asegurar el cierre del gimnasio todas las noches, era nueva y constaba de dos hojas de cristal que se abrían de forma automática al visitante. Dentro les esperaba un mostrador en el que dos azafatas les recibieron con una sonrisa. Esa sonrisa se borró cuando Xabier y la secretaria judicial entregaron la orden de registro e iniciaron la entrada.

En ese instante un coloso de unos cincuenta años, con el cráneo pelado y la misma pinta de irlandés que su amigo el comisario Alex Redman, pero con veinte o treinta kilos más de músculos, que vestía un traje beige amenazado de romperse por las costuras, les saludó con gesto ceñudo. Iba acompañado de otros dos gorilas enormes, también culturistas.

—¿Qué pasa aquí? Tengo los permisos en regla.

—No se preocupe —le contestó Xabier— es una orden de registro limitada a las taquillas del vestuario.

El gigante echó un vistazo al escrito que le entregó la azafata y, con un gesto de su brazo, les indicó el camino. Pidió que le enseñaran la llave y asintió con su enorme cabeza.

—Sí, es una llave de las taquillas. Están en el tercero. Tenemos ascensor.

Subieron en un montacargas panorámico con las paredes transparentes, lo que les permitió ver las dos primeras plantas mientras subían lentamente. En la primera había un gimnasio tradicional con diversas salas. Se veía a un grupo grande haciendo *spinning* y a hombres y a mujeres practicando con pesas y mancuernas.

La segunda planta era mucho más espectacular. Era una sala enorme, sin ningún tabique de separación y llena de espejos, donde gigantes musculados levantaban pesas increíbles y otros, con la piel brillante por algún tipo de aceite, casi desnudos, ensayaban posturas de concurso. Itziar observó que había pocas mujeres, pero las que había también impresionaban por el tamaño de sus músculos.

—Esta es la sala de ensayo para culturistas —comentó el gerente— estoy muy orgulloso de ella. La mejor de Europa, *indeed*.

Nadie comentó nada. Todos miraban embobados a la sala mientras el ascensor subía muy despacio, con la finalidad evidente de que todo viajero se quedara observando a aquellos deportistas. El paraíso de Narciso, pensó Itziar.

Cuando llegaron al tercero, el director del gimnasio entró primero con Xabier para ver si el vestuario masculino estaba vacío. Enseguida volvieron por las mujeres. La taquilla de Borja estaba al fondo junto a unos bancos fijos donde podían sentarse los usuarios para cambiarse de ropa. Muchas taquillas estaban cerradas.

—Estas son las taquillas permanentes —señaló— se rentan independientemente de la tarifa.

La taquilla de Borja era la número trece. Xabier introdujo la llave. Amaia se preparó para fotografiar el interior y la secretaria sacó su cuaderno de notas.

El contenido de la taquilla no parecía gran cosa. Un sobre tamaño DIN-A4, de color marrón, que contenía unos documentos. Antxe extrajo el sobre después de ponerse guantes en las manos y lo introdujo en una bolsa de plástico, tras haber sido fotografiado por Amaia.

Las dos agentes de la Científica, con una potente linterna, examinaron concienzudamente el interior del armario.

—No hay nada más —dijo Antxe.

Ella y Amaia procedieron al sellado de la taquilla. La secretaria entregó al gerente una diligencia firmada por ella y los policías y volvieron al ascensor, todos en completo silencio.

Al bajar, observaron que se había abandonado la actividad deportiva en las plantas. Se veían grupos de deportistas que charlaban y miraban hacia los policías.

Itziar se dirigió a James O'Malley.

—Supongo que se habrá enterado de la muerte de uno de sus clientes, Borja Pérez de Martingala. Murió asesinado hace unos días.

—Sí, yo conocí su muerte. Pero me enteré ayer, yo estoy fuera: un viaje por Europa.

—Supongo que pensaba avisar a la policía de que había una taquilla a su nombre.

—Sí, claro, nosotros no queremos problemas. Iba a preguntar a mi abogado.

Itziar no hizo ningún comentario, a pesar de que sabía que Borja podía ser uno de esos abogados.

Los agentes de la científica, la secretaria y Xabier se despidieron y sólo permanecieron Arantza e Itziar, pues el gerente había accedido a contestar a sus preguntas ese mismo día.

O'Malley las recibió en su despacho. Confirmó que conocía personalmente a Borja, aunque de una manera superficial. Sabía que era abogado, pero no habían necesitado de sus servicios, ya que ellos no tenían problemas judiciales. No sabía precisar cuáles eran las amistades de Borja en el gimnasio, pero no era culturista. Tenía una ficha de cliente normal y seguía un programa de cardio y otro de pesas. Nunca había llamado la atención por nada en especial, era un cliente más y nada sabían de su vida personal. Como ya había declarado, se enteró de su muerte el día anterior y no se acordó en ese momento de la taquilla, aunque pensaba que allí no podía haber nada importante. Le sorprendió que encontraran un sobre con documentos; lo normal era hallar toallas y chancletas u otras prendas deportivas, ya que aquello era un gimnasio, no una oficina.

A Itziar le pareció que mentía. Estaba convencida de que la relación de Borja con aquella banda era estrecha y que aquellos irlandeses tenían escondido a Uriah, pero no podían preguntarlo directamente. Arantza parecía pensar lo mismo, por el tipo de preguntas que hizo. Estuvo especialmente agresiva cuando preguntó por el tráfico de anabolizantes y otras sustancias. James negó toda relación con ese tráfico, aunque concedió que algunos clientes podrían estar consumiendo drogas para aumentar su musculatura. Pero nosotros no somos policías, concluyó. El gerente

era un veterano que no temía a la policía. Alex Redman les informó que había estado fichado en Irlanda, por nada demasiado importante, aunque se sospechaba que había formado parte de una banda y que más de una vez había participado en violentas peleas callejeras. Resultaría difícil sacarle algo de provecho.

Arantza se cansó pronto del juego de preguntas y amenazas, lo que sorprendió a Itziar. Esta tenía la sensación de que ella era la única de los tres que no conocía el contenido del sobre marrón. Tuvo la certeza de que no iban a encontrar nada sobre Uriah o los irlandeses, y eso lo deducía de la actitud algo indolente de Arantza y de la tranquilidad que mostraba el irlandés.

Cuando salieron del gimnasio fueron hasta el Golf de Arantza y se dirigieron hacia Erandio. Itziar no se atrevió a comentar sus sospechas. Sólo dijo que estaba ansiosa por conocer el contenido del sobre. Su amiga le contestó que no podía tener gran interés, porque estaba segura de que aquel hijoputa había revisado la taquilla antes que ellas.

Arantza tenía razón: el sobre abierto, con las fotos que contenía, las esperaba en la mesa de la Científica. Las fotos eran de O'Connor, desnudo en distintas posturas sexuales de sumisión con diversos culturistas. Aquello era todo.

\* \* \*

—Arantza, creo que debemos volver al Edificio Albia.

—Sí, a ver qué nos explica ahora el honesto Patricio. El otro día había miedo en sus ojos. Seguro que espera nuestra visita.

Fotografiaron las pruebas con sus móviles y se dirigieron a Bilbao. Eran las doce y media y el tráfico de entrada a la ciudad era fluido, por lo que en cuarenta minutos estaban llamando al despacho de O'Connor.

La rubia de siempre les dijo que el señor O'Connor estaba ocupado.

—No te preocupes —dijo Arantza— ya verás qué pronto nos atiende. Dile que hemos descubierto su afición al culturismo.

En un minuto, la secretaria las acompañó al despacho de O'Connor, quien las esperaba de pie ante la puerta. Les señaló un juego de sofás situados a la derecha de la mesa de trabajo y las invitó a sentarse.

—Ustedes dirán —Patricio O'Connor no sabía hacia dónde mirar.

—Creo que el otro día no nos dijo la verdad.

—Bueno, ustedes me preguntaron por Borja y yo les conté lo que sabía. Incluso les di alguna pista.

—Sí, alguna pista para despistarnos. Usted no ha sido sometido a chantaje. Todo lo que hace es honorable. No tiene nada que ocultar —Arantza le mostró las fotos en el móvil. O'Connor se observaba a sí mismo horrorizado— supongo que no tendría problema en que su mujer y sus amigos conocieran esta afición suya a los músculos de los demás.

—No conocía estas fotos, créanme. Es usted cruel, entiendo que está realizando una investigación de asesinato, pero lo que hace usted en este momento no lo hace por la investigación, lo hace porque odia a los de mi clase.

Itziar intervino:

—Sí, estamos buscando la verdad, aunque a veces la verdad sea incómoda. Pero mi compañera tiene razón. Usted nos mintió el otro día. Nos dijo que no era vulnerable a ningún chantaje.

—Sí, reconozco que en eso les mentí. Pero también les digo que Borja no me estaba sometiendo a chantaje, yo no conocía la existencia de esas fotos. Me han tendido una trampa y no sé cómo salir de ella —Patricio O'Connor empezó a llorar ruidosamente.

—Cálmese —Itziar se acercó y le tendió un pañuelo de papel— nosotras no somos chantajistas, lo que queremos es llegar a la verdad y atrapar a quien pueda haber ordenado asesinar a Borja. Comprenderá que usted es sospechoso, ya que estas fotos se han encontrado en poder de la víctima y apuntan hacia usted. Ya sabe sus derechos —Itziar se los recordó— y ahora puede seguir hablando o puede requerir la presencia de un abogado.

O'Connor se repuso, dejó de llorar y se dirigió a Itziar.

—Estoy dispuesto a contestar a sus preguntas. Yo no he asesinado a Borja ni he encargado su muerte. Yo no conocía esas fotos. Estas dos afirmaciones son ciertas, no les miento. Reconozco que en otras cuestiones me aparté de la verdad. Pero lo hice por miedo. Tengo miedo al escándalo, tengo miedo a la reacción de mi gente. No hago nada malo. Lo que soy no debería avergonzarme. Pero sé que no puedo darlo a conocer a los que quiero. Y también les digo que si Borja hubiese aparecido con esas fotos yo le habría pagado, siempre he estado dispuesto a pagar. Pero jamás he encargado un asesinato.

—Empecemos de nuevo entonces. Ayer comentamos que Borja estaba convencido de que usted le había tendido una trampa. Usted se escandalizó y lo negó. Creo que nos mentía.

O'Connor meditó unos segundos.

—Tiene razón, Borja tenía la sospecha de que le tendí una trampa y estaba acertado. Pero eso no tiene nada que ver con su muerte. Yo ya estaba harto de su comportamiento. Se drogaba, tenía loca a mi secretaria, que cada vez era más descarada, y estaban minando mi autoridad. Lo único que hice fue aprovechar sus debilidades. Contraté a otra secretaria. Realmente era una prostituta de lujo. Y, como esperaba, pronto se les pilló a los tres y tuve una razón para despedirlos. Quería librarme de los dos, de Borja y de Elena, por mi bien y por el bien del negocio. Fue así.

—Borja era vulnerable por sus costumbres y usted se aprovechó y le tendió una trampa. ¿Sabía su ex-socio que usted también tenía sus debilidades?

—No puedo decirlo. He ocultado celosamente mis preferencias sexuales. Jamás he dado un paso en falso con los de mi clase; siempre he contratado profesionales como los que ha visto en esas fotos. Pero quizás Borja lo intuía. O mi secretaria. Aunque, créanme, en ningún momento, mientras trabajábamos juntos, me lo insinuó. No fui sometido a ningún chantaje por su parte. La trampa que le tendí nada tiene que ver con eso. Si llego a saber que él tenía elementos para someterme a chantaje, jamás le habría despedido.

Habríamos llegado a un acuerdo monetario, seguro. No es por jactarme, pero tengo fortuna suficiente como para afrontar algo de ese estilo.

—Estamos seguras. Respecto a esas fotos ¿qué puede decirnos?

—No sé si serán las únicas que han conseguido, pero son las primeras que veo. Y son muy recientes, eso seguro.

—No son, pues, de la época en que él trabajaba aquí.

—No, imposible. No pueden tener más de dos meses. Antes de esa época yo no conocía a esos chicos.

—¿Cómo contactó con ellos? Son todos culturistas ¿tiene usted preferencia por ese tipo de cuerpos?

—No, ese mundo es nuevo para mí. No sé si conocen: hay un gimnasio en Deusto.

—Sí, el Eire. Borja lo frecuentaba.

—Ya, ahora lo veo. Esta vez la trampa me la tendió él.

—Explíquese.

—Sabrán que actualmente hay muchas redes de contactos en Internet, tanto para heterosexuales como para homosexuales. Yo suelo visitarlas. Y cuando los proveedores de servicios conocen tus gustos, llega la publicidad. Hará como tres meses me inundaron con publicidad relacionada con el culturismo. El canal no era el típico. Me llegaban a mi e-mail profesional. Fui tan tonto que caí. Los mensajes parecían asépticos pero tenían cierta ambigüedad.

—¿A qué se refiere?

—Parecían propaganda normal de gimnasios y dietas para culturistas. Pero las fotos eran muy sugerentes, o al menos a mí me lo parecían. Empecé a obsesionarme con ese tipo de belleza y contacté con los teléfonos que me indicaban. Ahora pienso que Borja descubrió mis tendencias y me tendió una trampa. Él contrataría a esos chicos, ahora lo veo.

—¿Cómo se explica que Borja conociera que usted era gay?

—No lo sé. Pero no es difícil de imaginar. Los penalistas trabajamos habitualmente con detectives. Si él estaba obsesionado



con la idea de que le había tendido una trampa, seguro que contrató a alguien para que me siguiera. Y, aunque soy muy discreto, si pones la lupa, descubres lo que hay.

Tenía sentido. Itziar recordó cómo había intentado contratar a Goiko para ese trabajo. Al final se lo propondría a los irlandeses.

—Y dice usted que no conocía esas fotos.

—Lo juro. Cuando el otro día ustedes me insinuaron un chantaje yo no les mentí. No he sufrido nunca un chantaje. Pero confieso que sentí miedo. Pensé que quizás Borja había estado preparando algo, como así ha sido. Pero no tuvo tiempo, por lo que pueden ver.

—Ya —intervino Arantza— hemos de tragarnos que usted no tenía motivos para matarle porque aún no conocía esas fotos.

—Exactamente.

—Y nos asegura que tampoco hay fotos anteriores a estas.

—Así es.

No preguntaron más. Itziar se levantó del sofá con intención de dar la reunión por terminada, pero Arantza no pudo reprimirse:

—Por su bien, espero que esta vez no nos mienta.

—No lo hago; de verdad.

Abandonaron la oficina. En el ascensor Itziar le preguntó a Arantza su opinión.

—Me jode reconocerlo, pero le creo. Aunque debe seguir en la lista de sospechosos. Puede incluso que haya ordenado la ejecución de Borja por otra razón que aún desconocemos. Como él ha dicho, el dinero no es problema. O'Connor puede pagar al mejor.

Itziar asintió. También había creído al abogado. Pero no podían borrarlo de la lista y todos sus bienes y cuentas corrientes estaban ya siendo investigadas por la Unidad de Delitos Económicos.

\* \* \*

Cuando Arantza se enteró de que debía acompañar a Itziar a San Francisco para hablar del pasado heroinómano de Borja con el confidente de Miguel Fabretti, intentó escabullirse con una excusa. Itziar estalló:

—Mira, no puedo más. Dices que tienes trabajo de oficina; lo que hay que oír. Otra vez te has citado con Iñigo y Jon. Estoy harta. Como no les dejes en paz, hablo con Xabier.

—No me jodas, Itzi. Están muy cerca ya. Uriah está maduro. Sólo te pido dos días, y luego, si quieres, vas donde Xabier.

—No sé. Nuestros compañeros empiezan a correr un grave riesgo. Y nosotras también. No siempre se puede ir por libre, y saltarse la ley es peligroso.

Arantza abandonó la sonrisa.

—¿A qué te refieres?

—Joder, debes de pensar que soy idiota —gritó— tú sabías lo que había en esa taquilla.

Su amiga asintió con la cabeza.

—Vale, tienes razón. Pero lo hice porque estaba segura de que los irlandeses abrirían la taquilla por si había algo contra ellos. Y ya ves que no hemos llegado a tiempo.

—Puede que tengas razón, pero tampoco tenemos la certeza absoluta.

—¿Qué mejor sitio para guardar esos documentos que en la misma guarida del lobo?

—El caso es que no estaban. Y has cometido un delito para nada. Y quizás Iñigo y Jon estén en peligro por tu culpa. Puede que las cámaras hayan grabado a Iñigo cuando se llevaba el sobre y cuando lo devolvía.

—Ya lo he pensado, ya. Dame sólo un día. Si no conseguimos nada, llamamos a la caballería. Aunque el problema es que no tenemos nada que los relacione con Uriah. Y un juez no nos permitirá ni seguimientos ni escuchas.

Itziar reflexionó. Su amiga tenía razón.

—El viernes Xabier y yo tenemos que conocerlo todo.

—Chócala —Arantza sonrió.

—Y ahora me acompañas donde el yonqui.

Arantza asintió, pero estaba claro que la idea no acababa de gustarle.

El Muesca llevaba años trabajando para Miguel Fabretti. Debía de andar por los sesenta años. Andaluz, llegó a Bilbao cuando era joven y jamás trabajó en nada honrado: puticlubs, venta de armas, juego. Acabó de traficante, pero por libre, fuera de los clanes establecidos. Empezó con farlopa y tripis y no probaba la mercancía. Su regla era la regla de oro de los dealers. “Nunca te coloques con la mercancía que vendas”, pero las reglas están para romperlas, y recaló en el negocio de la heroína y acabó pinchándose. “No te asustes cuando lo veas —le precisó Fabretti— está totalmente consumido, es como una momia, pero la cabeza le funciona. Y es mi mejor informador. Nada que huelga a caballo se le escapa”.

El Muesca cubría la calvicie con una gorra madrileña que le quedaba grande. Por la nuca le asomaban unos pelos grises. Era muy moreno y había perdido todos los dientes. La dentadura postiza, posiblemente comprada de segunda mano, no encajaba perfectamente en su boca y a Itziar le pareció estar saludando a una calavera. Su cuerpo menguado, cubierto por un vaquero andrajoso y una camisa azul de manga larga que tapaba completamente unos brazos, que Itziar supuso acribillados de pinchazos, exhalaba un aroma dulzón no del todo desagradable.

Se levantó en cuanto vio entrar a Itziar y se acercó con pasitos vacilantes para saludarla, cuando de repente, se frenó bruscamente.

—Me cago en la puta y todas sus hermanas, las vírgenes incluidas. No puede ser. Arantza, Arantzita, Arantza, la giputxi resucitá ¿de dónde sales tú, drogota?

—Hola, Muesca, cuánto tiempo.

Itziar miró a su amiga demandando una explicación. Arantza forzó una sonrisa y se acercó a la barra.

—Decidme qué queréis. Invito yo.

Se sentaron los tres en una mesita a la izquierda con tres blancos de Rueda.

—Yo no soy mucho de comer —dijo Muesca— pero el pulpo de aquí es mítico.

Pidieron una ración. Excelente. Muesca casi no la probó. Comieron en silencio.

—O sea que ertzaina, Arantzita. Ertzaina tú, la más dura. Creía que se te había llevado el vendaval. Cayeron casi todos, ya lo sabes. Quedamos unos pocos zombis y todos jodidos.

—Sí, ya supongo —contestó Arantza— y siguió comiendo el pulpo.

—¿Te acuerdas de Asís Romerales y del Arturo?

—No.

—Joder, pues Asís es famoso, tía. Y yo no les veía mucho futuro ¿eh? Dieron algún palo, se piraron para Barcelona. Por el camino se cargaron a uno en una gasolinera. Y Arturo estuvo en el atraco del Popular. Casi todos muertos.

—Mejor así.

—Pero ellos no. Acabaron en el trullo. De Arturito no he sabido más. Pero a Asís le emplumaron lo de la gasolinera.

—Ya.

—Se encoñó de una puta rusa y le dio por leer esos tochos gordísimos de los rusos. Y ahora ¿a que no sabes?

—¿Qué?

—Es escritor, joder, escritor. Arantzita policía y el Asís intelectual. ¿Quién me lo iba a decir?

—Ya ves, tres triunfadores. Porque tú tienes también muy buen aspecto, Muesca. Pero vale ya de cháchara. A Itziar no le interesa toda esta mierda que te traes. El pulpo está bueno y todo eso, pero venimos a hablar de Borja, ya lo sabes.

—Sí, Borja. Vaya historia, Arantzita.

—Arantza, si no te importa.

—Vale, Arantza, señora inspectora —Muesca empezó a reír de forma convulsiva.

Arantza le agarró el brazo y se lo apretó con violencia.

—¡Joder, haces daño!

—Pues deja las tonterías y vamos al grano. Borja Pérez de Martingala, abogado y pijo, también heroinómano. ¿Qué nos

cuentas?

—Ya no le da al caballo ¿qué pasa con él?

—Que está muerto.

—¡Joder! ¿Sobredosis?

—Sí, de tiros. Una bala en la cabeza. No me jodas. Vives por aquí y no te has enterado ¡vaya confidente!

—Oye, habla bajito, que por aquí tengo un prestigio que cuidar. Sí: oí lo del muerto, pero me cogió en una época chungu y no pregunté. No sabía que había sido él. Joder, qué yuyu ¿hay peligro?

—Para ti no. No creo que nadie pague por borrarte a ti del mapa.

—Tienes razón, Arantzita; perdón, inspectora.

—Vale ya y cuenta lo que sepas de una puta vez.

—Borja se metió en esto hará un año, más o menos. Ya sabes, era un tío que controlaba toda esa mierda. Farlopa, tripis, todo guay.

—Ya ¿y cómo llegó al jaco?

—Necesitaba pelás y acabó defendiendo a narcos y a camellos. Libró a alguno del trullo y empezó a hacer amistades por el barrio. Y, ya sabes, una cosa lleva a la otra. Al final casi nadie separa los negocios de la juerga, y acabó enganchado. Eso sí, siempre guapo, no creas, venía con una chorba diez, una rubia de la hostia, más colgada que el hijo de la Faraona, compraban, se metían y adiós, hasta la próxima. Al final casi no salían del barrio.

—Dices que se enganchó hace un año —intervino Itziar— pero parece que salió fácil.

—Claro, joder, vaya susto. Si me pasa eso, yo también me salgo. Y mira que me gusta, y no me sienta tan mal.

—Ya, eres la salud en persona.

—No creas, otro escritor, un yonqui pijo, americano creo, dijo que la heroína, si tienes pasta, es lo mejor. Te mantiene joven y feliz. Los problemas vienen cuando eres pobre.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Itziar—. ¿Por qué se asustó? ¿Le detuvieron? ¿O fue cuando le cortaron el meñique?

—¿Sabíais eso? Vaya, veo que haces bien tu trabajo, Arantzita. No, nada que ver. Para entonces ya estaba limpio.

—¿Se sabe quién le cortó el dedo?

—Fue un accidente —Muesca sonrió—. Ya sabéis, hay cosas que siempre, por cojones, si quieres seguir con tu vida, has de decir que son accidentes.

—Ya; pues volvamos al susto.

—Sí, el susto se lo dio la chorba, la tía esa tan buena ¡qué preciosidad! ¿Cómo se llamaba? Beatriz, creo. Beatriz, bonito nombre. Un día vinieron muy abrazaditos y con ganas de juerga. No sabemos por qué fue. Ella se chutó primero. Empezó con convulsiones. Él, a pesar del chute, se puso histérico, gritó y gritó. Cuando llegamos vimos que la abrazaba con todas sus fuerzas, pero ella no regía, los ojos en blanco y venga a temblar, parecía la niña del exorcista. Algo estalló por dentro y, de repente, paró.

—Muerta.

—Sí, fiambre, *kaputt*.

—No llamasteis a la poli, claro.

—¿Estás de coña? Llamé al propietario, vino su gente y resolvieron el asunto en un plis plas. Todavía quedan profesionales, qué coño.

—¿Y Borja?

—Se acojonó que no veas. Pagó lo que le pidieron, estas cosas no salen gratis, y ya no volvió más. Aquello fue mano de santo.

—¿Y el cuerpo de Beatriz?

—Apareció en una esquina. Sobredosis. Yo me acerqué a cotillear. Estaba impresionante. Muerta y todo emocionaba. ¡Joder, qué buena estaba!

\* \* \*

—Sé lo que vas a decir —Arantza miró a su amiga con ferocidad— que creías que era tu amiga, que cómo coño no sé nada de esto, que tú yonqui, esto es increíble, que jamás me cuentas nada, y bla, bla, bla, y bla, bla, bla.

—Más o menos. Pero estoy acostumbrada, Arantza. Sólo que lo de yonqui no me lo esperaba. Todo lo demás ya lo sé, ya sé que no

conozco casi nada de ti. Pero ¡joder! Eres mi amiga. Y si no quieres contar nada, estás en tu derecho. Y siempre seré tu amiga. Te debo la vida ¡coño! Lo sé y lo recuerdo todos los días. Y sé que tu obsesión por Uriah es lo que al final nos salvará, estoy segura. Confío en ti. Pero el viernes vamos donde Xabier. No quiero que esto se te vaya de las manos.

—Gracias —Arantza suavizó su mirada y tocó levemente con la mano el codo de Itziar, mientras caminaban por la Gran vía. Eran la seis de la tarde y las calles rebosaban de compradores y paseantes, con las tiendas abiertas prometiendo el paraíso a todos los clientes. Itziar se acordó del Muesca y recordó también a Uriah Heep y le pareció que habían cambiado de galaxia en sólo quince minutos.

Arantza, ya más calmada, continuó:

—Sólo tenía diecisiete años y una rabia infinita, que no sabría describir, me invadía. Quería olvidar el pueblo, aquella vida miserable y paleta y me convencí de que la vida era eso: beber hasta las tantas, dormir por la mañana, reírme de los bobos y aventura, riesgo y chulería. Y por ese camino, en aquellos años, ya sabes dónde se terminaba.

—Me lo imagino. Oye, Arantza, no hace falta que me lo cuentes.

—No, si no hay mucho más que contar. Fui una salvaje, la más salvaje de todos, pero aquello se desinfló como un soufflé mal hecho. Mi padre enfermó.

—O sea que tenías padre —sonrió Itziar.

—Joder, claro, todos tenemos padres. ¿O qué te crees, que me engendró el espíritu santo? Yo quería a mi padre. Yo era pura rabia y podía acabar de cualquier cosa: yonqui, atracadora, puta o asesina. No creas, lo probé casi todo.

—Incluso podías haber acabado de directora de sucursal en la BBK.

—Incluso eso —rio Arantza— pero mi padre enfermó y volví al pueblo. Tres meses de agonía. Todavía lloro cuando pienso en ello. Lo quería con locura. Sólo le tenía a él. Y él sólo me tenía a mí. Esos tres meses me cambiaron. El cabrón de mi padre me conocía

mejor que yo. Sabía que en Bilbao no hacía nada bueno, pero nunca me lo reprochó. Y creo que murió sólo para enderezarme —a Arantza le brillaron los ojos— y ya sabes, le prometí de todo, le prometí que acabaría la carrera, que podía irse tranquilo. Que no hacía falta que soportara todo aquel dolor sólo por vigilarme. Que había cumplido. Que su niña seguiría siendo su niña. Que caería del lado de los buenos. Y ya ves, aquí estoy, de policía, como si pensara que él me ve desde algún sitio y se siente orgulloso ¡Qué cabrón! ¡Me la metió doblada! ¡Cómo lo quería! Joder, Itzi, tengo que irme, ya está bien de chorradas.

—Vale, Arantza, y gracias.

—Gracias a ti. A veces pienso que el cabrón de mi padre también consiguió ponerte a ti en mi camino.

Arantza se alejó con paso rápido, sin mirar atrás, hacia el coche que tenía aparcado al final de Licenciado Poza. Itziar dio por sentado que Iñigo y Jon la esperaban.

\* \* \*

—Llegas tarde —dice Iñigo.

Casi nos hemos acabado las copas.

—Itzi me ha liado. No le he podido decir que no.

Arantza tiene los ojos húmedos. No me lo puedo creer. Arantza no llora jamás. Hace un esfuerzo por controlarse y luego me mira.

—¿Qué tenemos de nuevo?

—Ayer seguí al zanahorio delgadito. Estuvo trabajando hasta las seis de la tarde. Luego pasó por la Academia de inglés y salió con el que tiene pinta de cura o sacristán.

—Donald.

—Eso, Donald. Cruzaron el Puente de San Antón y fueron hasta Somera. Hay un tugurio allí, Mikel nos habló de él. Se juntan muchos irlandeses. Estuvo unas dos horas. No sé cuántas cervezas se tomaría. Fue tambaleándose hasta un piso de Jardines.

—¿Te parece que pueda refugiarse allí Uriah?



—No lo creo —la miro fijamente— Arantza: tenemos que hablar con Xabier. Hay que empezar con seguimientos en serio.

—Sí. Creo que hay que vigilar de cerca a Donald, al gerente del gimnasio y a ese sujeto. Por cierto ¿cómo se llama?

—Charlie Donovan. Está dado de alta como empleado en el Eire. Lleva un año en Bilbao, que sepamos.

—Y forma parte de la banda, fijo. No sé. Hoy no lo sigas, Jon. Pero mañana dedícale otra tarde.

—A sus órdenes, jefa.

—No me jodas, Jon.

—¿Eso no lo tendría que decidir Xabier?

—Que sí, que tienes razón. Ya lo he hablado con Itzi.

—¿En serio?

—Sí, sabe hasta lo de la llave. Hemos quedado en tratar el tema el viernes. Mañana estamos a tope con lo de Borja. Y creo que tiene razón Itzi. Hay que apartaros de Uriah. Podéis estar marcados.

—O sea que mañana es el último día que tengo para ponerme en forma. Qué jodido, le estaba cogiendo gusto.

—Tened mucho cuidado. Me enviáis un whatsapp si hay algo nuevo.

—Mañana iré por la tarde al gimnasio, así veo otro ambiente.

—Ya sabéis, mañana prudencia. Casi seguro que es vuestro último día. Y habrá que empezar con seguimientos masivos, en el pub, en el gimnasio y en esa academia de inglés.

Qué ganas tengo de que Xabier vuelva a coger el mando. A veces es pesado, pero Arantza es peor: es una lianta de cojones.

## *Día decimosexto desde la fuga: jueves*

El jueves por la mañana Itziar hubo de apresurarse con el desayuno y la ducha, pues se había quedado dormida, y Xabier había concertado una reunión general en la sala grande para comentar el estado de las investigaciones alrededor de la muerte de Borja Pérez de Martingala.

Había tardado en conciliar el sueño: la conversación con Arantza le había alterado el ánimo y había llenado su espíritu de sentimientos encontrados: por un lado, amistad incondicional hacia Arantza, que le había salvado la vida, cuando se encontraba con una pistola en la sien, rehén de los compañeros psicópatas de Uriah. Cuando estaba a punto de convertirse en carne de tortura, había llegado Arantza y había disparado y apresado a aquellos monstruos. Lástima que Uriah Heep, el más peligroso de ellos, hubiera sobrevivido, pues Itziar tenía la intuición de una desgracia inmediata. Pero esa amistad agradecida siempre iba acompañada de un cierto resquemor. Con lo que le costaba sincerarse, era consciente de que ella, en un momento u otro, había confiado todos los aspectos relevantes de su vida a Arantza: la familia y los amigos, sus ilusiones, el amor que sentía por Paco, su infancia, todo había sido objeto de conversación por parte de Itziar.

En cambio, Arantza parecía haber nacido adulta, ya dentro de la Ertzaintza, sin infancia ni familia, proveniente de un territorio, las montañas del Goierri, que casi podía calificarse de mítico, ya que Itziar no conocía siquiera el nombre del pueblo que Arantza abandonó hacía ya más de veinticinco años.

Y ahora, por un azar, se enteraba de que su compañera había sido heroinómana. Y por primera vez escuchaba hablar de un padre, de una muerte familiar y de unos sentimientos. Arantza quería a su padre, la quería a ella y poco más. Se preguntaba qué podía haber de oscuro y vergonzoso en el pasado de su amiga para que esta lo

hubiera suprimido de forma tan radical. Podía entender que ocultara su adicción a las drogas; ella también lo habría ocultado. Pero ¿por qué no hablar nunca de un padre tan maravilloso y tan querido? Se percató de que ni siquiera conocía su nombre. ¿Y su madre?, ¿murió cuando ella era una niña y no conservaba recuerdos de ella?, ¿o estaba viva y no tenían relación alguna?

Y los amigos de Arantza; sólo conocía a esos frikis encantadores, como Gorka el del “Sirimiri Dorado” o Mikel Arruebarrena, el informático torpe y genial, que ya era también un buen amigo para ella. Precisamente con éste hablaba a menudo del pasado de Arantza y siempre llegaban a la misma conclusión: ese pasado no existía. Mikel comentaba en broma que Arantza, cuando abandonó el pueblo para venirse a Bilbao, hizo estallar una serie de bombas de gran potencia y sólo dejó tras ella un erial devastado. Ése era su pasado. Y ahora resulta que había un padre y además muy querido. A Itziar a veces le entraban unas ganas enormes de coger a Mikel y visitar con él las montañas del Goierri para buscar algún rastro de su amiga. Pero no se atrevían: tenían miedo de lo que allá pudieran encontrarse.

Y luego estaba su actitud temeraria. En general se complementaban muy bien; ella era la reflexiva, la observadora, y Arantza, con su carácter extremado, era la que conseguía provocar errores y movimientos en falso en los sospechosos. Sin esa capacidad de su amiga para remover avisperos, muchos de los casos habrían quedado sin resolver. Por ello le molestaba la indolencia que mostraba en la investigación de la muerte de Borja. Y también le asustaba la temeridad de su amiga en el caso de Uriah. Quizás gracias a ella acabaran atrapando al fugitivo. Pero las dos eran conscientes de que estaban exponiendo su seguridad y la de sus compañeros. Era una apuesta muy arriesgada. El viernes Arantza debe ría contar con detalle todo lo que ella, con Iñigo y Jon, había estado haciendo. Estaba segura de que Xabier conocía del caso menos que ella. Y eso era muy peligroso.

Pero hoy deberían concentrarse en el caso del abogado. Tenían ya todas las pruebas físicas, la mayoría de los interrogatorios estaban realizados, pero faltaba algo. Habían llegado a ese momento, que tan bien conocen los investigadores, en que todas las piezas estaban a la vista pero no acababa de saltar la chispa. Seguro que la clave estaba en un elemento ya conocido, pero poco llamativo. Por ello eran importantes estas reuniones generales en las que solían surgir nuevos enfoques y en las que alguien, muchas veces la persona más alejada del caso, podía decir algo que iluminara la mente de los investigadores.

Iba tan concentrada en estos pensamientos que llegó con su Audi a la central de Erandio sin enterarse casi del estado del tráfico ni del tiempo que hacía. Al bajar del coche sintió frío. Era un día despejado, y los furgones estacionados en el parking todavía conservaban la escarcha de la noche.

Eran las diez menos cuarto. Se acercó a la máquina, se sirvió un chocolate caliente, y se encaminó a la sala de reuniones.

La sala principal era una pieza grande, con una mesa rectangular alrededor de la cual se disponían diez sillas. En la cabecera se sentaba habitualmente Xabier, el jefe de la unidad y detrás sobraba un espacio hasta la pared, la cual estaba ocupada por una gran pizarra a la derecha y un panel de corcho a la izquierda, del que colgaban fotos y documentos del caso.

Cuando entró y saludó, observó que Xabier aún no se había presentado. Ocupó la cabecera contraria a la del jefe, en calidad de responsable principal de la investigación. Arantza ocupaba una silla a su derecha, mientras que Amaia y Antxe, de la Científica, estaban situadas a su izquierda y charlaban animadamente entre sí. Estaban además Alfonso y Ricardo, sus actuales escoltas, quienes también habían colaborado en la parte documental del caso por encargo de Arantza y ella. Echaba de menos a Iñigo y a Jon, pero no podía ser; para ellos lo prioritario era la búsqueda de Uriah Heep. Mañana tengo que hablar con Xabier, pensó. Saludó a Álvaro y Gonzalo de la Unidad informática y observó que no estaban ni Julia ni ninguno

de los agentes de la Unidad de Delitos Económicos, a pesar de que su papel en este caso podía ser relevante. Estaban ya investigando los bienes y propiedades de los sospechosos. Sobre todo se estudiaba cualquier movimiento de dinero en metálico que hubiera podido servir para pagar al profesional. Era tarea difícil, pero no era la primera vez que en estas investigaciones encontraban un rastro seguro que sirviera para conseguir del juez de instrucción autorizaciones de entrada y registro o de escuchas telefónicas. Probablemente, si no estaban en la reunión era porque esa misma mañana habría llegado alguna información interesante y la estarían analizando.

A las diez en punto se presentó Xabier, quien cerró la puerta y dio por iniciada la reunión.

Informó de que las colegas de Delitos económicos intentarían incorporarse antes de que terminaran y comenzó resumiendo el estado de las investigaciones.

—Hace ya dos semanas que Borja Pérez de Martingala, abogado penalista residente en Bilbao, fue asesinado de un tiro en la nuca junto a la estación de Renfe. La acción parece realizada por un profesional y sólo tenemos dos testigos presenciales: una mujer ecuatoriana que esperaba junto a Borja a que el semáforo cambiara a verde para cruzar y un chaval de dieciséis años que salía de la estación y pudo ver al asesino cuando abandonaba la escena del crimen. ¿Correcto? —preguntó mirando hacia Itziar.

—Sí.

—Desde entonces se han efectuado una serie de investigaciones por los aquí presentes, de las que han surgido un conjunto de personas que son sospechosas de haber realizado el encargo de asesinar a Borja y pagado por ello. Además, hay algún conocimiento, aunque escaso, sobre la identidad del asesino profesional contratado y ciertas sospechas sobre la existencia de un intermediario, conocido en la plaza, pero que pensábamos que estaba ya retirado, un tal don Celso.

—Así es.

—Y, para colmo, se ha establecido también una conexión entre este caso y el de la fuga del peligroso criminal Uriah Heep, que escapó del penal de Basauri el día anterior a la muerte del abogado.

—Sí —intervino Arantza— aunque no estamos seguros de que esa conexión nos ayude a la resolución del caso, pero sí nos lleva, por un criterio de prudencia, a aumentar la lista de sospechosos. Además, lo que se aclare en esta investigación también puede ayudar a la detención de Uriah, lo que me parece el asunto más urgente de este departamento, si puedo expresar mi opinión.

—Tienes razón, Arantza. Pero primero vamos a centrarnos en Borja. Propongo que Itziar y tú nos resumáis el estado de las investigaciones.

—Creo —comenzó Itziar— que lo mejor será hacer un resumen de los distintos pasos que hemos dado estas dos semanas, para luego valorar el grado de importancia de cada una de las sospechas que tenemos y, de acuerdo con ello, determinar las acciones futuras. Os anticipo que tenemos mucha información, pero estamos en este momento algo atascadas.

—Bien, comienza con ello, Itziar. Si alguien quiere preguntar o sugerir algo que no se corte. Ya sabéis que en estos encuentros las ideas locas son bien recibidas.

Itziar inició la exposición. Explicó cómo, nada más conocer la existencia del asesinato, habían comenzado las investigaciones. Relató cómo Arantza y ella reconocieron a la víctima, a quien habían conocido durante las investigaciones del asesinato de la reina eslava. Se trataba de un abogado rico, procedente de Neguri, que estaba asociado en una de las firmas más importantes del sector, el despacho de O'Connor. Borja llevaba tres años en caída libre. Ya no trabajaba en el despacho del Edificio Albia sino en un mísero bufete de Hurtado de Amezaga y ya no vivía en la Galea sino de alquiler en Bilbao, en una zona bastante degradada.

Las investigaciones se centraron en conocer los pasos dados por Borja en esos tres últimos años con la esperanza de encontrar entre la relaciones de esos años un sospechoso claro, con un móvil lo

suficientemente potente para que se arriesgara a contratar a un asesino.

—Como podéis ver, las investigaciones se han centrado más en buscar al que ha encargado la muerte que al ejecutor, ya que pensamos que descubrir al profesional es mucho más difícil.

De todas formas, también en eso habían logrado avances y ya se sabía dónde y cómo había vivido el asesino profesional durante los últimos diez años.

—Sabemos lo que él quería que supiéramos. Que no ha venido de fuera; que ha estado diez años sin actuar en Bizkaia y viviendo como una persona normal. Y también creemos que ha huido, ya que lo que le ataba aquí, su pareja Laura Aguirre, ha muerto, posiblemente ayudada por él. Y tenemos un nombre falso y un dinero entregado para la compra del piso donde abandonó a Laura. No sabemos para qué compró ese piso, pero el caso es que lo hizo.

—Y con todo eso ¿no es posible establecer su identidad?

—Xabier, se trata de un gran profesional —advirtió Antxe, que no podía ocultar su admiración por Carlos Sosé.

—Tienes razón. ¿Y qué hay de don Celso?

—Aunque nunca se ha podido probar, era el intermediario en los encargos de asesinato que hubo a finales de los 90. Los compañeros que trabajaron el caso lo afirman con rotundidad. Y también estamos casi seguras de que la pareja ha vuelto a actuar. Ambos, don Celso y el *killer*, por razones distintas, estaban retirados. Pero, no sabemos por qué, alguien consiguió que volvieran a actuar. Quizás sea el último trabajo de don Celso, tiene ya ochenta y cuatro años. Y es de la vieja escuela, no le hemos sacado ni una palabra de más.

—Tengo que reconocer —añadió Arantza— que don Celso será un hijo de puta, pero es un hijo de puta muy listo, de admirar. Ya no quedan muchos como él.

Itziar continuó relatando los pasos que habían dado esas dos semanas: el examen de la agenda, el encuentro en el despacho de su ex-socio O'Connor, los que tuvieron lugar con su secretaria y con

su esposa, el relato de la partida de póker en la que Borja se ganó un enemigo gratuito, Segundo Larburu. Y también las informaciones suministradas por Miguel Fabretti y su confidente el Muesca y por el profesor Azurmendi, además de los relatos de los detectives, Goiko y Arretxe y los encuentros con don Celso y con el nuevo rey de la heroína, don Sergio. Con todo ello, Arantza e Itziar habían completado la biografía de Gorka en los tres años anteriores a su muerte. “Una vida peligrosa”, comentó Xabier.

Borja había pasado de ser un abogado penalista de prestigio, dedicado sobre todo a ayudar en la defensa de personas de su clase acusados de delitos económicos, a defender y a relacionarse con camellos, narcos y asesinos. Él mismo acabó cruzando la raya y cometiendo delitos. Itziar describió la estafa que había realizado contra Alfredo, un antiguo amigo que ahora, por esa razón, se había convertido en otro sospechoso más. Relató también el chantaje o intento de chantaje contra O'Connor, que estaba investigándose. Habían detectado incluso actuaciones de cohecho con algún agente de la Ertzaintza. Y luego estaba su relación con narcos como don Sergio y con camellos de baja estofa: su drogadicción, el viaje a Sudamérica, la amputación de su meñique. Y para colofón, el inicio de contactos con el peligroso clan de los irlandeses, que lo colocaba en medio de una guerra larvada que estaba a punto de estallar.

—En definitiva —resumió Arantza— os hemos descrito la vida de un cabrón con pintas que hasta hace tres años era igual de cabrón, pero jamás había cruzado la raya, y que en este período se convirtió en un vulgar delincuente que no podía durar. En tres años se lo cepillaron.

—Por lo que veo, los sospechosos no hacen más que aumentar y el caso está lejos de cerrarse ¡joder! Y encima Uriah y quizás una guerra de narcos en breve. A ver si cerramos algo.

—No será porque no trabajemos a tope —dijo Arantza mosqueada.

—Joder, que no es un reproche. Pero me veo impotente. Itzi ¿puedes hacer una valoración de las sospechas que tenemos para



cada amigo o conocido de Borja? Quizás eso nos aclare en qué casos podemos solicitar ayuda judicial.

—Ya tenemos pedidas algunas actuaciones judiciales. El último ejemplo ha sido el registro del Eire. Voy a intentar resumir lo que hay hasta ahora. Y sí, Xabier, yo también me siento impotente. Pero no se puede hacer más.

—Joder, qué susceptibles sois. Ya sé que cuento con un equipo cojonudo. Sigamos.

—Vale, empiezo. Si queréis, os enumero la lista de sospechosos y luego os cuento nuestra opinión sobre cada uno de ellos.

—Adelante.

—Como siempre, empezamos con el entorno más cercano. Ahí tenemos a Rebeca, su mujer, a Elena, su secretaria y amante y a O'Connor, su ex-socio. Luego están los delincuentes que ha conocido y con los que ha tenido tratos ilegales. Algunos le han prestado grandes sumas y Borja puede haber tenido problemas para devolverlas. Hablamos de don Celso, que además es sospechoso de ser el intermediario, y de don Sergio y su banda. También incluimos a sus nuevos conocidos, los irlandeses, especialmente Uriah Heep y el gerente del Eire, James O'Malley. Y por último, las personas que han sido perjudicadas por sus actuaciones: aquí vuelve a aparecer O'Connor y hay que incluir a Segundo Larburu, el que fue humillado en la partida de póker que os hemos relatado y también Alfredo Pérez, el amigo estafado. Creo que no me dejo ningún sospechoso.

A continuación, procedió a enumerar las distintas gestiones que habían llevado a cabo en las investigaciones.

—Prácticamente hemos descartado a la mujer, Rebeca y a la secretaria, Elena. No vemos ningún verdadero interés en encargar el asesinato por parte de ellas. Es verdad que la mujer manifestó un claro rencor hacia su marido. Pero ni tiene dinero para pagar el encargo, ni saca ningún beneficio de su muerte.

—Y de los amigos del entorno de Neguri ¿qué pensáis?

—Su antiguo socio es uno de los principales sospechosos. Sabéis que hemos encontrado unas fotos comprometedoras en poder de Borja y además O'Connor tiene dinero de sobra para pagar cualquier encargo. Tenemos elementos suficientes para pedir actuaciones judiciales contra él, aunque tanto Arantza como yo no lo tenemos claro. Creemos que no conocía la existencia de las fotos. Pero como sabemos que ya en su momento le tendió una trampa a Borja, puede ser que haya algún otro elemento, que aún desconocemos, que alimente la enemistad entre ellos y que haya llevado a O'Connor a suprimir a Borja. Por eso son importantes las actuaciones de registro y de escucha que hemos solicitado. Quizás encontremos algo relevante en el ordenador del despacho.

—Y del amigo estafado ¿qué opináis?

—Todavía no lo hemos interrogado. Seguro que vamos a encontrar una clara animosidad en este sospechoso, pero creemos que ha pasado mucho tiempo y no parece un móvil creíble. Más razones vemos en Segundo Larburu. No sólo Borja le sacó mucho dinero en la partida, sino que lo trató como a un trapo. Y en Segundo Larburu se dan todos los elementos: tiene un móvil de odio claro, tiene dinero de sobra para pagar un encargo y además sabemos que ya ha cometido delitos.

—¿Pero no es un empresario normal?

—Sí, no es un gangster. Es un empresario. Pero es sospechoso de pagar cohechos para que le adjudiquen obras. Está acostumbrado a tratar con delincuentes.

—¿Qué impresión os ha causado?

—Todavía no lo hemos interrogado. Vuelve mañana de un viaje por Latinoamérica. Sabemos que es un déspota con sus empleados y tiene un carácter soberbio. Es de los que no olvidan las ofensas.

—Es uno de los sospechosos más evidentes.

—Y luego están los gangsters, los sospechosos habituales. El primero es don Celso. Parece que en algún momento Borja le debió mucho dinero. Pero en estos casos don Celso recurre a las palizas, no al asesinato; es un hombre práctico, un hombre de negocios que

sólo recurre a la violencia en casos excepcionales. Sabemos, además, que Borja le pagó la deuda con las ganancias de la noche en que humilló a Segundo Larburu. Para nosotras, si don Celso ha participado en este encargo, entendemos que habrá sido como intermediario, como ya lo hizo en el pasado.

—¿Y don Sergio?

—Esa es otra historia. Estamos casi seguras de que fue quien castigó a Borja con la amputación del meñique. Se ha quedado con la casa de Borja en La Galea y le obligó a viajar de mula a Sudamérica. Todo esto no cuadra con una ejecución.

—Además, no tiene sentido que contrate a un externo, teniendo su propia banda de matones.

—Don Sergio es muy prudente, en eso se parece a don Celso —intervino Antxe— si decidió matar a Borja no me extrañaría que, para alejar la investigación de su entorno, haya contratado a un *killer* que no tuviera nada que ver con él.

—Sí, tienes razón. ¿Pero cuál sería el móvil?

—Hay un posible móvil —dijo Arantza— la relación de Borja con los irlandeses. No me extrañaría comprobar que Borja hubiera empezado a trabajar con Uriah y su gente como venganza por el castigo de don Sergio. Si este llegó a enterarse, sería normal que decidiera eliminarlo.

—Luego la guerra entre narcos ya ha comenzado —Xabier las miró con preocupación.

—O igual no. Quizás haya contratado a un externo por eso, para desligar esa muerte de la guerra de poder que se le viene encima. De todas formas, Itzi y yo, por si acaso no se había enterado, le hemos hablado de la traición de Borja y del peligro que significa Uriah. Perdonad que sea tan cruda, pero para acabar con Uriah quizás sea necesaria la ayuda de delincuentes como Sergio.

Xabier se removió incómodo en su silla. Menos mal que Arantza no había contado las palabras exactas que utilizó con don Sergio antes de despedirse.

—¿Y Uriah y su gente?

—Nuestros últimos sospechosos, aunque no lo vemos claro. Tampoco podemos descartar que el que haya pagado el encargo no esté todavía en nuestra lista. Sólo llevamos dos semanas de investigaciones, y la vida de Borja ha sido muy agitada en estos últimos años. Hay que seguir investigando.

—Tienes razón, Itzi ¿algo más que añadir?

—Sí. Es importante, como casi siempre, seguir la pista del dinero. Tenemos a la Unidad de Delitos Económicos investigando a todos los sospechosos. Buscamos, sobre todo, movimientos de dinero en efectivo. Confío especialmente en esa vía de investigación.

Como si hubieran oído que hablaban de ellas, Julia Bengoetxea, la jefa de Delitos Económicos y su segunda, Clara López, entraron en la sala de reuniones.

—Llegáis justo a tiempo —comentó Xabier— os íbamos a poner a parir de un momento a otro.

—Si queréis nos vamos —Julia era una morena de ojos azules que se tomaba muy en serio su trabajo. La sonrisa que traían las dos colegas anticipaba que venían con información interesante.

Se sentaron a la derecha de Itziar, pero antes repartieron un dossier idéntico a todos los asistentes.

—Hasta esta mañana Clara y yo estábamos bastante desanimadas. Pero a las diez, justo cuando veníamos para aquí, nos ha llegado esto. He avisado a Xabier y hemos estado con ello toda la mañana.

—¡Joder! El señor Marrón —exclamó Arantza.

—¿Quién? —Julia la miró extrañada.

—Segundo Larburu. Por lo que pone aquí, parte del dinero entregado al *killer* proviene de Segundo.

—Sí. Como sabéis, Segundo Larburu estaba siendo investigado. Cada movimiento que realizaba, ya fuera en metálico o no, se miraba con lupa en Madrid. Se sospechaba que pagaba cohechos para conseguir obra pública.

—Así es. ¿Y qué es lo que han pillado?

—Como podéis ver en el informe, Segundo Larburu retiró de la cuenta de una de sus sociedades 50.000 € en metálico. La cuenta estaba intervenida. El Banco avisó al SEPBLAC y le pasó la numeración de los billetes entregados. Y ya veis dónde han terminado esos billetes.

Itziar leyó el final del informe. Carlos Sosé había pagado en metálico 400.000€ por el piso frente al Guggenheim, todo en billetes de quinientos. Y allí estaban los 50.000€ de Segundo Larburu. El empresario había encargado el asesinato de Borja.

—Hay que cursar una orden de detención —dijo Xabier, que estaba entusiasmado— ¿A qué aeropuerto llega nuestro amigo? No debemos perder un minuto.

Itziar no acababa de sentirse cómoda con aquella explicación. Algo no cuadraba. Mientras todos se felicitaban, leyó de nuevo el informe. Allí estaba.

—Esperad un momento —gritó.

Todos la miraron sorprendidos.

—¿Qué pasa Itzi? —Xabier la miraba con preocupación.

—Perdonad, no he podido contenerme. Arantza, coge el informe, por favor.

—Dime.

Todos callaban y miraban a las guipuzcoanas con expectación.

—Mira la fecha en la que sacó el dinero de la cuenta.

—Joder, el miércoles.

—Sí, el día anterior a la partida.

—Tienes razón, joder, tienes razón. A esto hay que darle una vuelta.

—¿Pero qué pasa aquí?

—Que puede que Segundo Larburu haya pagado el encargo y puede que no —exclamó Arantza.

Itziar resumió lo que les había contado el tahúr. Se demoró, sobre todo, en describir cómo el Señor Marrón había puesto sobre la mesa 100.000€, que habían pasado a manos de Borja y, diez minutos más tarde, a manos de don Celso.

—¿Y? —Xabier no acababa de creerse lo que estaban sugiriendo en ese instante.

—Que puede que el encargo no lo hiciera Segundo, sino el propio don Celso.

—Vuestra teoría es posible pero quizás no sea tan razonable como la primera —objetó el jefe.

—Mira, Xabier, la cadena de acciones es meridiana, demasiado clara para que sea casualidad. Segundo Larburu va a participar en una partida importante el jueves. Necesita dinero en metálico, mucho dinero. Sacó de la sociedad el dinero que hemos detectado. Sacó de otros lugares, quizá de una caja fuerte, el dinero restante. Fue a la partida con más de 100.000€ y salió pelado de allí. Puede que abandonara la partida con ganas de matar a Borja, pero esos 50.000€ no acabaron en manos de don Celso como anticipo del encargo. Esos 50.000€ eran de la víctima y vinieron a pagar su propio asesinato.

—¡Hostias! Tenéis razón, joder, tenéis razón. Pero ¿el móvil? El de Segundo es claro, pero don Celso. ¿Por qué matar a un sujeto que acaba de pagarte la hostia de pasta, que acaba de devolverte toda la deuda? No tiene sentido.

—Tienes razón —Itziar sintió en ese momento que su entusiasmo se enfriaba— nos falta el móvil.

—Pues a buscarlo —Arantza estaba enfebrecida— todos vamos a salir de aquí a estudiar su vida privada. Joder, Borja le tiene que haber hecho una putada enorme. Tiene que estar en los periódicos, en Internet, en alguna parte. Don Celso es de la vieja escuela. No mata por matar, tiene que ser algo espectacular, algo que vamos a encontrar ya.

Arantza tenía razón. Itziar pensó que tenía que ser algo personal. No creía que don Celso llegara a matar por un negocio mejor o peor.

—Borja tiene que haber violado al viejo, o a alguien de su familia. Hay que buscar algo así de gordo —insistió Arantza.

Xabier repartió el trabajo entre todos sus subordinados. Eran las doce de la mañana de un jueves.

—Sabemos que esta noche hay partida. A ver si podemos hacer saltar la banca antes de las once de la noche.

Itziar se sentó en su mesa con una Coca Cola zero y empezó a buscar todo lo relacionado con el prestamista en los expedientes policiales, tarea que le había tocado en el reparto. Dos horas más tarde estaba desalentada. Sobre el viejo había mucha información: muchas sospechas, muchos delitos, muchos informes sobre sus actividades. Un viejo zorro este don Celso. Jamás había pisado la cárcel.

—Itzi, Xabier os convoca en cinco minutos en la sala grande. Hay novedades.

Cuando llegaron a la sala ya estaban todos sus compañeros. Le llamó la atención la sonrisa espléndida de Álvaro, el compañero de Delitos informáticos.

—Venga, Álvaro, lúcete un poquito —bromeó Xabier.

—Creo que lo he encontrado —Álvaro estaba feliz pero nervioso, no estaba acostumbrado a hablar en público— no quiero aburriros con los detalles técnicos. Sólo os diré que me han tocado las esquelas de los periódicos. He usado un programa que me permite encontrar una palabra determinada en los PDF que he manejado. He trabajado con la palabra “Celso” y no sabéis la cantidad de gente que se llama Celso. Creo que ésta es la esquela.

Una esquela de media página en El Correo de hacía seis meses. El funeral de Beatriz Pérez Echevarría se celebró en la Quinta parroquia. Itziar leyó los nombres. Sin hermanos, padres Alfonso y Maite, ya fallecidos. Abuelos, Leocadia, también fallecida y Celso Echevarría Rodríguez, don Celso. Una frase destacaba en la esquela: “Contigo muere todo para mí”.

\* \* \*

A las cinco de la tarde, Arantza e Itziar volvían a coger el precario y tembloroso ascensor que les llevó al cuarto piso. Volvió a recibirles

en silencio el guardaespaldas del traje marrón. Itziar observó que el piso presentaba mejor aspecto que cuando realizaron la visita anterior: estaba preparado para recibir a los jugadores a las once de la noche.

Don Celso presentaba el mismo aspecto fantasmal. Las recibió con una sonrisa. Itziar no pudo evitar mirar hacia la derecha: Beatriz, joven y hermosa, en una foto que no podía ser muy anterior a la fecha de su muerte.

El viejo sonrió.

—Me complace comprobar que la policía ha mejorado mucho. No sólo es más bella, sino más inteligente y no necesita de las bofetadas.

—Gracias. Ya sabe a qué venimos.

—Sí, no recuerdo haberlas invitado a la partida de esta noche. Por cierto, esperamos una partida épica, de las que le gusta relatar a Teo Arrozpide. Creo que no debería suspenderse.

—Beatriz —comenzó Itziar— nos ha costado dar con ello, pero todo ha sido por Beatriz.

—Sí, Beatriz. Ya la ven, una mujer preciosa mi nieta, tan bella como ustedes. E igual de inteligente. Pero no sé qué pasa a veces con las mujeres inteligentes. No entiendo cómo pudo acabar con ese saco de mierda. Sigo sin entenderlo.

—Con ella murió todo para usted.

—Sí. La gente cree que llegar a mi edad con la cabeza bien amueblada y con una salud de hierro es una bendición. No saben de qué hablan. Ojalá hubiese muerto hace dos años.

—¿Qué pasó con los padres?

—Murieron en un accidente. Los tres iban en el coche, volvían de unas vacaciones. Beatriz tenía dos años. Fue un milagro. No crean que no me dolió la muerte de mi hija. Mi yerno era otra historia, un inútil. Otra mujer inteligente que acabó con un imbécil. Pero ese imbécil me dejó algo precioso. Me dejó a ella —don Celso señaló hacia la pared.

—Era preciosa.



—Les parecerá una tontería, pero sentí como si Dios me diera una oportunidad de redención. Ahora sé que sólo fue un dios cruel, que preparó las cosas para castigarme con más saña. Beatriz y ese cabrón de mierda. Y no me llega el alzheimer. No; tengo que recordar todos los días a Beatriz ensuciada por ese bastardo ¡joder!

—Hay una cosa que no entiendo.

Don Celso miró hacia Itziar, con los ojos llorosos.

—Usted dirá.

—¿Por qué tardó tanto tiempo? Su nieta murió hace seis meses.

—Ya, otra jugada del destino, de ese dios cruel. Durante casi seis meses he sido ese imbécil del que todos se ríen. Sabía que Beatriz se había enganchado a la heroína. Pero no sabía que el responsable era ese mierda. Me porté como un viejo chocho; llegué a contratar a Borja para que investigara lo de mi nieta. Seguro que se reía todos los días, él y los demás. Son como hienas.

—¿Y cómo llegó a enterarse?

Don Celso volvió a sonreír.

—Ahí está la ironía. Ustedes siempre me han considerado el intermediario.

—Sí, por eso nos costó tanto dar con la clave.

—Pues de alguna manera lo he sido. Segundo Larburu, lo recuerdan ¿verdad? Él me abrió los ojos. Es un gran empresario Segundo. Me hizo trabajar gratis para él. Cuando Borja le humilló y me pagó con el dinero de Segundo, éste se retiró de la partida enfurecido. Pero más tarde regresó.

—Para hacer el encargo.

—Sí, y lo chistoso es que no necesitó pagarme. Volvió media hora después, cuando estábamos recogiendo la sala. No me extrañó. Supe que volvía para contratar un profesional. Segundo es así, soberbio y de sangre caliente. Pensaba rechazar su propuesta.

—Pero no lo hizo.

—No. Sólo tuvo que soltarme lo de Borja. Me contó con pelos y señales cómo ese saco de inmundicia había seducido a mi nieta, cómo la embarcó en noches de vino y cocaína y cómo los dos

acabaron tirados en San Francisco. Ahí me di cuenta de que yo ya no era más que un viejo imbécil. Lo sabían todos, pero nadie me lo dijo. En fin. Lo único que me alegra es que Borja pagó su propia muerte.

—Y usted volvió a contactar con Carlos Sosé.

—Sí.

—Y no nos va a decir quién es él.

—Ni lo intenten. Puede que para ustedes Carlos sea un asesino despiadado. Para mí es un hombre cabal. El único que jamás me ha fallado.

La ertzaina pensó en Laura, frente al Guggenheim. Imaginó a Carlos a su lado, ayudándola a morir. A su pesar, Itziar asintió.

\* \* \*

Dejaron a don Celso en manos de sus compañeros.

Se acercaron a la Alhóndiga, para recoger el coche de Arantza. Caso cerrado. A Itziar le gustaba saborear estos momentos de triunfo en silencio.

De repente, Arantza sacó el móvil y observó la pantalla con preocupación. Miró a Itziar.

—Itzi.

El tono de Arantza la asustó, algo iba mal. Le mostró la pantalla. Una foto de Iñigo y Jon, sujetos a unas sillas metálicas mediante unas cuerdas. Delante de ellos, muy cerca, se veía un recipiente y unos cables. El whatsapp era de Jon. El pie de foto decía: “Les ruego con humildad que acudan solas, si quieren encontrar a sus amigos como los ven en la foto y no como carne picada. Las esperan con ansiedad en el dieciséis de Ribera de Deusto, segundo pabellón”.

—¡Joder! Hay que llamar a Xabier.

—Ni de coña.

—Si vamos solas nos matarán.

—Si ellos mueren no quiero vivir. Tú haz lo que quieras.

—Vale, vamos.

Arantza condujo en silencio hacia Ribera de Deusto. Itziar comprobó su pistola. Quitó el seguro con el corazón encogido.

\* \* \*

El pelirrojo sale a las seis en punto de la tarde. Le sigo, mi último seguimiento. Me esperan dos horas de aburrirme, mientras este jebo se forra de cervezas. Encima, está lloviendo.

No, joder. Hoy no va para Somera. Sube hacia el puente. Mantengo la distancia, no quiero que me descubra. Tengo un pálpito: hoy veré a Uriah. Seguro.

Empieza a llover cada vez con más fuerza. No me importa. Está ya en el Sagrado Corazón. Ya imagino hacia dónde tirará. Baja hacia el muelle de Zorroza. Tengo que frenar un poco. Cada vez hay menos gente, no quiero que me vea. Envío un whatsapp a Iñigo.

Noto algo extraño. El zanahorio no ha mirado para atrás ni una sola vez.

Mosqueado, me doy la vuelta.

¡Hostias! Dos gigantes me siguen. Tengo que sacar la pistola.

¡Joder! Vaya golpe. No sé de dónde ha salido ese hijoputa. La pistola cae al suelo.

—Mira a quién tenemos aquí.

No contesto. Voy a gritar. Un fuerte dolor y oscuridad.

\* \* \*

Despierto atado y esposado a una silla.

—Hola Jon.

—Joder, Iñigo, tú también.

—Me pillaron en el gimnasio.

En ese momento aparece un enano horrible, flaco, muy rubio. Parece un niño arrugado: Uriah.

Observo lo que tengo delante de mí, muy cerca de la pierna derecha: un bidón y unos cables, parece una bomba.

—Hola, amigos —la voz del enano es débil y temblorosa, parece que pide perdón cuando habla. Tiene acento de guiri, pero habla muy bien.

—Creo que no nos han presentado. Soy una persona sin importancia, pero Arantza e Itziar os habrán hablado de mí, *l suppose*.

—Hijo de puta. Dentro de nada tienes aquí a toda la Ertzaintza, y Arantza te volará la cabeza.

—Seguro que sí. Tengo que cuidarme de eso, si no os importa. Tiene mi móvil. Nos saca fotos. Escribe algo.

—Ahora Arantza ya sabe dónde estáis. Seguro que viene a volarme la cabeza. Y vendrá sólo con Itziar, en mi humilde opinión.

—No será tan tonta.

—No es tonta, pero quiere veros enteros. Eso que tenéis delante es un detonador que se activa a distancia. El líquido del bidón es nitroglicerina. Soy un romántico, me gusta lo antiguo. Pero mis colegas han insistido, el resto es plástico. Si eso estalla no quedan de vosotros ni los dientes. Pero no va a estallar ¿verdad? Por lo menos hasta que las chicas lleguen.

El enano sonrío. Su boca es asquerosa. Me dan arcadas ¡qué hijoputa!

—Un placer haberos conocido. Os dejo. Espero que os gusten los fuegos artificiales.

El enano nos da la espalda y se aleja, ahora parece un niño. Observo la nave en la que estamos. No hay nada, sólo nosotros y la bomba. Fuera estarán los irlandeses esperando a Arantza ¡Joder, qué imbéciles hemos sido!

Cuando nos quedamos solos, Iñigo me mira.

—Jon, creo que llegas con el pie.

—¿Y qué quieres que haga, que le dé una patada?

Nos quedamos en silencio. De repente, nos llega un grito.

—¡Uriah!, ¿dónde estás, hijoputa?

Es la voz de Arantza. Los dos la hemos oído.

Iñigo me mira y sonrío.

—Dos muertos o cuatro, tú eliges.  
Sé lo que tengo que hacer, pero es la hostia.  
Cuesta.  
Cuesta mucho.  
—Adiós, primo.  
Arantza es una lianta de cojones.

\* \* \*

La onda expansiva derribó a las ertzainas. Una enorme bola de fuego se elevó por encima del pabellón. Cayeron del cielo hierros retorcidos y ceniza. Cuando Itziar consiguió incorporarse, vio a Arantza en pie, gritando. No la oía, tenía los tímpanos rotos, casi seguro.

De repente, volvió el sonido. Le pareció que abandonaba una película muda.

—¡Uriah! ¡Mátame!

Corrió hacia su amiga y la derribó. Arantza forcejeó y de repente se derrumbó y empezó a llorar.

Itziar sacó su móvil. No estaba roto. Llamó a Xabier.

Hasta que llegaron los refuerzos sujetó a Arantza contra el suelo. No tuvo que esforzarse mucho. Arantza sólo tenía fuerzas para llorar. Cuando aparecieron los primeros coches patrulla Arantza se calmó.

Itziar no sabía qué había pasado. Iñigo y Jon estaban muertos, eso era seguro ¿pero Uriah y los irlandeses?

Amaia y Antxe aparecieron en ese momento. Itziar, que estaba siendo atendida por un sanitario, se incorporó y, al saludarlas, rompió a llorar.

Las tres se abrazaron y lloraron ruidosamente por sus compañeros. Parecía que nunca iba a cesar el llanto. De repente, Antxe se apartó bruscamente y miró hacia Arantza, que las observaba con ojos secos y fríos. Se enfrentó a ella con rabia.

—Mata a Uriah ¡joder!, ¡mátalo!

Arantza miró en silencio hacia las tres, pero no se acercó.

—Antxe, eso es un delito.

—¿Y qué?

Arantza se giró y, con paso elástico, se alejó hasta desaparecer. Itziar sintió un intenso frío, como si fuera la última vez que veía a su amiga.

## *Día decimoséptimo desde la fuga: viernes*

Esa noche Arantza no durmió en Sestao. En realidad, Arantza esa noche no durmió. Realizó varias llamadas perdidas. A su vez recibió otra serie de llamadas, que tampoco contestó. Cuando estuvo segura de que su petición sería atendida, se sentó al volante de su Golf negro y partió. Al arrancar, empezó a sonar la música de forma inesperada y molesta. Apagó la radio de un manotazo. Conducía a velocidad moderada, ya que no quería disparar los radares del camino. Conducía concentrada, sin pensar en nada concreto, esquivando los recuerdos. Hacía más de veinte años que no conducía en esa dirección, pero sabía que encontraría todo intacto, tal como lo había dejado. Se preguntó quién acudiría a la cita.

Amanecía cuando se detuvo en el peaje de Durango. Era una mañana fría y lluviosa y casi no se cruzó con ningún otro vehículo.

Abandonó la autopista en la salida hacia Azpeitia. Condujo con cuidado por carreteras vacías y cruzó pueblos dormidos, envueltos todavía en una espesa niebla.

Las ruinas del caserío aparecieron al fin ante su vista. Frenó cuando estuvo a su altura, y abandonó la calzada mediante un giro brusco. Las ruedas chirriaron con la maniobra. Cuando el vehículo se paró por completo, se quitó el cinturón de seguridad, pero mantuvo las manos aferradas al volante. Su mirada se perdía en la lejanía, hasta que se detuvo a observar la loma verde y húmeda, coronada por un espeso bosque, que se divisaba a la derecha del camino. Contempló ese paisaje durante unos minutos hasta que decidió abandonar el coche. No se molestó en cerrar las puertas con llave y se quedó unos instantes erguida, mirando hacia el mismo punto, mientras su rostro se mojaba con la lluvia.

Inició la subida a la loma. Un camino de herradura conducía hasta el bosque que coronaba la cima. Se manchó de barro y cuando llegó a la cumbre, observó que el bosque desaparecía

bruscamente y le permitía descubrir un arroyo salvaje que bajaba de una cima mucho más imponente que la que había conquistado.

Descendió hacia el río y lo cruzó con cuidado. Sus botas ensuciaron el agua con el barro del camino. Tras vadear el arroyo, anduvo casi una hora pisando una hierba mullida y húmeda que le llevó hasta el pie de otro bosque. Descansó unos minutos y se internó entre las hayas sin dificultad, ya que no había matorrales ni plantas espinosas que entorpecieran la marcha. No dudó sobre el camino que debía tomar, pues el bosque no había cambiado en los últimos treinta años. Quizás los árboles habían crecido, pero ella también. Ese pensamiento la hizo sonreír, pero sólo un segundo.

Cerca de la cima, el bosque se abría en un claro, en el que se veía al fondo una enorme roca negra, llena de verdín. Detrás de la roca el bosque se espesaba y se oscurecía, de tal manera que parecía impenetrable.

Arantza esperó. Estaba totalmente mojada y el frío se apoderó de ella, pero no le importó. Permaneció vigilante, mirando hacia la roca, aguardando a que él apareciera. Tuvo que esperar casi una hora.

De repente, sin que ningún sonido advirtiera de ello, tenía delante de la roca a un gigante, que la observaba con curiosidad.

El gigante vestía completamente de negro, pero su traje y el abrigo, así como el sombrero, parecían las vestimentas de un hombre a la moda de otro siglo.

A pesar del tiempo transcurrido, Arantza lo reconoció. El hombre había perdido, o así lo parecía, la cabellera morena que ella recordaba rematada por unos tirabuzones. Ella lo recordaba, además, fuerte y silencioso y observó que continuaba siéndolo. El gigante saludó a la manera tradicional, despojándose del sombrero.

—*Buenas amanyanas, mi senyora. Aki somos otra vez.*

—*Shalom, Benjamín. Ansina es.*

El hombre no dijo más. Arantza se acercó. Él esperó erguido e inmóvil, como la roca oscura que tenía detrás. Cuando Arantza se situó frente a él, rompió a hablar. Le costaba usar ese vocabulario,



gastado por los años, que no había practicado desde la infancia, pero fue capaz de transmitir lo que el gigante debía conocer: cómo sus amigos Iñigo y Jon, casi unos hermanos para ella, habían muerto injustamente y que el pecador que había atentado contra ellos se llamaba Uriah Heep.

—*I kieres agora su muerte, mi senyora.*

Arantza lo negó con energía. Quería mucho más. Anhelaba dolor y sufrimiento, una larga agonía para Uriah, necesitaba que el verdugo le garantizara todo eso con su palabra. Era la única reparación que aceptaría.

—*Eso no es reparasion, mi senyora, eso es vengansa. Ansina es el precepto: Yo so el brazo ke faze el ozo por el ozo i el diente por el diente, perro no más.*

La mirada de Benjamín era serena pero transmitía una firmeza que Arantza sabía que no podía doblegar. No accedería a sus deseos, no podía hacerlo y ella tenía que entender sus razones ¿o no había aprendido nada en el tiempo en que vivió junto a ellos?

Ante esa evidencia, Arantza acabó por rendirse. Asintió con un gesto, se despidió de Benjamín con las palabras rituales que no había utilizado desde que era niña y regresó hacia el coche. No se demoró en mirar, no quería que la nostalgia la invadiera.

Para las cinco de la tarde estaba ya en Bilbao. Antes, mientras conducía, hizo unas llamadas.

Muesca la esperaba en el antro de San Francisco. Arantza le miró con tal ferocidad que cortó cualquier comentario o broma tonta del confidente. El Muesca le entregó la mercancía y los utensilios y sólo se atrevió a decir que podía utilizarlos sin temor.

—*Todo es a estrenar. Puedes estar tranquila.*

Arantza accedió a una pieza contigua. Muesca le ofreció una silla y una mesa y se retiró en silencio.

Calentó la droga con pericia. Veinte años desde la última vez, pero hay cosas que no se olvidan. Anudó la gruesa goma alrededor de su brazo y apretó hasta que la vena sobresalió con nitidez. Clavó

la aguja y esperó unos segundos. Empujó el émbolo con suavidad, casi con miedo.

La heroína le causó un efecto inmediato. Sintió un placer y una tranquilidad que tenía olvidados. En ese estado podía al fin afrontarlo. Sería la primera vez desde que aquello ocurrió.

Aquello.

Debía olvidar los detalles y hacerlo. Respiró profundamente y llamó desde el móvil.

Don Sergio la recibió en su despacho. Él mismo, en persona, abrió la puerta y se agarró del brazo de Arantza. Ninguno de sus sicarios estaba a la vista.

—¿Lo has cogido?

—Pues claro. Sabes que nunca fallo. Pero siento curiosidad.

—Me lo imagino.

—¿Por qué has venido? Sabes que, de todas formas, lo mataré.

—Ya —el rostro de Arantza se endureció— pero no quiero una muerte cualquiera.

—Entiendo.

Arantza no contestó. Se acercaron hasta el sofá. Sergio se sentó y Arantza permaneció erguida frente a él. Con determinación, se despojó de la camisa negra y se arrancó el sujetador. Los ojos de Sergio brillaron.

“Joder, me está mirando las tetas” pensó, mientras se soltaba el vaquero y se bajaba las bragas.

Ya desnuda, abrazó a Sergio, intentando no pensar más en aquello.

## *Día vigésimo desde la fuga: lunes*

La pena no remitía. El dolor no cesaba. Itziar no podía borrar los rostros de Iñigo y Jon. Los veía cuando cerraba los ojos, pero seguía viéndolos cuando los abría. No podía apartar de su mente la foto que Arantza le había mostrado: Iñigo y Jon atados y esposados a las sillas, con aquel bidón delante. Los expertos habían dictaminado que contenía nitroglicerina, una sustancia muy peligrosa de manejar. La mera agitación de aquel líquido pudo haber iniciado la cadena de destrucción. Itziar no tenía ninguna duda: sus compañeros se habían inmolado para salvarlas. Aquella certeza le obsesionaba. Se sentía culpable por no haber sido capaz de parar aquello, y ese sentimiento de culpa que la invadía sólo servía para acentuar su dolor.

La violencia de la explosión se había llevado también la vida de tres irlandeses, aunque ninguno de ellos era Uriah.

De sus compañeros sólo encontraron restos no mayores que el tamaño de una moneda: tal había sido la violencia de la explosión. Las familias habían acordado juntar los restos mínimos encontrados de los dos primos en un solo ataúd, antes de incinerarlos. No querían someterse a la agonía de analizar durante semanas aquellos despojos, ya que en ningún caso podían reconstruirse mínimamente sus cuerpos.

Uriah había vuelto a fugarse y Arantza había desaparecido tras él. Nadie volvió a verla después de la explosión. Itziar estaba segura de que Arantza no pararía hasta vengar a sus compañeros. Aquello sólo podía acabar con el cadáver de Uriah o con el de su compañera.

Mikel Arruebarrena estaba muy preocupado por la suerte de Arantza. Su móvil estaba muerto y nadie sabía por dónde se movía. Itziar, en cambio, no podía ya sentir esa preocupación por el destino de su amiga. Ella sólo sentía una mezcla de culpa, dolor y pena y

una oscura furia hacia su compañera. No podía perdonarla. No era capaz de olvidar que era ella quien había embarcado a Iñigo y a Jon en aquella locura y quien les había empujado hacia la destrucción. Uriah era el monstruo, pero Arantza era quien le había ayudado con su temeridad. No podía pensar de otra forma, a pesar de lo que le decía su razón y de lo que le repetían Mikel Arruebarrena y Paco Medina, quien había abandonado el *baserri* de Amorebieta para no apartarse de su lado. Arantza se había equivocado gravemente y sus errores habían propiciado la destrucción de Iñigo y Jon, le decían, pero lo hizo de buena fe. No discutía con ellos, pero no podía abandonar su rabia. Y cuando conseguía aplacarse un tanto, no era más que para hundirse en la pena y el dolor.

Itziar llegó con Paco a la Basílica de Begoña a las seis y media de la tarde. El funeral comenzaba a las siete pero en la iglesia ya no cabía nadie más. No sólo estaban los amigos y familiares, sino que muchos ertzainas, que nunca habían coincidido con sus compañeros, habían decidido que debían estar allí. Esto la emocionó.

Se acercaron a los primeros bancos, que estaban reservados para los familiares y para los agentes de la Central de Erandio. Observó que Xabier ya estaba en su puesto y también descubrió a su derecha a Amaia y a Antxe, así como a Álvaro y a Gonzalo. Al pasar había distinguido a su izquierda la figura imponente de la Marty, que también había querido rendir el último homenaje a los héroes.

El puesto reservado a Arantza estaba vacío. Miró hacia atrás por si la encontraba y se topó con la figura de Mikel, al que acompañaba Gorka. Mikel movió la cabeza con resignación para indicar que seguían sin dar con Arantza. No creía que fuera a aparecer por el funeral.

La ceremonia se le hizo larga y tediosa, aunque no pudo evitar las lágrimas cuando el sacerdote se refirió a varios aspectos de la vida de Iñigo y de Jon. Se apoyó en el hombro de Paco. Sólo

deseaba que aquello acabara ya. Odió con ferocidad a Uriah y odió a Arantza con la misma ferocidad.

Cuando el funeral terminó, se acercó a saludar a los familiares. No pudo hablar, pues el llanto le asomaba a la garganta y no quería llorar. Bastante tenían ya las familias con su propio dolor.

Sólo los íntimos se acercaron al tanatorio para asistir a la cremación de los cuerpos. El féretro esperaba para ser introducido en el horno. Cuando el sacerdote se disponía a decir unas últimas palabras, vio a Arantza, a la derecha, seria y ojerosa. No sabía decir cuánto tiempo llevaba allí.

El sacerdote terminó el responso y en ese momento se formó un pequeño tumulto en la entrada. Itziar observó cómo un empleado de la funeraria se dirigía a los familiares. Después se apartó para dejar entrar a un mensajero. Este traía una bandeja metálica cubierta, que depositó sobre el ataúd, con el permiso de los parientes. Una vez hecho esto, levantó la tapa que cubría la bandeja con un gesto que le recordó al que ejecutan los camareros en los restaurantes cuando muestran el asado en la mesa.

La cabeza de Uriah Heep reposaba sobre la bandeja. Tenía vacías las cuencas de los ojos y el rostro parecía haber recibido un severo castigo.

Itziar, invadida por la náusea, pudo leer el cartel que acompañaba a la cabeza, antes de abandonar precipitadamente la sala, sabiendo que no llegaría a tiempo.

El cartel decía lo siguiente: “Iñigo, Jon, os doy mi palabra: ayer conseguimos, en una noche gloriosa, arrancar de la garganta de Uriah el más perfecto cántico”.

## Agradecimientos

Como más de un lector se habrá dado cuenta, en mi novela aparecen personajes que no me pertenecen y que me han prestado generosamente grandes narradores que son también grandes amigos.

Se trata de personajes que he encontrado en la lectura de sus obras, algunos muy conocidos y otros menos, pero todos ellos muy interesantes. Estoy seguro de que su presencia ha servido para mejorar la historia que cuento en esta novela.

Por si alguno no los conoce, es de justicia que los mencione, y lo hago por su orden de aparición en la obra:

“Goiko”: Es un clásico de nuestra narrativa. Protagonista de las novelas de José Javier Abasolo: *Pájaros sin alas*, *La luz muerta*, *La última batalla* y *Demasiado ruido*.

¡Gracias Javier!

“Touré”: El otro clásico de la novela negra vasca. Protagoniza la serie creada por Jon Arretxe: *19 cámaras*, *612euros*, *Sombras de la nada*, *Juegos de cloaca* y *Piel de topo*.

¡Gracias Jon!

“Garastazu”: Protagonista de las novelas de Aritza Bergara: *Bajo la sotana* y *Olas Negras*.

¡Gracias Aritza!

“Fabretti”: Protagoniza las novelas de Juan Infante: *La baldosa negra* y *Atrapado*.

¡Gracias Juan!

“Ander Azurmendi”: Protagonista de las novelas de Anton Arriola: *El negro y la gata* y *El caso Newton*.

¡Gracias Anton!

El Muesca y Asís Romerales: Personajes de la novela de Manu López Marañón: *Alcohol de 99°*.

¡Gracias Manu!

Tengo que dar las gracias también a César Coca, director de “Territorios” de El Correo, que me animó a crear el microrrelato con el que comienza la historia y ayudó con ello a que creciera por generación espontánea la mitad al menos de esta novela, así como a Asier Muniategi, quien no sólo lee con atención mis novelas, sino que me espera con una serie de observaciones acertadas, con las que siempre mejoro la historia.

¡Gracias César y gracias Asier!

Y no puedo olvidarme de Sergio Vera, persona real y gran amigo, una enciclopedia viviente de la novela negra e impulsor de *Las Casas Ahorcadas* de Cuenca, y que aparece como personaje fundamental en el desenlace de esta historia.

¡Gracias Sergio!

Y nuevamente tengo que agradecer a Jon Arretxe, que fue quien me dio la idea de crear el personaje de don Sergio, al haberlo inmortalizado en su, hasta ahora, última novela de la serie de Touré.

Algún lector se estará preguntando qué ha aportado el autor de esta novela, o sea yo, a su creación. Tengo que decir que también he colaborado algo, y tengo la seguridad de que soy el responsable de todo aquello que al lector le haya parecido más flojo o defectuoso.

Aprovecho también para agradecer a Olatz, Idoia, Iturri e Iñaki, así como a todos los que forman parte de la Editorial Erein, incluyendo a Cristina, la artista que crea las portadas, el trabajo efectuado y la simpatía que siempre me han mostrado. Todos ellos son grandes profesionales que se vuelcan en su tarea.

Y por último agradecer también a toda mi familia, amigos y compañeros por el apoyo que me han ofrecido en estos años que llevo dedicándome a estas tareas de fabulador de historias. Sin su apoyo y sin su ayuda no creo que hubiera pasado de la página 20 de mi primera novela.

¡Gracias otra vez!

¡Eskerrik asko!